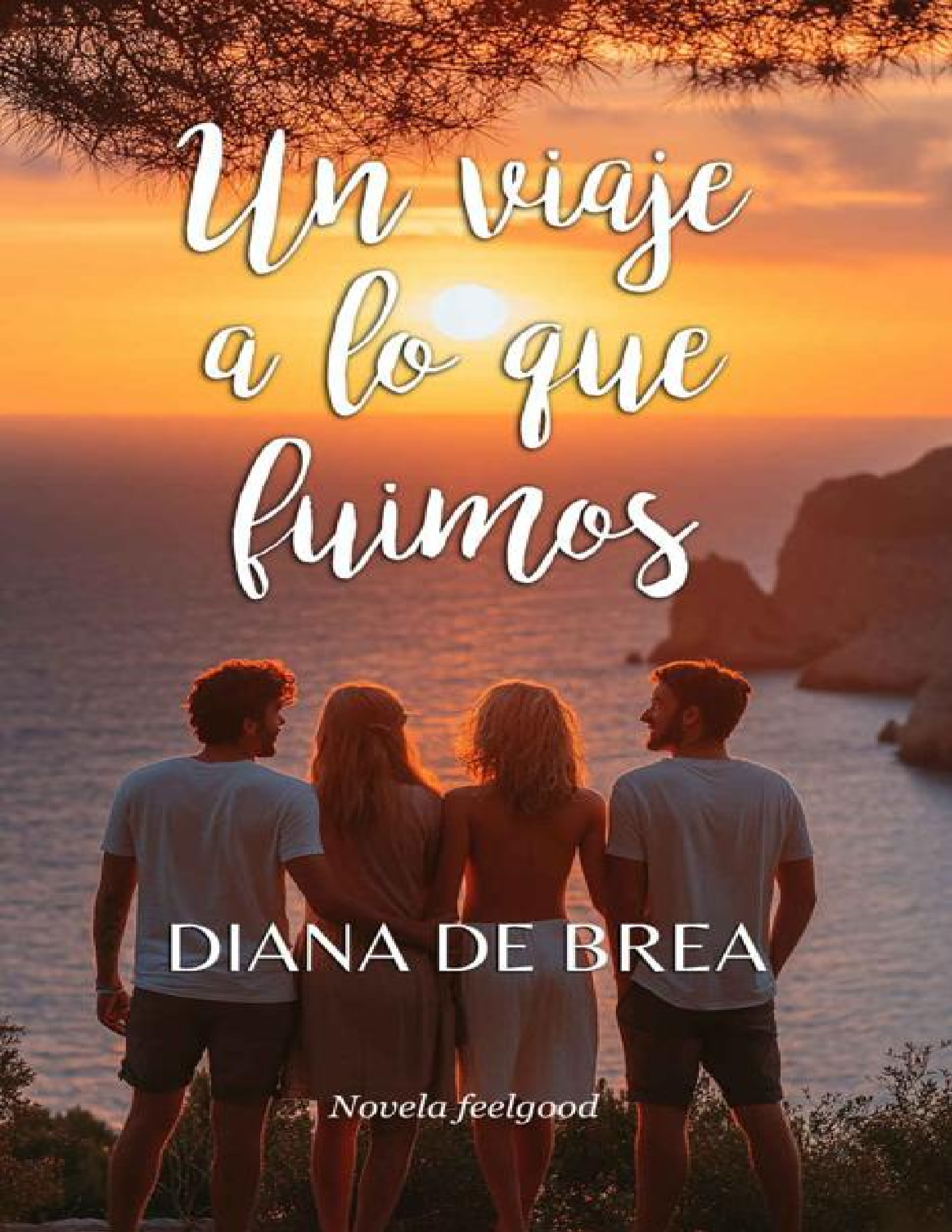
Un viaje
a lo que
fuimos
DIANA DE BREA
Novela feelgood

Un viaje a lo que fuimos

DIANA DE BREA

Novela feelgood

Índice de contenido

Nota de la autora
Agradecimientos
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Epílogo
Sobre la autora
Otros títulos de Diana de Brea

© Diana de Brea 2024
Maquetación: Paola C. Álvarez Edición y Servicios SCA
© Imágenes de cubierta: Diana de Brea
Registrado en CEDRO.
Todos los derechos reservados, solo pertenecen a la autora.
Los hechos, lugares y personajes aquí relatados son ficticios en su totalidad y cualquier semejanza se debe a la más pura casualidad.
No se permite la reproducción parcial o total de este libro ni su incorporación a ningún archivo digital ni plataforma de venta sin el consentimiento escrito de su autora. Cualquier infracción de los derechos de autor y propiedad serán constitutivos de delito (art. 270 y siguientes de Código Penal).
Diríjase a CEDRO si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com o 917021970).

Nota de la autora

No te voy a engañar. Si buscas emociones fuertes, un conflicto traumático o escenas de alto contenido *spicy*, esta no es tu novela. Aunque suelo escribir romance *feelgood* y busco que haya algo más que sensaciones y positividad, en *Un viaje a lo que fuimos* me doy el gusto de quedarme solo en lo más emocional.

Porque el viaje de los cuatro amigos por Mallorca no es solo físico, sino interno. Es una excusa para revisar sus vidas cuando llegan a la treintena, para resolver asuntos que quedaron abiertos, encontrar respuestas y darse cuenta de que todo, hasta los momentos malos, es necesario para ser quienes son y, sobre todo, para seguir adelante gracias a nuevas decisiones. El futuro se abre ante ellos como un libro por escribir y de sus decisiones depende seguir con la rutina adquirida o lanzarse a nuevas aventuras. Revisar creencias y costumbres que no les hace felices.

Es un viaje a la esperanza que todos debemos hacer de vez en cuando: mirar atrás para felicitarnos por el camino que nos ha traído aquí, y mirar hacia adelante con fuerzas renovadas y la certeza de que todo puede ir a mejor.

Volver al pasado no tiene que significar que queramos seguir como éramos.

Situar la novela en Mallorca fue una decisión muy personal al recordar una anécdota de mi vida. En mi época universitaria, durante un verano, tuvimos alojada a una chica alemana, de origen español, que hacía prácticas en una empresa de mi pueblo. Compartíamos habitación y nos hicimos amigas. Mis padres no quisieron cobrarle nada y ella no sabía cómo agradecerlo. Con dos chicos más, también extranjeros en prácticas, organizó un viaje a Mallorca a visitar a su familia. Y me «secuestraron». Me ofrecí a acompañarlos al *ferry* y, una vez allí, me mostró mi billete. Y así, sin ropa, ni dinero ni nada, me metí en el barco y pasé una semana recorriendo la isla en un coche de alquiler con tres amigos. Siempre quise hacer algo con este episodio de mi vida y el resultado está aquí, aunque te adelanto que las relaciones que vas a encontrar en la novela no son reales. Solo el viaje como tal.

Espero que disfrutes de esta historia y que te sirva para viajar hacia tu interior, te felicites por todo lo conseguido hasta ahora y sigas tu camino hacia el futuro con esperanza.

Con amor,

DdB

Agradecimientos

Para pulir el texto y mejorarlo, he contado con la ayuda de betas y correctoras como Izaskun Albéniz @albenizaskun, Sarah Valentine @sarahva-lentine_escritora, Pilar NC @pilar_n_colorado y Paola C. Álvarez @paolac.alvarez. Agradezco su trabajo, dedicación, sugerencias y ojo certero que tanto me han ayudado. Espero que disfrutes de esta lectura como lo he hecho yo al escribirla. Al final te dejaré un QR para que puedas comentarla.

Gracias a todas las personas que me acompañan en este viaje en el que la escritura es mi motivación diaria.

Y gracias a ti por ser el destino que acoge mis historias.

Para estar informada sobre mis próximas publicaciones, sígueme en Instagram @diana_de_brea. También puedes leer mis Cartas Feelgood en Substack:

A todos los amores de juventud y a las amistades
con las que crecimos en el viaje de la vida.
A mis chicos.

«Es bueno tener un fin hacia el cual caminar,
pero es el viaje lo que importa al final».
Ernest Hemingway

«No puedes regresar y cambiar el comienzo, pero
puedes comenzar donde estás y cambiar el final».
Anónimo

«Nuestro destino de viaje nunca es un
lugar, sino una nueva forma de ver las cosas».
Henry Miller

Prólogo
El adiós

El cielo estaba cubierto de nubes densas, como si una manta gris dejara caer un frío punzante y pesado sobre el pequeño cementerio. Lucía se ajustó el abrigo con los dedos entumecidos y apretó los labios para contener el temblor que le subía desde el estómago. A su alrededor, el mundo seguía en un inquietante mutismo, como si el viento, los árboles e incluso el aire estuvieran guardando luto.

Frente a ella, una lápida recién colocada rompía la serenidad de las filas de tumbas antiguas. El nombre grabado, «Carla Fernández», se le clavaba en la mente con cada mirada que le dirigía. La última despedida de su amiga. Esa realidad era difícil de aceptar. El sonido de la tierra cayendo sobre el ataúd había sido el golpe final en su corazón.

A su lado, Marta sollozaba en silencio con los hombros ligeramente encorvados y Simón se mantenía firme, aunque sus manos se apretaban con fuerza en los bolsillos de su abrigo largo. El grupo de amigos, una vez inseparable, ahora se reunía en un acto que jamás habrían imaginado. El entierro de Carla era lo único que había conseguido volver a reunirlos después de tantos años de haber reducido el contacto a contadas ocasiones, como algún cumpleaños o Navidad. A pesar de las promesas que se hicieron, sus vidas habían seguido caminos divergentes.

—No puede ser… —susurró Marta, como si decirlo en voz baja lo hiciera menos real. Sus ojos hinchados buscaban respuestas en los rostros de los demás, pero nadie dijo nada. Todos compartían el mismo dolor y, al mismo tiempo, la misma desconexión entre ellos.

Simón fue el primero en moverse. Se acercó con lentitud hasta el borde de la tumba con la mirada fija en el mármol gris. La brisa de noviembre le alborotó el cabello oscuro mientras agachaba la cabeza en un gesto de respeto. Lucía sintió una punzada en el pecho. Sabía lo cerca que Simón había estado de Carla, cómo su amistad, en su día, había sido casi un refugio para ambos y cómo fue ella la que consiguió salir con él, arrebatándoselo como pareja, pero nunca como buen amigo.

Pablo, más apartado, seguía encendiendo y apagando el mechero en un tic nervioso que lo ayudaba a soportar el vacío de aquel momento. Su chaqueta de cuero estaba tan gastada como el brillo de sus ojos, que permanecían clavados en el suelo. Era su forma de lidiar con el dolor, manteniéndose distante, como si el peso de la pérdida fuera más fácil de llevar si no lo miraba de frente.

Cuando todo terminó, y las palabras de despedida del cura se desvanecieron en el viento, los escasos asistentes comenzaron a dispersarse. Algunos se despidieron con un leve asentimiento, otros apenas contenían las lágrimas y los más allegados abrazaban a los desconsolados padres de Carla, que no dejaban de llorar. Lucía no se movió de su sitio, observando cómo los demás se alejaban con paso lento. Solo quedaron ellos después de que la familia abandonara el lugar, observando la tumba de su amiga como si eso los ayudara a entender lo que acababa de ocurrir. El dolor compartido los había unido de nuevo, aunque de una forma que nadie hubiera deseado. Demasiado joven para morir.

—Voy a echarla de menos —murmuró Simón con la voz quebrada, rompiendo así el silencio

sordo que los rodeaba. La tristeza le impedía hablar más fuerte—. Aunque ya casi no nos veíamos, saber que estaba ahí era suficiente. Y ahora… ya no está.

Lucía asintió, sin palabras, con las lágrimas bajando por sus mejillas. Aún no sabía cómo expresar lo que sentía. Habían pasado tantos años desde que todos se distanciaron, tantos recuerdos guardados en un rincón que ahora volvían a la superficie con una fuerza abrumadora. Carla había sido el centro de todo, la chispa que los mantenía unidos, la que se acordaba de cada fecha y de cada vivencia y, sin ella, sentía que el grupo acabaría fragmentado del todo.

—No sé qué se supone que tenemos que hacer ahora —añadió Marta con la voz rota por el dolor y la incomprensión. Sacudió la cabeza y se frotó las mejillas, intentando apartar las lágrimas—. Me cuesta creer que ya no esté.

Pablo, más alejado, soltó un suspiro cansado.

—Pues qué vamos a hacer, Martita, volver a nuestras vidas. Si con ella, que siempre proponía planes, no nos veíamos casi nunca… —Se encogió de hombros—. Por Carla ya no podemos hacer nada. Venga, vámonos, no sé a qué estamos esperando.

Lucía asintió con un leve movimiento de la cabeza. Todos la iban a echar de menos, pero, para Simón, Carla había sido mucho más que una amiga. Su vínculo había sido fuerte, profundo, de esos que no se rompen con facilidad, aunque la distancia y el tiempo los hubieran apartado. O, al menos, eso era lo que ella creía.

Pablo dio un paso hacia adelante con el mechero apagado ahora, guardado en el bolsillo de su chaqueta. Sacó un paquete de cigarrillos, pero no encendió ninguno. Lo sostuvo entre las manos, aferrado a un gesto cotidiano como si eso fuera suficiente para darle el control que empezaba a perder.

—Joder, Pablo, me entristece escucharte hablar así —dijo Marta con la voz aún temblorosa.

—Soy sincero. ¿No te das cuenta? Siempre hacemos lo mismo —respondió con una leve sonrisa amarga—. Nos prometemos volver a vernos, pero luego dejamos que todo se enfríe y nadie hace nada por quedar.

Se miraban unos a otros sin decidir quién daba el primer paso para marcharse o seguir la conversación. Antes de que nadie dijera nada, Simón sacó un sobre arrugado de su bolsillo. Lo levantó a la altura de sus ojos, atrayendo la atención de los demás.

—La hermana de Carla me dio esto —anunció en voz baja—. Dice que Carla lo dejó para nosotros.

Marta frunció el ceño y dio un paso hacia él, mirando el sobre como si fuera un objeto extraño, casi demasiado personal como para tocarlo. Lucía sintió una oleada de emoción atrapada en el pecho. Aquello no era solo un papel, era la última conexión que tenían con su amiga.

Simón lo abrió con una delicadeza inusual en él a pesar de sentir un nudo en el pecho. Dentro, había una hoja arrancada de un cuaderno, doblada en cuatro, y algo que brilló al caer sobre su mano: una pequeña llave antigua con el metal algo desgastado por el tiempo. Sin decir una palabra, Simón dejó la llave en la palma de su mano y comenzó a leer la carta.

—Queridos amigos —comenzó—, si estáis leyendo esto, es porque ya no estoy con vosotros. Estas últimas semanas he pensado mucho en toda mi vida y vosotros habéis sido una parte muy importante en ella. Creo que la que más. Por eso, no me gustaba la idea de dejaros sin más, sin un adiós, sin algo que nos mantuviera conectados. Porque sé que la vida nos ha llevado por caminos diferentes, pero siempre supe que, de alguna manera, el vínculo entre nosotros jamás se rompió, aunque nos viéramos poco. Al menos, siempre habéis estado en mis pensamientos y en mi corazón a pesar de las cosas que nos hayan alejado. Por eso, antes de irme, quería pediros

algo especial: que hagáis juntos ese viaje que nunca llegamos a hacer.

Pablo soltó una leve risa amarga, como si la memoria del viaje inacabado le resultara agridulce. Marta, por su parte, soltó un suspiro y Lucía sintió una punzada de nostalgia.

—Os acordáis, ¿verdad? —continuó leyendo Simón—. Por si acaso, os lo recuerdo. Cuando terminamos el instituto, decidimos que no íbamos a hacer el típico viaje con toda la clase, porque queríamos algo nuestro que recordáramos siempre. Nos fuimos los cinco en coche y recorrimos Mallorca, acabamos pasando unos días en la finca de mi abuela. Visitamos sus rincones más bonitos, comimos hasta reventar y disfrutamos de los últimos días juntos antes de que la vida nos llevara por caminos diferentes. ¿Recordáis cuando celebramos los diez años de la promoción? Ahí fue cuando prometimos repetirlo. Nunca lo hicimos. Ahora es lo único que os pido. Volved a hacer ese viaje por mí. Volved a esos lugares donde fuimos felices. Esa será la mejor despedida para mí. Y la llave que tenéis es para el último destino: en la casa de mi abuela, donde más de una vez fuimos a escondernos del mundo, os espera una caja que he preparado para vosotros.

Simón se detuvo, dejando que las palabras de Carla calaran en el grupo. Todos recordaban ese viaje y conocían aquella casa. Un lugar tranquilo, en medio de una finca agrícola con vistas al mar, donde los veranos eran un refugio y un espacio para soñar. Lucía sintió un nudo en la garganta al recordar aquellos días, tanto los del viaje del grupo como otras veces en las que había ido con Carla a pasar parte del verano, hacía ya muchos años.

—No me gustaría que este fuera un adiós lleno de tristeza. Mi mayor deseo es que volváis a reíros, a redescubrir lo que nos unía. Os quiero, siempre lo he hecho. Pero ahora os toca a vosotros. Haced este viaje por mí. Os lo pido de corazón. Desde donde esté, os acompañaré en vuestras risas y estaré en las conversaciones. Sed felices. A veces, la vida es más corta de lo que una cree. Se me han quedado muchos sueños sin cumplir. Por eso, desde el fondo de mi corazón, deseo que cumpláis este por mí. Os quiero. Carla.

Simón dobló la carta con cuidado, dejándola resguardada en su bolsillo, donde, nervioso, se quedó jugando con los hilos que rodeaban sus dedos. Nadie habló durante unos instantes. El peso de las palabras de Carla se extendía entre ellos, cargado de recuerdos, de promesas no cumplidas, de un amor que seguía vivo, incluso en la ausencia.

—¿Lo hacemos? —preguntó Marta con la voz rota.

Lucía miró a sus amigos. Sabía que aquello no sería fácil. Volver a recorrer los mismos caminos que una vez los habían hecho sentir invencibles y unidos, ahora, sin Carla, sería doloroso. Pero también tenía claro que debían hacerlo. Aquella era la última petición de su amiga, la última oportunidad de cerrar un círculo que había quedado abierto durante demasiado tiempo.

—Yo sí. Por ella —dijo Simón con firmeza.

Pablo, sin embargo, no estaba convencido. Negó con la cabeza y apretó los labios en una línea fina de frustración. Dio un par de pasos hacia atrás, como queriendo distanciarse de la conversación, y encendió un cigarrillo.

—Esto es una locura —murmuró—. No sé si debería ser así. ¿Hacer un viaje? ¿Pretender que todo está bien, que vamos a volver a reírnos como antes? Ya no somos aquellos adolescentes, ¿no creéis? Además, ir a su isla, a casa de su abuela…, sin ella. No lo veo.

Simón lo miró de manera fija con el ceño fruncido, pero no dijo nada. Marta, por su parte, dio un paso adelante hacia Pablo.

—No se trata de pretender nada —le aclaró con dulzura y, a la vez, con una firmeza en su voz que rara vez mostraba—. Es lo que ella quería. Es su forma de despedirse de nosotros y tampoco

tenemos nada que perder. Yo lo haría.

Pablo soltó una risa seca, sin alegría, y lanzó el cigarrillo al suelo, aplastándolo con el pie.

—¿Y qué pasa si no nos viene bien viajar? ¿En qué estaba pensando Carla? Siempre hemos hecho lo que ella quería, ¿también en su ausencia? ¿No sabía que tenemos una vida y no nos es posible irnos de viaje así como así, que ya no somos los que fuimos, que tenemos obligaciones? Es imposible recuperar aquello que una vez fuimos. Sois unos soñadores a los que les ciega la nostalgia —sentenció con la voz más dura de lo que pretendía—. ¿Y qué pasa si esto solo lo empeora todo? ¿Queréis ir a pasarlo mal?

—No va a empeorar nada —respondió Lucía, hablando por primera vez desde que leyeron la carta. Todos los ojos se volvieron hacia ella—. Lo peor ya ha pasado, Pablo. Carla se ha ido. No tenemos nada más que perder, como dice Marta, y mucho que ganar: nuestra amistad. Claro que podemos hacer esto, por ella. Y quizá también por nosotros. De todas formas, no es obligatorio. Iremos nosotros tres, sin ti.

El silencio volvió a asentarse entre ellos, denso y pesado. Pablo miró al suelo, pensativo y sintiendo como la culpa se instalaba en su pecho. Los demás esperaron, dándole su espacio. Los tres sabían que la relación de Pablo con Carla había sido complicada, llena de roces y conflictos no resueltos, pero también tenían claro que, en el fondo, él la quería tanto como ellos.

Al cabo de unos segundos, Pablo suspiró y se pasó una mano por el pelo despeinado.

—Vale —dijo al fin—. Lo hacemos. Por Carla. Aunque no sé qué dirá Raquel de esto.

Lucía sintió que el peso en su pecho se aligeraba un poco. Era un pequeño paso, pero uno importante. Volver a esos lugares, recorrer juntos la isla de Mallorca sería su forma de cerrar heridas, de reconectar y de darle a Carla el adiós que se merecía.

Simón metió la llave en el bolsillo y se giró hacia los demás.

—Entonces, ya está decidido. Viajaremos a Mallorca, a los mismos sitios en los que estuvimos —resolvió con un tono más cordial—. Volveremos a esos lugares que tanto significaron para nosotros cuando no teníamos otra preocupación que pasarlo bien, juntos. Y esta vez, no lo pospondremos.

Lucía miró al cielo y dejó que el viento acariciara su rostro. Tenía la corazonada de que, a partir de ese día, todo cambiaría para ellos. El viaje no solo iba a ser un homenaje a Carla, sino una oportunidad de reconciliarse con el pasado y con ellos mismos. Y quizá, al menos para ella, de reencontrarse en un momento de su vida en el que se sentía desubicada.

Mientras se alejaban del cementerio, una pequeña chispa de esperanza brilló en su pecho. No sabía lo que el viaje les depararía, pero algo dentro de ella le decía que, al final, encontrarían lo que habían descuidado: su amistad y, quizá, el sentido de la vida que había perdido.

Capítulo 1
El inicio

El ambiente en el aeropuerto rozaba el caos, aunque estaban todavía en junio. A pesar del barullo, la mezcla de sonidos, voces y pasos apresurados, Lucía sentía que flotaba, como si estuviera suspendida entre dos realidades. La terminal de salidas estaba tan abarrotada como siempre, llena de familias despidiéndose, gente corriendo de un lado a otro con maletas que chirriaban contra el suelo pulido, pero para ella todo parecía lejano. Como si una parte de sí misma no estuviera allí en realidad.

Se detuvo un instante, observando el ir y venir de la gente, y ajustó la correa de su bolso sobre el hombro. El calor se había instalado en el aire como una promesa de lo que vendría en los próximos días, y el cielo, de un azul claro, sin una sola nube, la miraba con una sonrisa traviesa desde la gran cristalera del aeropuerto.

Su corazón latía despacio, de una manera que no reconocía del todo. Era esa mezcla de nostalgia, temor y algo similar a la incertidumbre de los próximos días, pero todo contenido en un solo suspiro. No hacía mucho que empezaron a organizar el viaje, sacando viejas fotos, mapas manoseados de tantas veces que los habían consultado. Pero ahora que estaban a punto de embarcar, el peso de lo que todo eso significaba se le clavaba en el pecho. No era solo un viaje. Era un intento de volver a una versión de ellos mismos que ya no existía. Y ese pensamiento, aunque dulce, dolía un poco.

Lucía echó a andar hacia el lugar donde habían quedado en encontrarse y, entre el bullicio, divisó a Simón, tan guapo como siempre o incluso mejor. Los treinta le sentaban bien. Estaba apoyado contra una columna con su cazadora colgando del brazo y una expresión tranquila, como si no hubiera nada capaz de alterarlo. Siempre había sido así. Incluso en las peores situaciones, Simón tenía esa capacidad de mantenerse en calma. Pero Lucía sabía que, bajo esa apariencia, él también estaba luchando con sus propios fantasmas.

—¿Llevas mucho esperando? —preguntó cuando llegó a su lado.

Simón levantó la vista y sus ojos azules brillaron bajo la luz fluorescente de la terminal. La miró y sonrió de una manera que Lucía no supo interpretar. A pesar de su pose calmada, la forma de mirar, llevando la vista de un sitio a otro sin parar, reflejaba nervios.

—No, acabo de llegar. Marta debería estar aquí ya —respondió con voz tranquila, aunque había un ligero temblor en su tono.

Ella se quedó a su lado, sin decir nada más, y el corazón le empezó a palpitar más deprisa de lo normal. El aire acondicionado del aeropuerto le acariciaba la piel y, a pesar del calor exterior, una sensación de frío se filtraba en sus huesos. Las últimas semanas habían sido frenéticas con los últimos detalles del viaje; sin embargo, durante el invierno, las noches se llenaron de llamadas y mensajes, de imágenes sacadas de viejos álbumes, cubiertas de polvo y manchadas por el tiempo. Rieron con algunos recuerdos, se emocionaron con otros. Pero había algo que era imposible ignorar, el vacío que Carla había dejado en medio de todos ellos.

—¿Pablo? —preguntó Lucía con algo de mosqueo al no saber nada de él.

Simón negó con la cabeza, encogiéndose de hombros.

—Ya sabes cómo es. Aparecerá cuando menos lo esperemos. Siempre ha sido así.

Y tenía razón. Pablo era impredecible. Siempre fue el más tardón, el que evitaba los compromisos, pero que, de alguna manera, siempre estaba presente cuando de verdad importaba. Al menos, eso era lo esperado por todos y no solía defraudarlos. Seguro que llegaría, pero su reticencia a hacer el viaje los tuvo dudosos hasta que sacaron los billetes. Era capaz de haber cambiado de opinión en el último momento.

Marta llegó poco después, arrastrando su maleta con una sonrisa y cara de agotada. Llevaba una chaqueta vaquera atada a la cintura y el pelo un poco más alborotado de lo habitual. Pero sus ojos brillaban con la misma chispa de siempre, aunque Lucía notaba el cansancio emocional en el rostro de su amiga tras esa aparente alegría.

—¡Perdón por el retraso! —exclamó, dejando caer la mochila al suelo con un suspiro aliviado—. El tráfico está imposible.

Simón se acercó a abrazarla y Lucía hizo lo mismo. El roce de los cuerpos conocidos, el calor de ese contacto, le recordó lo mucho que había extrañado esa cercanía. Era como si, por un segundo, el peso del viaje que tenían por delante se desvaneciera.

—Bueno, ¿y dónde está Pablo? —preguntó Marta, mirando a su alrededor—. ¿Nos va a hacer esperar hasta que perdamos el vuelo?

—Lo dudo —respondió Simón—. Vendrá cuando esté a punto de cerrar la puerta de embarque. Dudo mucho que haya cambiado esa mala costumbre.

Y, como vaticinaron, Pablo apareció poco después entre la multitud con ese andar despreocupado que siempre había tenido, como si nada le importara lo suficiente como para apresurarse. Pero Lucía lo conocía bien. Sabía que, bajo esa apariencia relajada, había algo que le preocupaba. Por su semblante, intuía que estaba intranquilo por algo más que el viaje y la muerte de Carla.

—¿A qué esperamos? —dijo Pablo, ajustándose la correa de su mochila con una sonrisa ladeada—. Mallorca nos está esperando.

El avión despegó hacia un cielo despejado, sin las turbulencias que Lucía notaba en su estómago, que se removía con cada milla que recorrían hacia la isla. Desde su asiento, junto a la ventanilla, miraba las nubes que se formaban y desaparecían, y la vastedad del mar que pronto se abriría ante ellos. Era imposible no pensar en lo que significaba ese viaje, en lo que estaban dejando atrás y en lo que esperaban encontrar.

—¿Recuerdas cuando fuimos a esa cala? —preguntó Marta desde el asiento contiguo, inclinándose para mostrarle una página de la vieja guía de viajes que había traído—. La playa estaba desierta. Solo nosotros, el agua y el sonido de las olas.

Lucía sonrió al recordar ese día. El olor a sal, el viento suave acariciando sus mejillas mientras el sol se colaba entre las nubes.

Carla, como siempre, insistiendo en que se quedaran hasta el atardecer. «Es lo mejor del día», decía. Y tenía razón.

—Sí —respondió Lucía—. Carla era experta en encontrar los mejores lugares, ¿verdad?

Simón, que estaba sentado al otro lado del pasillo, miró por encima de su libro y les sonrió.

—Carla siempre hacía que cualquier lugar fuera especial —dijo con un tono cálido. Los tres se dieron cuenta al mirarse que compartían la misma sensación de pérdida, pero también de gratitud por haber tenido a alguien como ella en sus vidas.

Cuando aterrizaron en Palma, el calor fue lo primero que notaron. El contraste con el frío de la terminal madrileña era abrumador. El aire olía a mar, a verano. Era un olor que Lucía había

olvidado, pero que le resultaba tan familiar como su propio aliento.

—Estamos de vuelta —murmuró Simón, tomando una honda respiración que llenó sus pulmones de la calidez mallorquina—. Ya era hora.

Recogieron las maletas y, al salir al exterior, el sol los golpeó de lleno, cegador y reconfortante a la vez. Sintieron como si la isla los hubiera estado esperando todo ese tiempo, paciente, sabiendo que volverían tarde o temprano.

El coche que alquilaron estaba estacionado en una esquina del aparcamiento. Era pequeño, pero suficiente para los cuatro. Pablo fue el primero en acercarse al volante con esa seguridad que siempre mostraba cuando tomaba el control de algo.

—Conduzco yo —anunció, y abrió la puerta del coche sin esperar confirmación de los demás —. Si alguien quiere el volante después, que hable ahora o que calle para siempre.

—No seré yo —respondió Simón riendo—. Ya sabes que me pierdo con facilidad.

Marta se deslizó en el asiento trasero, acomodándose con un suspiro mientras se ajustaba el cinturón.

—Bueno, supongo que esto significa que el viaje ha comenzado —declaró Lucía, mirando a sus amigos desde el asiento de atrás—. ¿Listos?

—¡Vamos! —gritaron a coro como hicieron en su primer viaje con los brazos levantados.

El coche arrancó con suavidad y el motor ronroneó con la misma calma que sentían todos cuando empezó a circular. Dejaron el aeropuerto atrás y se adentraron en las carreteras que serpenteaban hacia los rincones más auténticos de la isla, evitando la autopista por decisión propia. Los campos color miel se desplegaban ante ellos, salpicados por olivos y almendros, mientras las montañas de la Serra de Tramuntana se alzaban a lo lejos, como una promesa de todo lo que les esperaba en los siguientes días.

Lucía cerró los ojos, dejando que el sonido del motor y el calor del sol la arroparan. No tenía ni la menor idea de qué les esperaba en ese viaje, pero, de una manera impropia en ella en los últimos años, sintió que debía dejarse llevar. La extraña sensación de que volvía a casa, en más de un sentido, la abrazó y sintió que una nueva inquietud crecía dentro de ella.

Capítulo 2
Ellas no eran tú

El coche serpenteaba por una carretera estrecha, flanqueada por pinos que susurraban al viento al mover sus ramas. A medida que se acercaban a su destino, el paisaje se abría como una cremallera, revelando una cala escondida, casi oculta entre las rocas. El mar se extendía frente a ellos, azul y cristalino, como una promesa de paz después de un largo y difícil invierno.

Lucía se apoyó en el respaldo del asiento y dejó escapar un suspiro de alivio. Era difícil no sentirse conmovida por la belleza del lugar. El aire, cálido y salado, le acariciaba la piel y en su interior sentía una paz que le indicaba que todo estaba bien. Que, de alguna manera, a pesar de la inquietud que le encogía el pecho, regresar a esa parte de la isla les posibilitaría recuperar lo que habían perdido los últimos años. Estaba segura de que no sería un viaje fácil y el tiempo juntos les permitiría recoger retazos de lo que fueron, tal vez surgirían antiguas discusiones, cuentas que saldar o, quizá, los cuatro se dejarían llevar por todo lo bueno que vivieron dejando lo demás en el pasado. Pero también era una oportunidad para descubrir sus nuevas versiones, conocer esa parte desconocida de cada uno que se había forjado con el paso de los años, las experiencias, los amores y los desamores.

—Es increíble —murmuró Marta desde el asiento trasero con la cabeza apoyada contra la ventanilla—. No recordaba que fuera tan bonito. ¿Por qué he tardado tanto en volver?

Simón, sentado en el asiento del copiloto, sonrió agradecido sin apartar la vista del mar y dejó que la pregunta de Marta revoloteara en la mente de todos, porque tenía razón, tantas oportunidades para volver y tuvo que morir Carla para hacerlo. Seguro que todos se arrepentían.

—El tiempo tiene la extraña capacidad de embellecer los recuerdos —respondió Simón al comentario de Marta.

Pablo, al volante, soltó una leve risa sarcástica.

—O de hacer que olvidemos los detalles más incómodos.

Lucía notó la tensión en la voz de Pablo. El viaje apenas había comenzado y ya se percibían las primeras grietas en esa aparente serenidad. Sabía que todos llevaban consigo mochilas pesadas, aunque no quisieran admitirlo delante de los demás: viejas heridas, secretos guardados y la presencia constante de Carla, siempre entre ellos.

Poco después llegaban a la misma casa que alquilaron en su primer viaje juntos. Era una pequeña construcción de piedra, enclavada en un recodo de la cala, rodeada de buganvillas en flor. La fachada, aunque desgastada por el tiempo, aún conservaba el encanto del auténtico paisaje mallorquín. Era como si el tiempo hubiera pasado por allí sin alterarla demasiado.

—Fijaos, está igual que antes, ¿verdad? Parece que se haya detenido el tiempo —comentó Lucía mientras bajaba del coche, e inhaló una larga bocanada de aire cargado de salitre—. Ha sido una suerte que aún la alquilen.

—Ojalá nosotros pudiéramos decir lo mismo —respondió Pablo, lanzando las llaves del coche sobre la mesa de madera que había en el porche.

Los cuatro amigos se acercaron ilusionados, contemplando el entorno. La casa, las rocas, el mar... Todo tal y como lo recordaban, pero, a la vez, era distinto. Lucía sintió un nudo en el

estómago al recordar la última vez que estuvieron allí juntos. Carla corriendo hacia el agua, riendo a carcajadas, como si el mundo fuera suyo y quisiera comérselo con avidez. Y ahora, solo quedaba su recuerdo.

—Deberíamos instalarnos —sugirió Marta, sacándolos del estado emocional en el que estaban.

Entraron en la casa tras recoger las llaves en el buzón con la clave secreta que les dieron en la agencia, y el sonido de las maletas arrastrándose por el suelo de piedra llenó el pequeño espacio. Las habitaciones eran sencillas, decoradas con muebles rústicos y cortinas estampadas que se movían al compás de la brisa marina. Desde las ventanas se veía el mar, que los invitaba a sumergirse en su calma. Para los cuatro, acostumbrados a vivir en edificios de la gran ciudad, abrir la ventana y ver el horizonte sin nada que lo obstaculizara era todo un regalo.

—Es casi como si nunca nos hubiéramos ido —comentó Simón, derrochando optimismo, mientras dejaba su maleta en una de las habitaciones.

—O como si todo hubiera cambiado y nosotros fuéramos los únicos que no nos hemos dado cuenta —replicó Pablo desde el otro extremo del pasillo—. Os noto un poco ñoños a todos. Bajad a la realidad, chicos.

Lucía notó la dureza en las palabras de su amigo. Siempre había sido así, directo, sin rodeos, pero ahora se mostraba más sarcástico que antes; estaba segura de que algo le dolía y lo hacía reaccionar de esa manera, aunque no sintiera la confianza necesaria para hablarlo con los demás. Marta, en cambio, intentaba mantener el ambiente distendido, conciliadora, como la madre que era, como si temiera que cualquier palabra de más rompiera el frágil equilibrio que habían logrado mantener en las primeras horas de viaje.

—¿Os apetece que bajemos a la cala? —sugirió Marta para cambiar de tema y hacer algo que los sacara de ese primer bajón nostálgico, y que los chicos dejaran las pullas—. Creo que un buen baño nos vendrá bien después del viaje.

Lucía asintió con una sonrisa, agradecida por la propuesta. Salir al aire libre y sentir el agua fresca en su piel quizá aliviaría la tensión que se había instalado entre ellos. Se cambiaron de ropa y, poco después, estaban caminando por el sendero de piedras que llevaba a la cala. El sonido de las olas rompiendo con una suavidad constante contra la orilla los acompañaba y el olor a salitre los arropaba como una manta cálida. Más que recuerdos en imágenes, lo que Lucía notaba eran sensaciones perdidas que hasta ese momento no era consciente de cuánto añoraba.

La cala estaba desierta, justo como la recordaban. Solo el sonido del agua y el viento susurraban entre las rocas dándole un aspecto mágico. Marta fue la primera en lanzarse al mar, riendo mientras el agua fría le acariciaba la piel.

—¡Está helada! —gritó entre carcajadas, pero su sonrisa lo decía todo. Aquello era lo que necesitaban: sentirse libres, soltar el peso vital que cada uno cargaba, no solo por el motivo que los había llevado hasta allí, sino por la vida que arrastraban a diario.

Lucía se sentó en la orilla, dejando que las olas le lamieran los pies con delicadeza. Observó cómo Simón y Pablo se metían en el agua, cada uno con su estilo. Simón, siempre metódico, primero probando la temperatura, luego zambulléndose de una forma controlada. Pablo, en cambio, saltando de golpe, como si quisiera deshacerse de todo en un solo acto, salpicando a los demás.

—¿Vas a entrar? —preguntó Marta desde el agua, agitando una mano hacia ella.

Lucía sonrió y asintió, pero tardó unos minutos más. Se quedó observando, permitiéndose sentir cada segundo como llegaba. Estaba segura de que ese viaje los iba a remover más de lo

que cada uno pensaba y, al mismo tiempo, sentía que, de alguna manera, era necesario; algo dentro de ella le decía que, por alguna razón, el destino, guiado por los deseos de Carla, los había llevado allí de nuevo. Entró en el agua, sintiendo el frío recorrer su cuerpo y despertando cada fibra de su piel. Al sumergirse, deseó que todos los recuerdos tristes se disolvieran allí y no hicieran su aparición durante el viaje.

Después del baño, se sentaron en la orilla para que el sol secara sus cuerpos. Las conversaciones fluían con naturalidad, pero, de vez en cuando, el silencio se hacía presente, recordándoles que había cosas que aún no se habían dicho. El clima de confianza que una vez tuvieron no tenía nada que ver con el ambiente incómodo en el que se encontraban. Solo Marta daba muestras de querer que no fuera así y trataba de llenar la distancia entre ellos con sus palabras.

—¿Os acordáis de la última vez que estuvimos aquí? —preguntó, tumbada en la arena con los ojos cerrados—. Carla hizo que nos quedáramos hasta el anochecer, porque quería ver las estrellas reflejadas en el agua. Pero nosotros estábamos cansados y no queríamos. Al final, como siempre, nos convenció.

Lucía curvó sus labios en una sonrisa, rememorando ese momento como si hubiera sido ayer. Rieron al recordar la insistencia de su amiga en que las mejores cosas suceden cuando el mundo parece detenerse, cuando la mayoría de la gente está preocupada por hacer cosas y se olvida de lo maravilloso que es vivir.

—Siempre tuvo esa forma de ver la vida —dijo Simón con la vista perdida en el horizonte—. Como si todo tuviera un significado más profundo del que veíamos los demás. Para ella no había horarios ni normas que cumplir, sobre todo, durante el verano. Qué irónico, era la más viva de los cinco y ahora… —Calló para atrapar una lágrima que luchaba por salir.

Pablo no dijo nada. Se limitó a encender un cigarrillo con dedos nerviosos y los ojos fijos en el mar, como si estuviera en otra parte, más allá de aquella cala, lejos de ellos.

Más tarde, decidieron ir al pequeño pueblo cercano a comprar provisiones. Caminaron por las estrechas calles empedradas, por las que el sonido de sus pasos resonaba en el murmullo de la tarde. Los comercios locales eran acogedores, todos tenían las puertas abiertas de par en par y dejaban escapar el aroma a pan recién horneado y frutas maduras.

—Esto parece sacado de otro tiempo —comentó Lucía, mirando los edificios de piedra con las ventanas pintadas de azul que los lugareños se afanaban por conservar.

Entraron en una tienda pequeña donde el dueño, un hombre mayor de sonrisa afable, los saludó con un cálido *bona tarda*. Eligieron algunos productos locales: queso, jamón, pan rústico y una botella de vino. Mientras Marta se entretenía escogiendo las frutas, Lucía observaba a Pablo. Había algo en su forma de moverse, en la manera en que evitaba los ojos de los demás, que le confirmaba sus sospechas de que algo le pasaba, quizá preocupado por algo de su vida en Madrid o porque aún estaba procesando todo lo que significaba ese viaje. Sin duda, tenía una lucha interna que no era capaz de dejar de lado durante esos días y no lograba estar del todo con ellos. La entristeció reconocer que era difícil traspasar ese caparazón que se ponía y no saber cómo ayudarlo si él no daba el paso de abrirse.

De vuelta en la casa, se sentaron en el porche con el sol poniéndose lento sobre el mar. Prepararon la comida y contaron anécdotas sobre las locuras de Carla que los hicieron reír, como el día que se empeñó en salir a pescar y acabó con el anzuelo enganchado a su bikini. Durante unos días la llamaron cebo y ella se enfadaba tanto que dejaron de hacerlo. A pesar de las risas compartidas esa primera noche, en el aire seguía flotando esa sensación de que, por mucho que

intentaran recuperar el pasado, todo había cambiado.

Lucía dejó que la brisa marina le acariciara el rostro y cerró los ojos para sentirla mejor. Se quedó pensando en que, aunque estaban juntos, aún había caminos que recorrer, palabras que decir y heridas que sanar. No bastaba con haberse vuelto a encontrar para conectar de nuevo; era necesario hablar del pasado, del presente y de sus emociones para sanar. Pero también era consciente de que el viaje solo acababa de empezar y que, de una manera u otra, hallarían la forma de volver a encontrarse a sí mismos sin tener que revolver demasiado en el pasado. Porque, al final, eso era lo que Carla había querido para ellos: que se redescubrieran, que volvieran a sentirse invencibles como lo fueron una vez, en aquella cala, en aquel verano que cada vez percibía menos lejano.

La noche los alcanzó cuando aún estaban cenando y la luna reflejaba un camino brillante sobre el mar. Sentados en el porche de la casa rural, los cuatro amigos seguían picando de la comida que compraron en el pueblo: queso curado, pan rústico crujiente, tomates maduros aliñados con aceite de oliva y una botella de vino tinto que Simón había abierto con un gesto ceremonioso.

—Este vino es bastante decente para haberlo encontrado en una tienda tan pequeña —comentó, sirviendo una segunda ronda mientras Marta cortaba el queso con una sonrisa relajada.

Lucía estaba más callada, mirando las luces titilando sobre el mar mientras el aire cálido acariciaba sus brazos desnudos. El olor a romero se mezclaba con el del mar y los pinos, invitando a respirar y llenarse de esa calma mediterránea, envolvente y cálida que tanto había echado de menos.

Pablo, que hasta entonces había permanecido sin hablar, dejó escapar un suspiro y tiró el tenedor sobre su plato. El sonido metálico reverberó en el porche, atrayendo la atención de todos.

—No sé cómo aguantáis este rollo de desconexión —murmuró, sacando el móvil del bolsillo y mirándolo con frustración—. No he contestado ni un maldito mensaje desde que subimos al avión.

Marta arqueó una ceja.

—¿Y por qué deberías contestar? Se supone que estamos aquí para alejarnos de nuestras vidas y volver a ser nosotros, ¿no era ese el plan?

—Fácil decirlo para ti —resopló Pablo, apartando el móvil de un manotazo—. Raquel está que trina porque me he venido sin ella. No ha parado de enviarme mensajes desde que salimos y yo... no sé cómo enfrentarme a eso. Necesitaba este espacio, como tú dices, pero ella no lo entiende.

El silencio cayó sobre el grupo. Era la primera vez que alguno de ellos mencionaba sus vidas actuales con esa franqueza, y que fuera Pablo, el más reservado de todos, quien lo había hecho era toda una sorpresa. De repente, cada uno de los cuatro fue más consciente de las grietas que habían aparecido en sus relaciones a lo largo de los años.

—Vaya, tío, no sé qué decir; es un tema bastante complicado —dijo Simón en tono amigable, inclinándose hacia adelante para coger un trozo de queso—. Pero tú sabías que esto no iba a ser fácil. Ya estabas agobiado antes de venir, ¿no? Es normal que Raquel lo esté también.

—No lo entiendes —refunfuñó Pablo—. Raquel y yo… estamos pasando por un mal momento. No se trata solo del viaje; esto solo ha sido la guinda del pastel. No contesto a sus llamadas porque, en el fondo, sé que no quiero hablar con ella. Y me da miedo lo que eso significa.

Al soltarlo, Pablo experimentó de inmediato un gran alivio y suspiró en consecuencia,

mientras que Lucía sintió una punzada de incomodidad al escuchar la confesión de su amigo. Recordaba a Raquel de algún encuentro, siempre radiante y extrovertida. Nunca había imaginado que su relación con Pablo estuviera tan cerca de romperse.

—¿Crees que vais a cortar? —preguntó Marta, con su habitual preocupación por todos, mientras tomaba un sorbo de vino.

Pablo se encogió de hombros con los ojos fijos en el horizonte y suspiró de nuevo.

—No lo sé. Quizá. Todo esto me ha hecho darme cuenta de que no estoy donde pensaba que estaría a estas alturas. Siempre creí que con treinta y un años sería un tío casado o, al menos, con pareja, quizá siendo padre y con cierta estabilidad. Y no tengo una mierda…

Solo el murmullo de las hojas de los árboles siguió a las palabras de Pablo, aunque esa vez no resultó incómodo. Era un silencio lleno de pensamientos no verbalizados, de reflexiones que cada uno de ellos compartía, aunque no las expresaran en voz alta.

—Supongo que las relaciones son así —admitió Simón—. No siempre salen como uno las planea.

Lucía lo miró de reojo, temiendo que hubiera algo más detrás de esas palabras, sin pensar en la posibilidad de que lo dijera por decir, solo por consolar a Pablo. Simón nunca había hablado mucho de sus parejas y nunca les presentó a nadie en sus escasas quedadas. Siempre le resultó extraño y estaba segura de que había una razón para ello. Lo intuía, aunque nunca lo habló con nadie, ni siquiera con las chicas.

—¿Y tú? —le preguntó Marta con una sonrisa—. No te hemos visto con ninguna tía desde hace tiempo. ¿Es que no te has enamorado, con lo guapo que estás?

El aludido soltó una risa nerviosa y Lucía notó un brillo de amargura en sus ojos.

—Supongo que ninguna me ha convencido del todo. —Dejó el vaso de vino en la mesa y cruzó los brazos, como si estuviera protegiéndose de algo—. He salido con algunas mujeres, pero nada serio. Nunca he sentido que fueran la persona adecuada. Ya sabéis, esa sensación de que… lo que tienes delante no es lo que realmente deseas.

Lucía sintió un nudo en la garganta. «Porque no eran Carla», pensó, convencida de que su amigo siempre estuvo enamorado de ella y que su ruptura fue muy dolorosa, aunque no lo dijo en voz alta. Siempre había tenido esa sensación, esa creencia jamás reconocida de que Simón nunca había superado lo de Carla. Sin embargo, tras sus palabras, la idea de que quizá había algo más que no les estaba contando tomó forma en su mente.

—Tal vez el problema sea yo —asumió de repente, como si leyera sus pensamientos—. Creo que nunca me atreví a considerar lo que quería de verdad, porque esa persona… —La mirada de Simón se encontró con la de Lucía y, en ese instante, supo a qué se refería—. Bueno, la mujer que siempre ha estado en mi mente nunca quiso lo mismo que yo.

El corazón de Lucía latió más rápido. No supo qué responder. La conversación empezaba a ser demasiado intensa, demasiado cargada de respuestas a esas preguntas que nunca hicieron. ¿Tanto amaba a Carla que no fue capaz de enamorarse de nadie más? Un escalofrío le recorrió la columna.

—En fin, yo sigo con Berto —interrumpió Marta, quizás intentando aliviar la tensión—. No tenemos grandes dramas que contar. Solo peleamos por las tonterías de siempre: quién recoge a Sergio del colegio o quién va a hacer la compra. —Sonrió—. Pero estoy feliz. Después de todo, llevamos juntos desde la universidad y, aunque no es perfecto, sabemos que ninguna relación lo es. Nos queremos, tenemos a nuestro hijo, y eso lo compensa todo.

Lucía sonrió, aunque su mente seguía atrapada en las palabras de Simón. Marta siempre había

sido la más estable del grupo, la que tenía la vida resuelta y siempre se mostraba feliz, junto con Carla, que era la alegría en persona.

—Sergio debe de estar enorme —comentó Lucía con la intención de relajarse un poco con un cambio de tema—. Es increíble que ya tenga siete años.

Marta asintió con una sonrisa de madre orgullosa.

—Sí, crece demasiado rápido. A veces pienso que voy a parpadear y lo voy a ver yéndose a la universidad —rio—. Estos días, como ya han acabado las clases, está en un campamento de verano con el colegio, así que no me va a echar nada de menos.

La conversación continuó cada vez más fluida, aunque con cierta frialdad y cautela para no tocar temas molestos. Sin embargo, Lucía no dejaba de pensar en lo que Simón había dicho. «Nunca me atreví a considerar lo que quería… porque esa mujer nunca quiso lo mismo que yo». Las palabras resonaban en su cabeza y, aunque intentaba centrarse en la conversación sobre las vidas presentes de sus amigos, no lograba sacarse esa sensación extraña del pecho, de donde volvió a emerger la idea de que Simón y ella dejaron muchas cosas sin decir. Cuando él empezó a salir con Carla, su amistad se resintió y nunca volvió a ser igual, ni cuando ellos cortaron. Y aunque ese viaje estaba destinado a cerrar heridas, pensó que quizá Pablo tenía razón y tal vez también abriera otras.

El sol se había ocultado por completo cuando decidieron levantarse de la mesa. El aire era más fresco y el ambiente entre ellos había mejorado, estaban menos suspicaces a pesar de que una ligera tensión persistía flotando como una nube que ninguno se atrevía a disipar. Quizá era la ausencia de Carla, a la que solo nombraban para contar anécdotas divertidas, o que los recuerdos menos agradables afloraban sin ser llamados. El viaje podría ser algo divertido si se mantenían en lo superficial, o llevarlos por caminos internos y emocionales más tortuosos.

Marta se alejó para hablar con Berto y Pablo por fin se decidió a llamar a Raquel mientras paseaba hacia la cala.

Lucía se levantó de la silla y recogió lo que quedaba en la mesa con Simón detrás de ella. Percibía que había demasiados sentimientos escondidos bajo capas de tiempo y distancia, y que todos se anudaban en su pecho. ¿Sería capaz de deshacer esos nudos antes de volver a su vida actual?

Y Simón… Simón aún tenía cosas que decirle. Y ella, tal vez, también.

Capítulo 3
Entre las calles del pasado

El sol de la mañana iluminaba las suaves colinas mientras el coche se adentraba en el interior de la isla, alejándose de la costa. La brisa marina había quedado atrás y el aire, más seco y cálido, les llegaba como un abrazo distinto, casi íntimo. Las ventanas bajadas del coche dejaban entrar el olor de los campos de almendros y olivos, un bálsamo para el ánimo de Lucía que recordaba bien de sus visitas pasadas.

Simón, al volante esa vez, conducía con calma mientras las curvas de la carretera los llevaban hacia el corazón de la sierra.

El objetivo del día era un pequeño pueblo escondido entre montañas, un lugar lleno de encanto y autenticidad, de esos que resistían con orgullo el paso del tiempo.

—¿Cómo era el nombre del pueblo? —preguntó Marta desde el asiento trasero, estirando los brazos.

—Valldemossa —respondió Lucía, sin apartar la vista del paisaje—. Es uno de los pueblos más bonitos de la isla. Recuerdo que Carla nos hizo parar aquí cuando nos perdimos la última vez. Terminamos comiendo en un restaurante en la plaza. ¿Lo recordáis?

—Siempre nos llevaba a los mejores lugares, ya os lo dije —murmuró Simón con una sonrisa nostálgica que Lucía notó algo apagada.

Dejaron el coche en un aparcamiento a las afueras del pueblo, cuyo centro era espacio protegido. Al bajar de él, Lucía sintió la calidez del suelo a través de sus sandalias. El aire era diferente ahí, más seco, pero impregnado de la fragancia de la naturaleza que los rodeaba.

Caminaron por las calles empedradas, dejando atrás los campos y adentrándose en ese pequeño laberinto de casas de piedra, balcones adornados con flores y puertas de madera pintadas de verde y azul. El lento paseo por el pueblo los había sumido en la nostalgia, como si el lugar mismo les pidiera que redujeran el ritmo y se tomaran el tiempo necesario para apreciar cada rincón.

Lucía elevó la barbilla y dejó que el sol acariciara su rostro. Valldemossa tenía algo mágico, una calma que surgía de las montañas mismas, de la serenidad que se percibía en el aire, acompañada por el susurro del viento y el sonido ocasional de las conversaciones en las terrazas de los cafés.

—Es como si el tiempo no hubiera pasado —comentó Marta, estirándose y ajustándose el vestido veraniego de un tono amarillo suave que hacía juego con el entorno. Miró a su alrededor maravillada—. Este lugar es precioso.

Simón miró en dirección a la plaza principal, donde una pequeña fuente refrescaba el ambiente. Vestía una camisa de lino beis desabrochada en el cuello y unos pantalones de algodón oscuro que se movían con elegancia al caminar. En su rostro, Lucía notó una expresión de tranquilidad que pocas veces veía en él.

—Este pueblo siempre ha tenido algo especial —dijo—. Me acuerdo de que Carla se empeñó en venir aquí. Estaba obsesionada con que había leído algo sobre este lugar en un libro de viajes.

Lucía sonrió al recordarlo. Carla y sus ocurrencias. Ella siempre tenía una razón para todo,

aunque a veces resultara ser solo una excusa para detenerse en un lugar bonito y disfrutar del entorno.

—¿Nos sentamos a comer? —sugirió Pablo, interrumpiendo sus pensamientos—. Creo que un buen vino y algo de comida nos vendrían bien antes de seguir con la visita.

Caminaron hacia un restaurante con terraza que daba a la sierra. Las vistas eran impresionantes; al fondo, se alzaban unas majestuosas montañas y el valle se extendía ante ellas como una pintura, salpicado de verdes intensos y sombras suaves. Se acomodaron en una mesa de madera rústica bajo una pérgola de enredaderas y un camarero les llevó una jarra de tinto de verano frío y una cesta de pan casero, aún caliente, con aceite de oliva virgen elaborado en la isla.

—Esto es justo lo que necesitábamos —dijo Marta sonriendo mientras rompía un trozo de pan y lo mojaba en el aceite. El olor del pan fresco llenó el aire y todos callaron a la vez para disfrutar del sabor sencillo y delicioso de lo que les servían.

—Recuerdo la vez que estuvimos aquí durante aquel viaje —dijo Simón de repente con la mirada perdida en el paisaje—. Carla insistió en que subiésemos hasta el mirador al atardecer. Decía que era la mejor vista de toda la isla.

Lucía lo observó mientras hablaba. Su voz era más tranquila que su mirada, en esos ojos azules que no acababan de estar serenos. Ella seguía pensando que en esa forma de mirar se escondía algo que Simón no se atrevía a mostrar. Se preguntó si lo que veía en él en realidad era el dolor por Carla y el intenso amor que sentía por ella, aunque nunca se había atrevido a reconocer que estaba enamorado cuando su amiga lo rechazó.

—¿Y subimos al mirador? —preguntó Marta, sacándolos a todos de sus pensamientos.

Simón asintió, sonriendo con ternura.

—¿No te acuerdas? Claro que subimos. Y tenía razón. Era la mejor vista que habíamos visto nunca y ella sacó uno de sus clásicos…

—¡Os lo dije! —corearon todos menos Pablo, arrancándoles una carcajada.

Lucía bajó la mirada hacia su plato, sintiendo un nudo en la garganta cuando cesó la risa. Sabía que el viaje iba a traer muchos recuerdos y, aunque estaba preparada para enfrentarse a ellos, la emoción en los ojos de Simón la desarmaba.

Pablo, que había estado callado durante casi todo el tiempo y no se había unido a las risas, apartó el vaso de vino y se inclinó hacia atrás en su silla.

—Es curioso cómo recordamos las cosas —dijo—. A veces creo que embellecemos el pasado solo porque es más fácil que enfrentarnos a lo que realmente ocurrió. O será que filtramos los recuerdos para quedarnos solo con los que nos interesan; los mejores o los peores, eso ya depende de cada uno.

Lucía notó el tono agrio en sus palabras y le lanzó una mirada cautelosa. Sabía que Pablo siempre había sido el más cínico del grupo, pero en ese viaje parecía estar más irritable que de costumbre. Tal vez la situación con Raquel lo estaba afectando más de lo que quería reconocer delante de ellos. Ya no tenían la confianza de antaño para abrirse del todo y le dio la impresión de que la confesión del día anterior fue fruto de un arrebato más que un deseo real por contarles sus problemas. Porque desde entonces no había vuelto a nombrar a Raquel, ni siquiera después de haber hablado con ella por teléfono. Si solucionaron algo con esa conversación, nadie lo sabía.

—No siempre embellecemos el pasado —respondió Simón en un tono más calmado que el de Pablo—. A veces, lo que recordamos es exactamente lo que fue. Y cuando esos recuerdos son

buenos, vale la pena mantenerlos así.

Lucía sintió el peso de esas palabras. Simón había hablado de Carla con mucho cariño, pero también con una serenidad que la desconcertaba. Como si hubiera hecho las paces con ese pasado. Pero lo que mantenía oculto bajo esa aparente calma a ella la intrigaba demasiado y le pesaba porque sus sentimientos hacia él seguían intactos. A lo largo de los años, Simón había guardado muchas cosas, pero Lucía siempre había sido capaz de leer entre líneas, hasta ahora. Cuando eran amigos, aunque solo fuera por el tiempo que pasaban juntos a diario, eran capaces de entenderse sin hablar. Toda esa complicidad había desaparecido dejando un poso de amargura y tristeza que ninguno supo sanar. O tal vez no quisieron.

Ese era el motivo, pensaba ella, por el que por más que lo observara se sentía incapaz de asomarse a los pensamientos de Simón, que no eran los que ella creía. Cuando él empezó a salir con Carla, un abismo se abrió entre los dos amigos. Lo que ella desconocía era que a Simón lo atormentaba el arrepentimiento por haber tomado la decisión que no deseaba. Si llegó a pensar que sus sentimientos estaban bien guardados en un rincón de su alma, al ver a Lucía, revivió hasta el último segundo de aquellos días en los que le pudo el rencor.

Ajena a los pensamientos de cada uno, la conversación continuó de manera ligera durante la comida. El ambiente se relajó un poco cuando empezaron a contar anécdotas de otros viajes y de otros tiempos. Marta hablaba con entusiasmo de su hijo, Sergio, y de las pequeñas alegrías de ser madre. Pablo, por su parte, intentaba bromear, aunque su cabeza estaba en otra parte.

—¿Y tú, Lucía? —preguntó Marta, girando la cabeza hacia ella—. Siempre hablamos de nosotros, pero tú nunca cuentas nada. ¿Cómo te van las cosas?

La aludida se encogió de hombros, tomando un sorbo del tinto de verano.

—No hay mucho que contar. Estoy bien. Trabajo, vivo tranquila… Llevo una vida muy normal. —No quiso profundizar. Había demasiadas cosas que no estaba preparada para confesarles, al menos, no en ese momento. La lucha interna con la que había vivido desde la adolescencia seguía como una constante en su vida y, ahora que las cosas habían cambiado, no sabía qué hacer con todo ese pasado que la abrumaba. Se sentía perdida y sin futuro, atrapada en un trabajo que ya no la satisfacía y sola, pero no quería que ellos lo supieran. Siempre la habían etiquetado como la fuerte, la que iba a triunfar en lo que se propusiera y, quizá desde fuera, se la veía así; sin embargo, para ella no. Se sentía vacía y por eso el viaje le hizo tanta ilusión. Por fin tenía algo diferente en lo que pensar, una nueva experiencia que vivir fuera de su rutina.

—¿No tienes pareja? —insistió Marta.

—Terminé mal con alguien a quien quería mucho y no me apetece comprometerme con nadie —contestó, misteriosa, y no añadió nada más. Acercó la copa de tinto a sus labios dejando que la quietud del lugar los envolviera.

Simón la observó por el rabillo del ojo, pero no dijo nada. Se quedó a la espera de que añadiera algo, pero, al ver que callaba, la respetó.

—Haces bien —intervino Pablo segundos después—. Para pasarlo mal, es mucho mejor estar solo.

Su mirada se nubló y todos pensaron que era mejor no rascar en la herida que, sin duda, le estaba ocasionando su relación con Raquel. Apretó los ojos como si quisiera retener una lágrima y los demás se miraron confundidos. No era propio de Pablo exponerse así.

Después de la comida, decidieron caminar por las calles del pueblo, perdiéndose entre los callejones empedrados y las pequeñas tiendas que ofrecían productos locales: cerámicas pintadas a mano, miel de flores, hierbas aromáticas. Lucía se detuvo en una tienda de jabones artesanales

y acarició una barra de lavanda, sintiendo la textura áspera bajo sus dedos, y decidió comprar dos para llevar a casa. Después, Marta y ella compraron pamelas para protegerse del sol y bromearon ante la cámara de fotos de Simón como si fueran turistas.

—Es como si el tiempo aquí transcurriera a otro ritmo —dijo Marta, mirando las fachadas de las casas cubiertas de enredaderas—. Podrías quedarte días, anclada en un presente continuo, sin darte cuenta de que el mundo sigue girando.

Lucía asintió, perdida en sus propios pensamientos. El día había sido hermoso, pero también agotador. Todos llevaban consigo su propia carga emocional y, aunque se habían esforzado por mantener el ambiente apacible, seguían existiendo barreras entre ellos aún por derribar si querían volver a lo que fueron, algo que ninguno de ellos había querido nombrar.

Cuando regresaron al coche, el sol comenzaba a bajar en el horizonte y las sombras se alargaban sobre las montañas. Se despidieron de Valldemossa con una última mirada hacia sus calles tranquilas y sus casas de piedra, sabiendo que ese lugar guardaba no solo recuerdos, sino también promesas no cumplidas y sentimientos no resueltos. Unos sentimientos que seguían golpeando en el pecho de Lucía cuando creyó, años atrás, que ese pueblo iba a ser el escenario de un primer beso en el mirador. Un beso que no llegó porque Carla estaba empeñada en hacerse una foto justo en el instante en el que iba a suceder.

Fueron muchas las promesas rotas, como la de que siempre serían felices porque estarían juntos para apoyarse y celebrarse.

Lucía se sentó en el asiento del copiloto junto a Simón y, mientras él arrancaba el coche, sintió que las palabras de aquel día seguían pesando en el aire. Pero sabía que aún no era el momento de hablar de ellas, si es que algún día se sentía capaz de hacerlo. Decidió que no iba a forzar ninguna conversación; como había hecho Pablo, si surgía en un arrebato o en una conversación de confidencias, hablaría. Pero si no se sentía con ganas, volvería a Madrid sin deshacer ese nudo que le apretaba el pecho.

El viaje continuó y con él, las preguntas sin las respuestas que tanto necesitaban.

Capítulo 4
Ya no somos los mismos

La noche había caído sobre la casa rural como un velo suave, abrazándolos con una penumbra cálida que solo rompía el titilar de las estrellas en el cielo despejado. El aire puro del campo se deslizaba entre los árboles cercanos y el sonido del viento era apenas un susurro que acompañaba el crepitar del fuego en la barbacoa.

Simón estaba junto a la parrilla, concentrado en los chorizos y las costillas que giraban con lentitud sobre las brasas. El humo se mezclaba con el aroma de la carne asada y los pimientos rojos, creando una atmósfera hogareña. A su lado, Marta colocaba una ensalada fresca sobre la mesa de madera, adornada con tomates del pueblo y aceitunas negras, mientras Lucía terminaba de abrir otra botella de vino, vertiendo el líquido rojo oscuro en las copas que tintineaban al chocar entre sí.

Desde la barbacoa, Simón, entre tanto, se sorprendió a sí mismo observando las manos de Lucía mientras ella llenaba las copas con movimientos suaves y precisos. Notó como su cabello castaño se movía al ritmo de la brisa y una sensación familiar, casi imperceptible, se instaló en su pecho. Siempre había sentido una especie de calma cuando ella estaba cerca, una serenidad que no lograba encontrar en otras personas. De adolescentes ya tenía esa habilidad de enraizarlo, de hacer que todo a su alrededor resultara más fácil, aunque nunca había sido capaz de decirle lo que ella significaba para él en realidad. Se daba cuenta de lo mucho que la había echado de menos los últimos años y se reprendió por no haberla llamado más. Le dolía pensar que alguna vez hubiera necesitado un hombro amigo y no haber estado cerca. ¿Cómo pudo dejar que el tiempo y la rutina los distanciara? Seguro que tuvo ocasión de haber hecho más y se arrepentía de su dejadez.

Lucía se recostó en una de las sillas, dejando escapar un suspiro. El día había sido largo, pero había algo en la tranquilidad de la noche que le permitía relajarse un poco. Sus ojos se detuvieron en Simón, que seguía concentrado en la carne, con los rizos despeinados y la camisa abierta un par de botones que dejaban parte de su pecho a la vista. Tenía el semblante de un hombre tranquilo, sin embargo, ella estaba convencida de que algo bullía en su interior. Lo había pillado observándola y, como percibió por la mañana, su mirada no tenía la serenidad que ella recordaba. Ojalá no estuvieran tan distanciados y supiera cómo aliviar su pena, tanto si era por la ausencia de Carla como por otra cosa.

—Ya está todo listo —anunció al sacar el último chorizo de la parrilla y colocarlo en la bandeja que llevó a la mesa—. Vamos a ver si han quedado tan bien como los de aquella vez, si alguien aún lo recuerda.

—Creo que lo estamos haciendo bastante bien para ser un grupo de urbanitas —bromeó Marta sonriendo mientras se limpiaba las manos en el delantal de lino que había encontrado en la cocina.

Pablo se unió al resto después de fumarse un cigarrillo alejado de ellos y se sentó a mesa puesta.

—No recordaba que fumaras —dijo Marta, señalando el paquete de cigarros que dejó sobre la

mesa—. Perdona que me meta donde no me llaman, pero, desde que nos vimos en el aeropuerto, no paras. Si te soy sincera, creo que deberías dejarlo.

—Tienes razón —reconoció sin reproches—. No había fumado nunca y… ya ves. He empezado este año y me ayuda a aplacar los nervios. Sé que no debería fumar, es asqueroso. Me lo digo todos los días. ¿Empezamos la cena? Huele de maravilla, Simón.

La comida fue deliciosa. El sabor ahumado de la carne se mezclaba perfectamente con el vino y durante la cena el buen ambiente reemplazó cualquier atisbo de la tensa inquietud que los había acompañado durante el primer día. El crepitar de las brasas se volvía casi hipnótico mientras las estrellas brillaban con más intensidad en el cielo despejado. Sin embargo, poco a poco, el vino hizo su trabajo y las barreras que se habían mantenido erigidas durante tanto tiempo empezaron a desmoronarse. Las conversaciones se tornaron más sinceras y las emociones, más intensas.

—¿Os acordáis de aquella vez que Carla nos hizo caminar toda la tarde para llegar a esa playa que estaba desierta? —preguntó Pablo, apoyándose en su silla con una copa de vino en la mano—. Nunca la vi tan feliz como ese día.

—¿Cómo olvidarlo? —respondió Marta con una sonrisa—. Nos quejamos todo el camino, que se nos hizo eterno, pero al final valió la pena.

Lucía afirmó con la cabeza, aunque sintió que algo se revolvía en su interior. Carla siempre había sido el alma del grupo, la que los empujaba a hacer cosas que, de otro modo, no se les habría ni ocurrido. Pero a veces sentía que, en ese impulso por hacerlos felices, había algo de manipulación. Como si siempre hubiera sabido cómo llevarlos donde ella quería.

Era cierto que aquel había sido un día increíble, uno de esos recuerdos que se incrustan en la memoria como una fotografía perfecta. Pero Simón, al escuchar las palabras de Pablo, sintió algo diferente. Observó a Lucía de reojo mientras ella hablaba. A menudo se encontraba haciéndolo, sin proponérselo, como si sus ojos la buscaran por costumbre, como si necesitara comprobar que aún estaba allí, que tenerla tan cerca no era otro de sus sueños que se desvanecía al despertar. Y cada vez que la miraba, ese peso en el pecho, una mezcla entre nostalgia y deseo reprimido, regresaba sumiéndolo en la confusión.

A lo largo de los años, Simón tuvo que aprender a esconder ese sentimiento. Había intentado convencerse de que su afecto por Lucía era el de un amigo, alguien que valoraba su compañía, su forma de ser. Pero había situaciones como esa en las que se preguntaba qué hubiera pasado si alguna vez hubiera dado el paso, si hubiera sido más valiente. Si acaso Lucía lo hubiera mirado de la misma manera que él la miraba cuando ella no se daba cuenta.

—Carla lo hacía todo más fácil, ¿verdad? —comentó Lucía, casi sin pensar, mientras miraba la copa de vino, a la que hacía girar en su mano.

—No siempre —respondió Pablo, y su tono fue algo más amargo de lo habitual—. Carla era increíble, pero también sabía cómo conseguir siempre lo que ella quería, sin importarle nada más.

Las palabras de Pablo cayeron como una piedra en medio de la noche. Simón dejó su copa sobre la mesa y Lucía notó como su mandíbula se tensaba, aunque intentaba mantener la calma, porque era justo lo que ella estaba pensando unos minutos antes. ¿Opinarían lo mismo los demás? Marta, por su parte, miró a Pablo con una expresión de reproche.

—Eso no es justo —le echó en cara—. Carla solo quería lo mejor para todos. Nunca nos obligaba a nada. Si para ella había algo excitante, quería compartirlo con nosotros. Eso es lo que hacen los amigos.

—¿De verdad crees eso? —replicó Pablo, levantando una ceja—. Sé que la adorabas, pero a

veces me pregunto si no nos dejábamos llevar demasiado por lo que ella quería. Incluso ahora… Estamos aquí, haciendo este viaje, porque fue su última voluntad. ¿Pero lo hacemos por ella o porque siempre fue más fácil seguirle la corriente?

Simón frunció el ceño ante el comentario, pero no dijo nada. Sabía que Pablo tenía sus razones para pensar así, pero lo cierto era que sus palabras le hicieron sentir un pequeño aguijón incómodo en la boca del estómago. «Carla no manipulaba», pensó. Ella hacía lo posible por mantenerlos unidos. Sin embargo, su atención volvió a Lucía, en cuyo rostro vio que estaba distante, perdida en sus propios pensamientos. Simón deseaba saber qué pasaba por su cabeza, pero había aprendido a no preguntar demasiado.

El silencio se hizo pesado alrededor de la mesa. Lucía se removió en su asiento, sintiendo que las palabras de Pablo tocaban algo que ella misma había estado evitando pensar, pero en lo que sin duda estaban de acuerdo. ¿Cuántas veces habían cedido solo porque era más sencillo así? ¿Cuántas veces había dejado de lado sus propios deseos para seguir el ritmo de Carla, creyendo que eso era lo correcto, lo que todos querían?

Simón se aclaró la garganta antes de hablar con voz baja pero contundente.

—Carla no nos manejaba. Nos unía. —Miró a Pablo directamente a los ojos—. No me arrepiento de nada de lo que hicimos juntos. Ella era el corazón de este grupo y si estamos aquí ahora, es porque, de alguna manera, aún lo es.

—¿Y entonces por qué todo parece tan… forzado? —replicó Pablo, sin suavizar el tono—. ¿No os dais cuenta? Estamos intentando recuperar algo que ya no existe y no siento que estéis encantados. Carla nos unía, sí, pero también nos empujaba a hacer cosas que, tal vez, no queríamos. Reconozco que era más cómodo dejarse llevar, eso es cierto. Y ahora, miradnos, estamos repitiendo lo mismo. Incluso sin estar ella aquí, sigue dictando lo que tenemos que hacer.

Las palabras de Pablo golpearon con fuerza a Lucía. Parte de ella quería gritarle que estaba equivocado, que aquello lo hacían porque la querían y la echaban de menos, y porque en el fondo anhelaban reencontrarse. Pero otra parte, más oculta y sombría, sabía que había algo de verdad en lo que decía su amigo.

Marta, sin embargo, no pudo soportarlo más.

—Basta ya, Pablo —dijo con voz temblorosa y llena de rabia—. ¿Qué pretendes? ¿Arruinar este viaje también? Si no querías venir, haberte quedado en casa con tu querida Raquel.

—No me vengas con eso —resopló Pablo—. Sabes que esto no tiene nada que ver con ella. Estoy hablando de nosotros. De lo que somos ahora, no de lo que fuimos hace más de diez años.

Nadie se atrevió a decir nada más durante unos segundos en los que Lucía sintió como la tensión crecía alrededor de la mesa, atrapándolos en una atmósfera cada vez más densa. Las miradas se cruzaban de manera desafiante y la noche, que al principio los había arropado con su serenidad, ahora los observaba con una inquietud creciente.

—Tal vez Pablo tenga razón —dijo, haciéndolos volver al presente, y todas las miradas se posaron sobre ella—. Es utópico seguir pretendiendo que todo va a ser igual que antes. Ya no somos los mismos, está claro. Carla no está aquí para guiarnos como solía, nos gustara o no, y tenemos que aprender a hacer esto por nosotros mismos. Y también creo que nadie obliga a nadie, igual que en el pasado no era obligatorio seguir a Carla. Lo hicimos porque quisimos. Nosotros le dimos ese poder. Así que, si alguno quiere irse —miró a Pablo—, que lo haga. Yo he venido a disfrutar, no a sufrir.

Simón la contempló sorprendido y algo en su mirada hizo que su corazón se acelerara. Había

tanto que no se habían dicho, demasiadas palabras que habían quedado enterradas en el pasado y que los dos evitaron. Y esa noche, bajo las estrellas, Lucía sintió en la mirada de Simón que tal vez había llegado la hora de enfrentarse a todo lo que habían guardado durante tantos años.

Él se quedó observándola durante unos segundos, anclado en sus ojos oscuros, que reflejaban la luz suave de la luna. En la penumbra, la veía tan cerca y, al mismo tiempo, tan distante. Se preguntaba si alguna vez había sentido algo por él, si había habido un momento en el que fue posible haber sido algo más que amigos. La duda lo carcomía, pero no se atrevía a preguntar.

Marta se levantó de la mesa con un suspiro exasperado, sacudiéndose las migas del pan del pantalón con las manos.

—Ya basta por hoy. Estoy agotada. Me voy a la cama —anunció, tratando de cambiar el clima que se había instalado entre ellos, que estaba demasiado cargado de emociones.

Pablo fue el siguiente en levantarse y retirarse a su habitación tras ella. Luego fue Lucía, que se detuvo unos segundos antes de entrar en la casa y sus ojos se encontraron con los de Simón. Fue un instante breve, pero suficiente para que él sintiera esa punzada en el pecho que era una mezcla de anhelo y resignación. Quería decir algo, cualquier cosa que rompiera esa barrera invisible que siempre había existido entre ellos. Sin embargo, las palabras nunca salían cuando él quería.

La oportunidad duró solo un segundo porque enseguida Lucía desapareció en la penumbra de la casa, dejándolo solo bajo el cielo estrellado. Sintió que el mundo se detenía. Era consciente de que el peso de las palabras de Pablo aún flotaba sobre ellos. «Quizá Carla siempre había tenido el control, incluso ahora», pensó. Tal vez, de alguna manera, los había mantenido unidos a lo largo de los años. No obstante, ahora que su amiga no estaba, se preguntaba si eran capaces de seguir adelante sin ella o el grupo se volvería a desintegrar.

Simón se reclinó en la silla, observando las estrellas. Siempre le habían gustado las noches como esa, en las que el cielo se mostraba infinito y las preocupaciones del mundo se desvanecían en la inmensidad de la oscuridad. Sin embargo, esa noche, la inmensidad solo le recordaba la enorme grieta que había entre él y Lucía, una separación que no había sabido acortar, ni siquiera después de tantos años.

Dejó escapar un largo suspiro, preguntándose si alguna vez sería capaz de superar lo que sentía por ella. Tal vez siempre había sido así, desde aquellos días de juventud en los que Carla llenaba sus vidas con aventuras y risas mientras él se conformaba con observar a Lucía desde la distancia, ocultando sus verdaderos sentimientos.

¿Y si todo ese tiempo lo había tenido al alcance de la mano?, pensó. Tal vez había estado tan ocupado lidiando con su propia confusión que no se había dado cuenta de que Lucía también cargaba con sus propios secretos. ¿Había alguna posibilidad de que ella hubiera sentido lo mismo, aunque fuera una sola vez y él no se hubiera dado cuenta? ¿Y si no lo había aprovechado? Esa duda lo atormentaba más que la certeza de que nada cambiaría.

La brisa nocturna soplaba con suavidad y el crujido de las ramas llenó el aire. Las brasas de la barbacoa aún chisporroteaban, iluminando de vez en cuando la penumbra. Simón cerró los ojos, dejándose llevar por el sonido de la noche, y por la cabeza le pasaron las imágenes de su juventud mezcladas con las de ahora, como si el pasado y el presente se unieran en un solo hilo de recuerdos entrelazados.

A lo lejos, el mar susurraba, como si intentara recordarle que, a pesar de todo, la vida seguía su curso. Pero Simón sabía que no debería seguir así para siempre. Tal vez había llegado la ocasión, que solía evitar, de enfrentarse a sus sentimientos, de averiguar si aún había algo por lo

que luchar. O tal vez, como Pablo había insinuado, estaban todos atrapados en un ciclo de recuerdos de aquellos que fueron y que ya no era posible recuperar, porque ya no existían de la misma forma.

Los minutos pasaron y, poco a poco, la casa cayó en una calma profunda. Simón se levantó de la silla y apagó lo que quedaba del fuego, observando las últimas brasas morir bajo el agua. Se permitió un último vistazo al cielo antes de entrar, pero su pensamiento seguía revoloteando en torno a Lucía. Sabía que el viaje apenas acababa de comenzar y albergaba la esperanza de que, tal vez, el destino les trajera sorpresas aún inimaginables en los días que quedaban de estar juntos. Lo mejor sería dejarse llevar.

La puerta de la casa se cerró despacio, sin hacer ruido, detrás de él y con ella, las dudas que, por esa noche, no tendrían respuesta. Pero en su interior, Simón sabía que solo era el inicio del viaje y que debían aprovecharlo como la oportunidad de redescubrir lo que significaba en realidad estar juntos, sin Carla, sin sombras del pasado, solo ellos. Y mientras subía las escaleras hacia su habitación, un pensamiento recurrente lo acompañó: tal vez no era demasiado tarde, tal vez nunca lo había sido.

Capítulo 5
Desayuno a corazón abierto

Al despertar, Lucía no recordaba dónde estaba. Apoyó el cuerpo sobre los codos y echó la cabeza hacia atrás antes de decidirse a abandonar la calidez de la cama. Necesitaba un café y decidió que eso sería lo primero; luego, ya arreglaría la habitación. Se entretuvo observando la luz de la mañana que se filtraba tímidamente a través de las cortinas de lino, creando sombras suaves sobre las paredes de cal blancas. El aroma a café recién hecho y a pan tostado invadía el aire, arrastrando a Lucía fuera de su sueño, y pensó en quién se le habría adelantado. Se incorporó despacio con los recuerdos de la noche anterior aún frescos en su memoria. El sabor del vino, las palabras cruzadas entre ellos y la sensación de incomodidad con la que se quedaron al final de la noche. ¿Estaba siendo un error ese viaje?, pensaba con la vista puesta en el baile de luz que los primeros rayos de sol dejaban sobre las sábanas blancas.

Bajó las escaleras con cuidado, esperando encontrar la quietud de la mañana, pero lo que vio al entrar en la cocina la tomó por sorpresa. Pablo estaba de pie junto a los fogones, removiendo unos huevos en una sartén. Llevaba una camiseta gris y unos *shorts* azules, y el cabello aún desordenado por el sueño, pero había algo en su expresión que le daba un aspecto más sereno, más… tranquilo.

—¿Buenos días? —cuestionó Lucía, divertida y algo sorprendida por la escena.

Pablo levantó la mirada, esbozó una pequeña sonrisa y, aunque su rostro estaba más relajado, en sus ojos aún se reflejaban las sombras de la noche anterior.

—Buenos días —respondió—. No te burles. Solo pretendo compensar un poco lo de anoche haciendo el desayuno para todos.

Lucía se acercó a la mesa, donde había colocado ya pan tostado, mantequilla y mermelada casera que habían comprado el día anterior en Valldemossa. El café humeaba en una jarra de cerámica y el sol de la mañana bañaba la estancia con una luz que volvía las paredes de color miel. Se respiraba una serenidad reconfortante, como si el día anterior hubiera sido solo un mal sueño.

—Gracias —dijo Lucía con dulzura mientras se servía una taza de café—. No tenías que hacerlo, pero te lo agradezco.

Pablo asintió contento y volvió a concentrarse en la sartén. Durante unos instantes, el único sonido en la cocina fue el chisporroteo de los huevos y el gorgoteo del café. Lucía sintió que la tensión se había desvanecido y los dejaba con una sensación de tregua temporal.

Poco a poco, los demás comenzaron a bajar. Marta fue la siguiente en aparecer con los ojos aún medio cerrados y el pelo recogido en un moño despeinado. Bajaba las escaleras mientras enviaba un audio a Berto, lleno de amor y buenos deseos, que cortó al poner el pie en el último escalón. Se detuvo en la puerta de la cocina, sorprendida al ver a Pablo preparando el desayuno.

—Vaya, esto sí que es una sorpresa —remarcó con una sonrisa—. ¿Desde cuándo cocinas para otros?

Pablo se encogió de hombros, apartando los huevos del fuego y sirviéndolos en un plato grande que dejó en el centro de la mesa.

—Supongo que es mi manera de disculparme por lo de anoche —les aclaró al sentarse junto a ellas—. No fue justo para nadie.

—Al menos, reconoces que te pasaste un poco —dijo Marta, aunque su tono era más conciliador que acusador—. Pero todos estábamos tensos y cansados. Este viaje… Bueno, nos está removiendo muchas cosas.

Simón apareció poco después en la cocina, vestido con una camiseta blanca de algodón y unos vaqueros gastados. Él también amanecía más relajado de lo que estaba durante la cena, aunque a Lucía no se le escapó un destello de preocupación en sus ojos al ver a Pablo sentado con ellas.

—¿Nos has preparado un banquete? —preguntó al sentarse frente a Lucía.

—Algo así —contestó con la mirada en la taza de café que se servía—. Se lo estaba diciendo a ellas, consideradlo mi forma de pedir perdón.

El desayuno transcurrió en una paz extraña, como si todos temieran que cualquier comentario la rompiera. La incomodidad de la noche anterior se disipaba con lentitud, pero seguía latente pese a todo. Fue Marta quien, entre bocados de pan y huevos, decidió dar un giro a la situación.

—Tal vez deberíamos hacer algo diferente hoy —sugirió, mirando a sus amigos—. Algo que nos haga recordar quiénes somos. Llevamos tanto tiempo hablando de Carla y de lo que ella quería que me pregunto si hemos olvidado lo que realmente queremos nosotros. ¿De verdad estamos aquí solo por ella? Esta noche he pensado que, al menos yo, necesitaba una especie de *reset* en mi vida. ¿No os pasa? Entendedme —siguió—, que soy muy feliz, pero a veces necesito parar y estar conmigo, no sé si me explico. Pensadlo; tal vez Carla nos esté dando la oportunidad de conectar con lo que un día fuimos, con lo que es la esencia de cada uno y hemos dejado escapar con nuestras rutinas.

Lucía la miró sorprendida por su franqueza. Había algo en esas palabras que resonaba profundamente en ella. Quizá ese era el verdadero problema. Estaban tan atrapados en el pasado, en lo que Carla representaba para ellos y en la vorágine de sus vidas presentes, que habían perdido de vista quiénes eran ahora. Y eso era lo que de verdad tenían que descubrir.

—Marta, has puesto en palabras mis pensamientos —le susurró Lucía al oído, y recibió un beso cariñoso de su amiga a cambio.

—Creo que te entiendo. Se me ocurre… —dijo Simón con expresión pensativa—. Ya sé. ¿Por qué no vamos a aquella cala secreta donde solíamos escaparnos? Ya sabéis, aquella playa que Carla nunca quiso que nadie más conociera. La que comentamos ayer noche.

—¿La cala del faro? —preguntó Lucía, recordando el lugar al que solo llegaban tras una larga caminata por un sendero poco transitado—. Hace años de eso. ¿Aún existirá ese camino o habrán abierto ya una carretera?

—No lo sé —respondió Simón—. Pero vamos a averiguarlo hoy mismo. ¿Qué opináis?

Pablo levantó una ceja, como si la idea le provocara una mezcla de nostalgia y resistencia.

—¿Y para qué? —preguntó con una risa irónica—. ¿Para seguir haciéndolo todo como Carla quería? ¿No estábamos intentando romper con eso?

Simón mantuvo su mirada firme.

—No se trata de Carla —respondió, casi en un susurro—. Se trata de nosotros. Ese lugar… ese lugar también fue nuestro. Las promesas y confesiones que hicimos allí fueron de todos.

Lucía sintió un nudo en el estómago al escuchar las palabras de Simón. De repente, se dio cuenta de que, aunque Pablo tenía razón en muchas cosas, tal vez estaban olvidando que esos recuerdos no pertenecían solo a Carla. También eran parte de las vidas de cada uno. Y si iban a seguir adelante, necesitaban enfrentarse a lo que habían sido antes, no para volver a serlo, sino

para entenderlo mejor. Solo así comprenderían quiénes eran en el presente.

—Yo quiero intentarlo —dijo Lucía con seguridad—. Voy a volver allí. No por Carla, sino por mí. Necesito saber si ese lugar sigue siendo lo que era y recordar todo lo que fui cuando no tenía más preocupaciones que vivir lo que la vida me ponía delante, sin pasado ni futuro. Y si descubro que no lo es, al menos, habremos hecho algo por nosotros mismos y disfrutaremos de la playa. Al fin y al cabo, estamos de vacaciones, ¿no?

Marta asintió sonriendo con un gesto de melancolía.

—Creo que eso es lo que necesitamos. Un poco de perspectiva —añadió Lucía.

Simón la miró con tanta ternura que ella sintió un calor inexplicable en su pecho. Había algo en la forma en que él la observaba, una calidez que la hacía evocar otra época en la que le bastaba su presencia, y recordó los años que habían pasado juntos sin decirse todo lo que debían. Tal vez, ese viaje no era solo una despedida de Carla, sino también una oportunidad para ellos, para descubrir qué quedaba de su amistad y, tal vez, de algo más. Lucía había renunciado al amor cuando creyó perder a Simón para siempre. Sin embargo, una luz de esperanza nacía de nuevo en su pecho y sintió como su corazón latía más fuerte. Concentró su mirada en la taza de café, tratando de disimular sus sentimientos, pues se sentía transparente a sus ojos. Aunque en realidad nadie se percató del tono rosado en sus mejillas. O quizá solo uno de ellos percibió que algo cambiaba en el rostro de Lucía.

Pablo suspiró, poniéndose de pie y recogiendo su taza vacía.

—OK, supongo que vale la pena intentarlo —dijo con una media sonrisa—. Pero no esperéis que sea lo mismo de antes.

—Nunca lo es, eso lo tenemos claro —matizó Simón—. Como dice Lucía, es reencontrarnos con lo que fuimos, no volver a lo que fue porque es imposible. Eso ya pasó, Pablo.

Lucía sintió un revoloteo en el aire que acarició los rostros de sus amigos y todos cambiaron su expresión, sabedores de que cada día que pasaba estaban cambiando y acercándose de nuevo. Y aunque había incertidumbre en el camino, también flotaba una chispa de esperanza. Quizá, después de todo, no estaban tan perdidos como pensaban.

Mientras el sol se elevaba en el cielo azul de la mañana, los cuatro amigos se prepararon para un día que prometía no solo llevarlos a lugares del pasado, sino también a las verdades para las que necesitaban estar preparados. Sería difícil, pero estaban juntos y eso, por el momento, era suficiente.

Terminaron el desayuno con una lentitud que dejaba entrever el peso de la conversación. Simón llevó los platos a la pila, haciendo el menor ruido posible, como si no quisiera interrumpir los pensamientos que giraban en torno a la mesa.

Lucía observaba a sus amigos desde su lugar, notando las primeras arrugas que el tiempo empezaba a dejar en sus rostros, las miradas que habían cambiado con los años, y se preguntó si sería posible recuperar algo de lo que una vez fueron. Porque, aunque todos intentaban hacer de ese viaje una reconciliación con el pasado, cada uno llevaba su propio duelo por dentro, un duelo que tal vez no estuviera relacionado solo con Carla, sino con lo que ellos habían perdido de sí mismos.

Cuando Marta se levantó para recoger su taza, pasó junto a Lucía y le apretó el hombro con cariño.

—Salimos en una hora, ¿te va bien? —dijo con una sonrisa, pero había un halo de inquietud en sus ojos que a Lucía no le pasó desapercibido.

—Claro —respondió ella, devolviéndole la sonrisa—. Una hora está bien. Vamos a preparar

el pícnic para comer.

Simón, mientras tanto, se quedó unos segundos junto a la ventana para observar cómo el sol comenzaba a calentar los campos de olivos que rodeaban la casa. El día estaba claro y prometía ser cálido, pero en su interior aún sentía la frialdad de la noche anterior. Sus pensamientos se detuvieron en Lucía, como tantas veces antes. No sabía qué era lo que más le dolía: si el no haber sido capaz de confesarle nunca todo lo que sentía o el temor de que ella jamás hubiera pensado en él de esa manera. Se sintió cobarde por no habérselo revelado jamás y la posibilidad de hacerlo durante el viaje lo atormentaba. ¿Volvería a romper la amistad recuperada si no sentía lo mismo?

Se volvió hacia ella, como si quisiera decir algo, pero las palabras se le atascaron en la garganta. En lugar de hablar, se limitó a sonreírle. Lucía le devolvió la sonrisa, pero ambos sabían que había mucho más detrás de esas miradas, algo que quizá algún día saldría a la luz. Lo que desconocían era que pensaban lo mismo, pero ninguno se atrevió nunca a desvelarlo.

Acabaron de preparar la comida para la excursión sin haberse dicho nada. El sol brillaba cada vez más fuerte y, mientras subían a sus habitaciones, cada uno de ellos cargaba con el peso de las palabras que no habían sido capaces de expresar. Sin embargo, también había algo liberador en esa mañana. Era como si, a pesar de todo, ya se hubieran convencido de que era imposible cambiar el pasado, pero sí tenían la capacidad de encajar sus piezas, como en un puzle que les habían entregado a medio hacer.

Capítulo 6
La cala del faro

El coche avanzaba con cuidado por una carretera cada vez más estrecha, flanqueada por arbustos bajos y pinos inclinados por el viento de la isla. El sol del mediodía caía en cascada a través del follaje, iluminando el camino sinuoso que los guiaba hacia la cala que había sido su refugio en otro tiempo. Lucía observaba el paisaje desde la ventanilla con el viento acariciándole el rostro y el corazón latiendo más rápido de lo habitual. El recuerdo de lo que había ocurrido en esa cala tantos años atrás flotaba en su mente, mezclado con el aire salado que venía del mar y que ya comenzaba a percibir a lo lejos.

—Creo que hemos llegado —anunció Simón, reduciendo la velocidad al vislumbrar una pequeña zona de aparcamiento improvisada entre los árboles. El camino, que una vez había sido un secreto bien guardado, ahora estaba marcado por un sendero de tierra sobre el que se notaba que habían pasado otros visitantes. Ya no era la cala oculta y apartada que recordaban, pero, aun así, mantenía su encanto.

El grupo descendió del coche con cierta expectación. Marta, con su mochila a la espalda y un vestido vaporoso de algodón blanco, fue la primera en sonreír al oír el sonido de las olas rompiendo suavemente contra las rocas. Pablo, en cambio, frunció el ceño al descubrir a varios turistas caminar por el sendero con sombrillas y toallas, rompiendo la intimidad de aquel lugar.

—Así que ya no es tan secreta como pensábamos… —murmuró, ajustándose la gorra de béisbol sin quitar el ojo a un grupo de familias que se acomodaban en la playa.

—Nada permanece igual para siempre, ¿verdad? —dijo Marta, aunque no había resentimiento en sus palabras. La vida cambia, los lugares cambian y, aunque su cala secreta ya no era un rincón perdido, seguía siendo hermosa.

Lucía le dio la razón. Durante la caminata por el sendero sintió una mezcla de nostalgia y tristeza, como si los recuerdos que había querido preservar intactos se hubieran distorsionado con el paso del tiempo. El aire estaba cargado de salitre y sol y el murmullo de las olas, aunque interrumpido por las voces ajenas, seguía siendo un bálsamo para los sentidos. La arena dorada y las aguas cristalinas de la cala se desplegaban ante ellos como una invitación a dejarse llevar, a soltar la carga emocional que traían consigo.

—Este lugar sigue siendo especial —expresó Simón con la mirada clavada en el horizonte, donde el mar azul se perdía en la distancia—. Al menos, no está urbanizado. Vamos a disfrutar, ¿vale?

Desplegaron sus toallas sobre la arena y sacaron la comida del pícnic: empanadas caseras, queso curado, jamón, frutas frescas y una botella de vino blanco bien fría. Lucía se quedó observando a sus amigos durante unos minutos mientras lo preparaban todo. Marta, siempre tan enérgica, desplegaba las servilletas con la misma ilusión de años atrás; Pablo sacaba los platos de plástico sin decir nada, como si estuviera distraído, con la mente lejos de allí; y Simón se encargaba de abrir la botella de vino con manos firmes y expresión relajada. De pronto, los vio como eran con dieciocho años, haciendo lo mismo pero con la niñez queriéndose escapar de sus rostros. ¿Dónde fue a parar esa curiosidad fresca, esas ganas de experimentar, de vivir? ¿Por qué

no persiguieron sus sueños? ¿Estarían a tiempo de rectificar? Ella ya no quería ser la de antes, pero se daba cuenta de que tampoco estaba siendo feliz con la actual y se propuso buscar nuevos sueños, nuevos propósitos para disfrutar de la vida. Si vivía en una rutina que se había vuelto una cárcel, era solo culpa suya. Gracias a Carla, iba a ponerle remedio.

Cuando todo estuvo listo, se sentaron en círculo para comer, dejando que el viento cálido los despeinara.

—¿Recordáis la última vez que estuvimos aquí? —preguntó Marta con una gran sonrisa, captando la atención del resto—. Tuvimos una discusión, ¿verdad? No me acuerdo bien de qué iba, pero sé que nos enfadamos un poco para reconciliarnos enseguida, como siempre hacíamos.

—Fue algo tonto —intervino Pablo riendo por lo bajo—. Creo que fue por quién se encargaba de llevar las provisiones. Carla se olvidó de algo y terminó echándome la culpa a mí cuando en realidad fue cosa suya. Se puso histérica por una tontería. Ya sabéis cómo gritaba cuando se enfadaba.

Simón rio bajito, pero Lucía, que hasta entonces había permanecido callada, sintió como un nudo se formaba en su garganta al recordar aquel día. La discusión no había sido lo único importante que ocurrió entonces. Fue en esa misma cala, aquel mismo día, cuando Simón y Carla comenzaron algo más que una amistad, y fue allí donde Lucía decidió retirarse, sacrificando sus propios deseos por el bien de su amiga. En cuanto Carla le dijo que estaba pillada de Simón y que quería intentarlo, ella acalló sus sentimientos y los guardó en el fondo de su corazón.

—Me acuerdo de algo más —añadió Marta con su voz más coqueta—. Fue aquí donde Simón y Carla empezaron… Bueno, ya sabéis. No sé si fue antes o después de la discusión, pero fue en esta playa. ¡Ah! Ya me acuerdo. Después de la pelea, fuiste a consolar a Carla y luego os enrollasteis. ¿No fue así, pillín?

Simón se tensó por un instante y su mirada se desvió como un rayo láser hacia Lucía, aunque lo hizo de manera discreta. El calor subió por su rostro, por más que intentara disimularlo con una risa forzada. El arrepentimiento y la culpa seguían siendo un bocado difícil de tragar.

—Sí, algo así pasó —murmuró, sin entrar en más detalles.

Lucía, por su parte, sintió que el aire a su alrededor se volvía más agobiante. La sonrisa que había esbozado se desvaneció despacio conforme los recuerdos de aquel verano volvían a ella con fuerza. Recordaba haber observado desde lejos cómo Simón y Carla se besaban en la parte trasera de la furgoneta, justo después de una tarde bañándose en esa misma cala, cuando regresaban a la casita. Había sido un golpe inesperado, aunque ella misma había decidido apartarse para no herir a su amiga.

Lo más doloroso fue cuando, meses después, tras la ruptura entre Simón y Carla, esta última soltó palabras crueles sobre él, como si la relación no hubiera significado nada para ella. Y a pesar de todo, había guardado silencio, reprimiendo sus propios sentimientos por respeto a su amiga. Aquella decisión le había dejado una herida profunda que, aunque cicatrizada, aún dolía al recordarla.

—El tiempo cambia muchas cosas —comentó Lucía con un tono más firme de lo que ella misma esperaba—. Pero los recuerdos siguen ahí, aunque la realidad no siempre sea como la imaginábamos.

Marta, sin darse cuenta de la tensión que había generado su comentario, continuó hablando con su habitual alegría a pesar de que Simón y Lucía apenas le prestaban atención. Ambos estaban sumidos en sus propios pensamientos, cada uno reviviendo lo que había ocurrido en ese lugar años atrás y lo que supuso para cada uno.

Después del almuerzo, decidieron ir a nadar. La temperatura de la tarde era perfecta, y el mar azul y brillante, con las aguas cristalinas de la cala, los invitaba al baño. Lucía fue la primera en caminar hacia la orilla, sintiendo la arena cálida bajo sus pies antes de adentrarse en el agua. Al sumergirse, el frío revitalizó su cuerpo creando la sensación de que todo se detenía, menos el balanceo del mar. Dejó que el agua recorriera su cuerpo y limpiara sus pensamientos mientras flotaba de espaldas, mirando el cielo despejado.

Simón la observaba desde la orilla, asustado por cómo florecían de nuevos sus sentimientos hacia ella, por los nervios que se le anudaban en el estómago y la ilusión por volver a deleitarse con el brillo de sus ojos cada día durante el viaje. Verla así, tan serena en el agua, le recordaba los días en los que vivir era más sencillo, como se ve todo en la juventud. Pero había algo más en su mirada ahora que lo desarmaba por completo. No sabía cómo acercarse a ella, cómo decirle lo que siempre había sentido y que fue un error dejarse engatusar por Carla sin escuchar a su corazón. Cada día que pasaba y no daba el paso, cada vez que la veía, sentía que el tiempo se le acababa. Quería tocarla, la deseaba con toda el alma, pero no quería arrepentirse y temía dar un paso en falso.

Tras pensarlo un rato, decidió unirse a Lucía en el agua. El contraste entre el frío del mar y el calor del sol sobre su piel era una sensación embriagadora. Flotaron juntos, aunque a una distancia prudente, dejándose llevar por el vaivén de las olas. Simón sentía que había muchas cosas que decir, pero no encontraba las palabras adecuadas. Y tal vez Lucía tampoco las necesitaba, porque en lo que callaban había algo más profundo, algo que ambos habían tenido durante mucho tiempo y que ahora evitaban, esa complicidad de ser los mejores amigos que se perdieron al hacerse adultos. Ella nunca había mostrado interés por él, al contrario que Carla, pero tampoco le dio la oportunidad de que lo rechazara de haber confesado lo que sentía. Optó por lo fácil y se arrepintió enseguida, pero no supo cortarlo hasta que Carla lo dejó. Y después ya estuvo todo perdido.

Cuando regresaron a la orilla, Marta y Pablo ya estaban tumbados en sus toallas, secándose al sol y hablando de cosas triviales. Simón y Lucía se miraron por un instante antes de separarse. No habían hablado mucho durante el baño, pero algo había cambiado entre ellos sin que se dieran cuenta. Un entendimiento tácito, una promesa no verbalizada de que, tarde o temprano, las cosas saldrían a la luz. O esa era la esperanza que cada uno albergaba, ignorando lo que el otro pensaba.

Una vez en la arena, se tumbaron en sus toallas junto a sus amigos, dejando que el calor del sol secara sus cuerpos mojados. El rumor del mar y el canto ocasional de las gaviotas creaban una melodía suave y, aunque intentaban disfrutar de lo que la naturaleza les regalaba, los pensamientos de cada uno parecían estar muy lejos de aquella playa.

Simón cerró los ojos y dejó que el frescor marino le acariciara el rostro, pero su mente seguía anclada en Lucía. A su cabeza volvía la imagen de ella al sumergirse en el agua, de su cuerpo al entrar en el mar, tan perfecto, con sus curvas iluminadas por el sol y el pelo acariciando sus hombros. Y se recordó por qué la adoraba. Siempre le había gustado. La última vez que estuvieron en esa cala, sin embargo, todo fue muy diferente… Él era un adolescente confundido, dividido entre lo que le atraía de Carla y lo que su corazón deseaba: Lucía.

Había sido egoísta, lo sabía. No había sabido manejar sus sentimientos y, al final, había tomado la decisión más sencilla: seguir a Carla, la que estaba dispuesta a dar el primer paso, mientras que Lucía se mostraba distante, tal vez incluso indiferente. Pero había algo en sus gestos, en su mirada, que lo había hecho dudar siempre de esa aparente indiferencia. ¿Había sido

Lucía consciente de lo que él sentía por ella? ¿Lo había sentido también, aunque fuera por un instante? Eran preguntas que se había hecho muchas veces, pero que nunca había tenido el valor de plantear.

Lucía, por su parte, estaba tumbada en su toalla junto a Marta con los ojos cerrados y el cuerpo relajado bajo el calor del sol. Unas gotas de agua bajaban desde su barbilla recorriendo su escote y el estómago hasta el borde del bikini. Simón sintió un escalofrío al recorrer con la mirada ese cuerpo que, en realidad, deseaba. Sacudió la cabeza de forma ligera para sacudirse esas ideas y pensar en otra cosa que no lo pusiera en evidencia.

A pesar de la paz exterior que Lucía reflejaba, su mente no paraba de darle vueltas a los recuerdos. Ese mismo lugar, esa misma playa… fueron testigos de su sacrificio. ¿Y para qué? Para ver cómo, con el tiempo, todo se desmoronaba, que no sirvió para nada. Carla había roto con Simón de una manera que la había dejado sorprendida y dolida, pero nunca se permitió volver a acercarse a él. Algo se había roto en ella también.

—¿Sabes qué? —dijo Marta de repente, rompiendo la burbuja de pensamientos callados—. He estado pensando en lo que dijiste antes, Lucía, sobre cómo el pasado sigue ahí, aunque todo lo demás cambie. De hecho, dicen que cambiamos cada siete años, ¿no es así? Algo de las células… Bueno, no sé dónde lo he leído. Lo que creo es que a veces nos mantiene atrapados o somos nosotros quienes lo sujetamos. Quizá deberíamos soltarlo un poco, ¿no? Deshacernos del polvo del pasado que nos pica, como cuando le quito la arena a Sergio después de jugar en el parque —sonrió con cariño al recordar a su hijo.

Lucía abrió los ojos y giró la cabeza para mirar a su amiga. Había algo en sus palabras que le llegó al corazón. ¿Era posible que Marta acabara de dar en el clavo? Tal vez era hora de dejar de aferrarse a los recuerdos y empezar a vivir el presente.

—Supongo que tienes razón —respondió Lucía con una pequeña sonrisa y brillo en los ojos—. No es sano seguir viviendo en lo que fue. Tenemos que enfrentarnos a lo que somos ahora. Lo que hemos hablado en el desayuno esta mañana tenemos que hacerlo real. ¿Qué opináis?

Pablo, que hasta había estado todo el tiempo tumbado sin intervenir en la conversación, se incorporó apoyándose sobre los codos y miró a sus amigos.

—No quiero ponerme filosófico ni nada por el estilo, pero creo que todos hemos cambiado mucho más de lo que queremos aceptar —comentó con un tono más reflexivo de lo habitual—. Creo que este viaje está sacando cosas de nosotros que llevamos años escondiendo. Pero, si os soy sincero, no sé si eso es bueno o malo.

Marta se rio con calidez y se incorporó también, recogiendo su pelo en un moño improvisado mientras miraba a Pablo.

—Yo creo que es bueno —respondió—. A veces es necesario enfrentarnos de lleno a lo que hemos evitado durante tanto tiempo. No deberíamos seguir escondiéndonos.

Lucía observó a sus amigos y sintió una pequeña chispa de esperanza. Carla, con su último deseo para sus amigos, les había dado la oportunidad de reconciliarse con ellos mismos, como ya estaba sucediendo. Gracias a ese encuentro, después de tantos años, reconocían que estaban decepcionados por no haber realizado sus sueños o haberlos alcanzado y comprobar que no eran tan perfectos… Todos tenían aristas en el pasado y era el momento de pulirlas para que dejaran de hacerles daño.

—De todas formas, ya que estamos aquí… —dijo Simón con una sonrisa traviesa—, ¿por qué no hacemos algo más divertido? —Miró a Pablo, Marta y Lucía, esperando su respuesta.

—¿Qué tienes en mente? —preguntó Marta, alzando una ceja con curiosidad.

—Bueno, si mal no recuerdo, la última vez que estuvimos aquí, hicimos una carrera en el agua. ¿Os apetece repetirla? A ver si seguimos estando en forma —los retó.

Lucía rio por lo bajo, rememorando aquella tarde. Lo recordaba como un día de risas, de chapoteos y bromas, de una camaradería que hacía tiempo que no sentía en su vida actual. Y, de repente, la idea de hacer la carrera no le parecía tan absurda.

—Me apunto —dijo Lucía, poniéndose de pie y sacudiéndose la arena de las piernas—. A ver si todavía soy capaz de nadar y ganaros. Ida y vuelta hasta aquella boya roja, ¿todos de acuerdo?

Marta se unió sin pensarlo dos veces, riendo con entusiasmo mientras corría hacia el agua, y Pablo, a pesar de su usual reticencia, no tardó en seguirlas. Simón fue el último en entrar, cuando el resto ya estaba en el agua, y deseó que las tensiones y los recuerdos dolorosos se diluyeran en el mar, que se desprendieran de él con cada brazada y recuperar algo de paz.

La carrera fue caótica y llena de risas, como lo había sido años atrás. Marta, siempre competitiva, intentaba adelantar a Pablo, que nadaba con una despreocupación fingida mientras dejaba que Marta le ganara. Lucía se sentía libre por primera vez en mucho tiempo, con los músculos tensos por el esfuerzo y la risa burbujeando en su pecho. Simón nadaba a su lado, regalándole su presencia constante pero tranquila, porque estar en el agua con ella era más que suficiente.

Cuando todos llegaron de vuelta a la orilla, exhaustos y felices, se dejaron caer en la arena, jadeando por la carrera y riendo como si el tiempo no hubiera pasado. La frenética actividad los había despojado de una capa más, haciendo que se sintieran más cerca unos de otros.

—Creo que ya no estoy en tan buena forma como antes —bromeó Pablo, recostado sobre la toalla con los brazos extendidos y los ojos cerrados—. Marta, me has dejado en ridículo.

—Lo que pasa es que siempre fui mejor nadadora que tú —respondió ella, dándole un golpecito en el brazo—. No te lo tomes tan mal.

Lucía, todavía recuperando el aliento, observó a Simón por el rabillo del ojo. Él la miró con una expresión cálida, algo diferente a otras veces, como si estuviera viendo a la misma chica de años atrás, pero, al mismo tiempo, a alguien nuevo. Y en ese instante, Lucía sintió que algo había cambiado entre ellos. No eran las mismas personas que se habían conocido en el instituto tantos años atrás y, aun así, a pesar del tiempo y del camino tan diferente que habían tomado sus vidas, quizá aún quedaba algo entre ellos que no había desaparecido con el tiempo.

Cuando el sol comenzó a descender hacia el horizonte, el grupo se reunió para disfrutar del último tramo del día. Se sentaron si decir nada dejando todo el protagonismo al brillo del mar bajo la luz del atardecer. El aire era más fresco a esa hora y la calma los rodeaba en un abrazo reconfortante.

—Es un buen final para este día, ¿no? —preguntó Marta con una sonrisa tranquila, absorta en el paisaje que tenía ante ella.

—Lo es —respondió Lucía, y Marta se giró hacia ella—. Está claro que las cosas han cambiado por aquí, pero este lugar sigue teniendo algo mágico que no ha variado.

Simón miró a Lucía una vez más, cuyos ojos reflejaban la luz dorada del sol. Ya tenía decidido hablar con ella y decirle todo lo que había estado guardando durante demasiado tiempo. Aunque aún no se sentía preparado, debía lanzarse antes de regresar a Madrid.

Lucía, por su parte, también lo sintió. Notaba como su corazón palpitaba más deprisa cuando lo tenía cerca y que él no era indiferente. No acabaría el viaje sin afrontar lo que ambos necesitaban aclarar. Pero, por ahora, solo se dejaron llevar por la paz que traía ese atardecer, conscientes de que el día había sido un pequeño paso hacia la reconciliación con su pasado y,

quizá, con su futuro.

Marta abrió los brazos para rodear por los hombros a Pablo y Lucía, que estaban junto a ella, y ellos hicieron lo mismo con Simón. Se quedaron unos instantes abrazándose los cuatro mientras el mar susurraba con dulzura y las estrellas comenzaban a aparecer en el cielo, una a una, como si también quisieran ser testigos de ese reencuentro. El día terminaba, pero las historias que compartían entre ellos aún estaban lejos de llegar a su fin.

Capítulo 7
Confesiones bajo la luna

El aire de la noche, suave y templado, los envolvía en una brisa cálida y ligera, perfumada por la fragancia de las flores que colgaban de los balcones de las casas del pueblo. Habían decidido ir a cenar a la plaza principal, a la que llegaban caminando. Las pequeñas calles empedradas brillaban bajo la luz tenue de las farolas, creando un ambiente acogedor y casi mágico. A lo lejos, el sonido de las olas susurrando contra las rocas se mezclaba con el murmullo lejano de las conversaciones en las terrazas. Lucía caminaba despacio, dejando que el entorno le acariciara los sentidos. Bajo sus sandalias, cada pisada sobre los adoquines resonaba con una cadencia tranquila mientras la luz dorada de los faroles jugaba con las sombras de los árboles.

A su lado, Simón caminaba taciturno con los pasos de ambos acompasados, pero sin palabras, aún atrapadas en algún lugar entre los recuerdos y el presente. La humedad salada del mar cercano le llegaba a través del aire, reviviendo memorias de otra época, de risas bajo el sol, de momentos que ya eran lejanos y, a la vez, muy reales. La cercanía de Simón, su perfume marino y fresco del Acqua di Giò que todavía usaba, la hacía consciente de cada movimiento, de cómo su hombro rozaba el de ella en ocasiones, enviando una pequeña descarga que le recorría la piel. No lo decía, pero Lucía sabía que Simón también lo sentía, esa especie de tensión tranquila, como si sus cuerpos recordaran lo que sus mentes aún intentaban entender.

Marta iba dos pasos por delante, animada por la charla telefónica con Berto, y no paraba de sonreír. Su risa, dulce y despreocupada, llenaba el aire mientras contaba lo bien que lo estaba pasando y cómo todo le recordaba a sus veranos de juventud. La alegría de Marta era contagiosa, pero también un contraste con el mutismo que acompañaba a Lucía y Simón, quienes intercambiaban miradas breves, evitando profundizar en sus pensamientos. Pablo, en cambio, caminaba unos pasos detrás, su voz era baja y tensa mientras discutía por teléfono con Raquel; tenía el ceño fruncido, los hombros contraídos por la frustración y un cigarrillo bailando entre los dedos. Aunque intentaba mantener la calma, Lucía notaba la tensión en su voz, el esfuerzo por contener las palabras hirientes que ardían en su garganta.

El restaurante al que se dirigían se encontraba en una pequeña plaza escondida entre las callejuelas del pueblo. Las luces colgantes se movían apacibles al ritmo del viento, iluminando las mesas dispuestas bajo una pérgola de madera adornada con flores silvestres. Todo allí tenía una sensación acogedora y familiar, como si el lugar les diera la bienvenida de nuevo, recordándoles que había cosas que el tiempo no podía cambiar. Las paredes de piedra rugosa mantenían el calor del día y, al entrar en la terraza, Lucía sintió una calidez reconfortante en la piel, como si el ambiente mismo quisiera arroparlos en ese instante.

Lucía se detuvo un instante en la entrada, cerró los ojos y respiró hondo el aire cargado de los aromas del mar y de la comida que provenía de la cocina cercana: el olor del ajo sofrito, el aceite de oliva caliente, el romero y el pan recién horneado que invadía el ambiente. Sentía el peso de los recuerdos caer sobre sus hombros, pero también una especie de paz interior que no recordaba cuándo dejó de tener, si es que alguna vez la tuvo. El lugar seguía siendo el mismo de siempre con sus mesas de madera toscas y los farolillos colgando del techo, susurrando historias de

tiempos pasados. Carla había estado allí con ellos varias veces y, aunque ahora su ausencia se sentía con más fuerza que nunca, Lucía también se daba cuenta de que ya era hora de soltar ese lastre para siempre.

—Es precioso, ¿verdad? —comentó Marta mientras se sentaban, observando las luces que danzaban sobre las copas de vino que el camarero acababa de traer.

Lucía asintió, dejando que su mano se adaptara al cristal frío de la copa. Sentía como el vino bajaba despacio por su garganta, el sabor a frutas maduras y toques especiados llenaban su boca. Era un pequeño placer que la ayudaba a concentrarse en el ahora, aunque los recuerdos seguían acechando en el fondo de su mente.

Simón, sentado a su lado, leía el menú, pero Lucía notaba como, de vez en cuando, sus ojos se desviaban hacia ella, como si estuviera midiendo el terreno antes de hablar. Había muchas cosas que quería decirle y que ya le dijo en conversaciones que imaginó porque las reales las habían evitado durante años. Se vio como una niña temerosa y no como la adulta que debía dejar de lado el miedo. No quería seguir en la última fila, en las bambalinas, era hora de salir en primer lugar y abordar todo lo que la ahogaba. Y tenía que hacerlo ya.

Antes de que ella pudiera decir algo, Pablo llegó con cara de pocos amigos, lanzando el móvil sobre la mesa con un suspiro exasperado. Se sentó con brusquedad, su cuerpo estaba tenso y la mirada era oscura, reflejando la tormenta que sin duda llevaba dentro.

—¿Todo bien, Pablo? —preguntó Marta con cautela, alzando la vista hacia él.

—No, más bien, todo mal —respondió con la voz cansada y llena de rabia—. Raquel está… Bueno, está furiosa. Y, sinceramente, estoy harto. He decidido que, cuando vuelva a Madrid, se acabó. Voy a romper con ella. No aguanto más.

El comentario cayó como una piedra en la mesa. Las palabras resonaron en el aire y crearon un silencio incómodo. Simón dejó de hojear el menú y Marta bajó la copa de vino, sorprendida por la franqueza de Pablo. Él rara vez hablaba de sus sentimientos y, ahora, verlo así, tan expuesto, los hizo darse cuenta de lo mucho que había estado ocultando.

—¿Estás seguro? —preguntó Simón, en un tono que era más bien de preocupación que de duda.

—Nunca he estado tan seguro —respondió Pablo con voz firme—. Lo he estado pensando durante meses y este viaje solo ha terminado de abrirme los ojos. No voy a seguir con alguien que no me entiende, que no respeta mis decisiones ni mis espacios. Nunca está contenta con nada. Yo ya no sé qué quiere de mí, de verdad que no lo sé, pero creo que no es al Pablo que soy. Raquel siempre ha sido controladora, pero últimamente… Ya no puedo más.

—Pablo, lo siento mucho —le consoló Marta con calidez, intentando no molestarlo.

—No tienes que sentirlo —replicó él con una risa amarga—. Es lo que tenía que hacer. He estado fingiendo durante demasiado tiempo que las cosas estaban bien cuando no lo estaban. Y este viaje me ha abierto los ojos —repitió, más para convencerse a sí mismo de sus propias palabras que a sus amigos—. No puedo seguir así. Raquel y yo… ya no somos lo que éramos. Si no fuera una falta de respeto, la dejaba ahora mismo por teléfono. En serio. En cuanto regrese, será lo primero que haga.

Lucía sintió una punzada en el pecho al escuchar a Pablo hablar así. Sabía lo que era esconder los sentimientos, ocultar el dolor tras una falsa apariencia de normalidad. Todos ellos lo sabían.

—Vaya…, lo siento —insistió Marta sin saber qué otra cosa decir—. No sabía que estabas pasando por esto.

—Nadie lo sabía —respondió él, alzando los hombros—. Y tal vez es culpa mía. Siempre me

ha costado abrirme, ya lo sabéis. Y mientras todos vosotros parecéis tenerlo todo tan claro, yo sigo aquí, estancado, luchando contra algo que no sé ni cómo explicar. Desconozco cómo he llegado a esto. No imaginaba mi futuro así.

—No somos tan diferentes, Pablo —intervino Simón, tratando de calmarlo—. Todos tenemos nuestras propias luchas, aunque no siempre las compartamos. Las apariencias engañan. Pero has tomado una decisión valiente. No es fácil terminar una relación, sobre todo, cuando has estado tanto tiempo en ella.

—¿Sabes qué, Simón? Eso es fácil de decir para ti —respondió Pablo con un toque de resentimiento en su voz—. Siempre lo has tenido todo más fácil que yo. Incluso con Carla. A ella le encantaba presumir de ti, de vuestra relación, aunque fuera corta, mientras que yo… —Pablo hizo una pausa, pasándose una mano por el pelo, como si intentara encontrar las palabras correctas—. ¡Joder! Yo estaba loco por ella y nunca tuve ni una mísera oportunidad.

El silencio tras sus palabras fue espeso, cargado de una verdad que ninguno había esperado escuchar. Marta y Simón intercambiaron una mirada incrédula mientras Lucía sentía como el suelo bajo sus pies se tambaleaba. Las piezas del pasado comenzaban a encajar de una forma que nunca habían imaginado.

—¿Estabas enamorado de Carla? —preguntó Marta, sorprendida—. ¿Y nunca dijiste nada? Yo no lo sabía, ¿y vosotros?

Pablo soltó una risa amarga.

—Claro que no. Ella no estaba interesada en mí y me lo dejó muy claro. Pero lo que más me dolió no fue eso, sino cómo jugaba conmigo, cómo se pavoneaba contigo, Simón, solo para darme celos. ¿Sabes lo que es ver cómo la chica de la que estás enamorado se pasea con otro, no porque lo quiera, sino porque quiere fastidiarte? Nunca entendí por qué lo hacía. Era como si disfrutara viéndome sufrir.

Simón se quedó callado, sin saber qué decir, apretando los labios mientras bajaba la mirada hacia su plato. Las palabras de Pablo lo golpearon fuerte. Durante años había estado convencido de que su relación con Carla había sido auténtica, que a ella le gustaba de verdad, aunque hubiera salido mal. Pero ahora, al escuchar las palabras de su amigo, empezaba a cuestionarlo todo.

—Carla siempre tuvo una manera de… —comenzó Marta, pero luego dudó, como si no quisiera manchar la memoria de su amiga—. A veces se comportaba un poco…, no sé, ¿narcisista? Le gustaba ser el centro de atención, eso es verdad, aunque nunca imaginé que lo hiciera con mala intención.

—Todo tenía un porqué con ella —matizó Pablo—. Cuando darme celos dejó de funcionarle, quiso dejar a Simón, vino un día llorando y casi nos enrollamos. Yo lo deseaba con todas mis ganas, pero la aparté. No iba a hacerle eso a un amigo y, además, llegaba tarde. Ya había decidido dejar de seguirle el juego. Fue cuando empecé a salir con Amanda porque no pensaba esperarla toda la vida. ¿Os acordáis de ella?

Las palabras de Pablo cayeron como una piedra sobre la mesa. Lucía sintió como su corazón se aceleraba al escuchar la verdad que él había mantenido oculta durante tantos años. Su mente se llenó de imágenes de Carla, de su sonrisa juguetona, de sus miradas furtivas hacia Pablo mientras coqueteaba con Simón. Y, de repente, todo comenzó a tener sentido.

Lucía sintió una mezcla de ira y dolor creciendo dentro de ella. Todo ese tiempo había creído que Carla quiso salir con Simón porque estaba enamorada, que su sacrificio había sido por una amistad verdadera. Pero, ahora, al escuchar las palabras de Pablo, comprendió que tal vez solo jugaba con los sentimientos de los demás a su antojo, moviendo los hilos de todos a su alrededor,

incluido el corazón de Lucía. Ahora entendía los comentarios que Pablo llevaba lanzando como flechas desde que comenzó el viaje.

Incapaz de soportarlo más, se levantó de la mesa con los ojos llenos de lágrimas que se negó a dejar caer allí. Salió apresurada del restaurante, cargada con el peso de los años de dolor acumulado en cada paso que daba. Se alejó hasta encontrar un rincón junto a un árbol en el jardín de la casa, desde donde se veía el mar, solo iluminado por la luna. El suave murmullo de las olas llenaba el aire, pero no conseguía calmar el torbellino de emociones que la embargaba.

Se sentó en un murete de piedra, abrazada a sus rodillas, mientras las lágrimas escapaban sin control. Se sentía traicionada, no solo por Carla, sino por sí misma. Por todos esos años que había guardado silencio, creyendo que hacía lo correcto, solo para descubrir que había estado interpretando el papel equivocado en un juego que nunca entendió del todo.

Los minutos pasaron y ella permaneció allí, perdida en sus pensamientos, hasta que escuchó pasos acercándose. Levantó la mirada y vio a Marta, quien se acercaba con cautela y cuyo rostro no ocultaba su preocupación.

—Lucía… —susurró e, inclinándose hacia ella, le colocó una mano en el hombro—. No sé qué es lo que ha pasado, pero me lo imagino. Has llevado una carga muy pesada durante años y no es justo. Siempre has sido la más fuerte de nosotras, la que estaba pendiente de todos, y seguro que nos necesitabas tanto como nosotros a ti. Deja ahora que te cuidemos.

Lucía intentó sonreír entre las lágrimas, pero solo consiguió asentir.

—Déjame hablar con ella, Marta, por favor —intervino Simón con voz tranquila y algo autoritaria tras la que trataba de esconder su miedo.

Marta la miró buscando alguna señal y cuando Lucía asintió con la cabeza, le dio un suave apretón en el brazo y un beso en la frente antes de retirarse con una sonrisa comprensiva.

—Si necesitas algo, estaré cerca —susurró antes de alejarse.

Simón se sentó junto a ella, sin decir nada al principio. El sonido del mar llenaba el aire entre ellos y, durante unos instantes, solo se escuchó el leve murmullo de las olas y el susurro del viento entre las hojas del árbol. Sus brazos apenas se rozaban, creando una incomodidad placentera en la piel de ambos.

—Lucía… —comenzó Simón con un tono de voz bajo, cargado de una mezcla de emociones que le costaba controlar—. Siento mucho todo esto. Siento no haberme dado cuenta antes de lo que pasaba. Siento no haberte cuidado como merecías. Estabas ahí y yo no supe…

Se detuvo buscando las palabras correctas, pero, al no encontrarlas, buscó su mirada. A pesar de la oscuridad, Lucía entrevió en él un destello de una sinceridad que nunca había visto.

Le sostuvo la mirada unos segundos y un calor agradable se instaló en su pecho, muy diferente a la rabia y a la confusión de los días anteriores. Solo sintió tristeza por todo lo que habían perdido. Pero también, en algún rincón de su corazón, notó que una pequeña chispa de esperanza se abría paso. Porque, después de todo lo que había ocurrido, Simón seguía estando allí, a su lado, dispuesto a sincerarse del todo con ella.

—No sé ni qué pensar. Era mi amiga. Os quería a los dos… muchísimo —susurró en un tono apenas audible bajo el murmullo del mar.

Simón no contestó para darle espacio durante unos segundos y se recuperara sin presionarla mientras observaba cómo la luz plateada de la luna se reflejaba en los ojos húmedos de Lucía. Su corazón latía más rápido, pero no por ansiedad o nerviosismo, sino por la emoción contenida que había guardado durante tantos años. El sonido de las olas que rompían constantes contra las rocas seguía acompañándolos como una banda sonora que los acogía y les susurraba que, gota a gota,

el mar conseguía suavizar la piedra. Una enseñanza que resonaba dentro de la burbuja en la que estaban, un pequeño refugio apartado del mundo donde solo ellos dos existían.

Por fin se decidió a pasarle el brazo por la espalda y ella apoyó la cabeza sobre su hombro. Era un gesto suave, casi tímido, como si no quisiera romper la magia. Apenas rozaba la piel de Lucía con los dedos. Sentía como su propio cuerpo respondía al simple contacto, una oleada de calor recorrió su brazo hasta llegar al pecho, donde su corazón palpitaba con fuerza. A pesar del tiempo que había pasado, de las dudas y los errores, aún había algo que los unía, que seguía inalterado, incluso aunque todo lo demás hubiera cambiado.

Ambos supieron guardar el amor en un rincón de sus corazones y ese amor permanecía intacto. Dispuesto a brotar si ellos querían que así fuera.

Lucía cerró los ojos por un instante al notar el roce del brazo de Simón y el beso que le dejó en el pelo. El contacto era delicado pero intenso, como si estuviera lleno de todo lo que nunca se habían dicho, de todas las emociones que habían quedado atrapadas en el pasado. Percibía el pulso de Simón a través de su piel y no se sintió tan sola. El aire nocturno, alentado por el movimiento de las hojas de los árboles, le acariciaba el rostro y la mezcla de la sal del mar con la fragancia de los pinos le traía recuerdos de otros tiempos, pero en lugar de tristeza, sintió una calma inesperada.

El silencio entre ellos no era incómodo porque los dos lo llenaron de significado, de todo lo que no necesitaban decirse. Simón respiró profundamente y dejó que su mirada se perdiera en el horizonte, donde el mar brillaba bajo la luz de la luna. Luego, sin apartar la vista del mar, comenzó a hablar.

—Lucía…, no dejo de pensar en lo que hemos vivido, en todo lo que nunca nos hemos dicho. Siempre he tenido miedo de hacer las cosas mal, de perder lo poco que tenía contigo por intentar algo más. Es irónico que pensara en no perder a la amiga cuando creía que me ibas a rechazar. Tu indiferencia… —Hizo una pausa—. Pero cuanto más pienso en todo esto, más me doy cuenta de que ya te había perdido mucho antes, porque nunca tuve el valor de decirte lo que sentía. Y cuando Carla se interpuso, no supe ver lo que tenía ante mis ojos.

Lucía giró la cabeza hacia él, sorprendida por la honestidad de sus palabras. Simón mantenía la vista fija en el mar, como si esas palabras le pesaran tanto que solo era capaz de decirlas si no la miraba a los ojos.

—Sé que fui un cobarde —continuó—. Cuando Carla apareció, fue fácil dejarme llevar por lo que ella quería. Me tenía fascinado, subyugado por su dulzura y su belleza. Pero, en el fondo, siempre supe que no era lo que yo deseaba, aunque los primeros días tratara de autoconvencerme. Ella no solo le hizo daño a Pablo, también a mí, porque los meses que salimos solo era cariñosa cuando estábamos acompañados. El resto del tiempo me evitaba. Y cuando vio que Pablo empezaba a salir con Amanda, se enfadó muchísimo, me montó un numerito sobre alguna tontería que ni recuerdo, y ahora sé la razón. Me dejó y no tuve las agallas de volver a ti. Pensé que no te merecía, que no me querías. Y ahora veo que también te hizo daño a ti. Yo… —Se detuvo y tragó saliva antes de continuar. Lucía se tragaba un llanto mudo y doloroso—. Siempre fuiste tú. Aunque intentara ignorarlo, aunque me convenciera de que lo que sentía por ti era solo amistad, siempre fuiste tú. Eres la mujer de la que me enamoré entonces y la que ha seguido en mi corazón toda mi vida.

El corazón de Lucía dio un vuelco. Escuchar esas palabras después de tantos años de dudas y de haber enterrado sus propios sentimientos la dejó sin aliento. No sabía cómo responder, pero una parte de ella se sintió aliviada, porque por fin todo encajaba en su lugar. Sin embargo, el

dolor del pasado aún estaba ahí, acechando bajo la superficie.

—Simón… —susurró con voz temblorosa—. No sé qué decir. Durante años, pensé que todo había sido culpa mía, que yo no era lo suficientemente buena o valiente para… para luchar por lo que sentía. Me convencí de que debía apartarme, que no tenía derecho a decir nada porque Carla era mi amiga y os gustabais, y yo… —Se interrumpió con los ojos anegados en lágrimas—. Pero me dolió. Me dolió mucho más de lo que crees.

Simón se volvió hacia ella y, al ver las lágrimas en sus ojos, su corazón se encogió de dolor. No había querido herirla, nunca. Pero en su cobardía, había hecho exactamente eso. Y ahora, lo único que deseaba era reparar lo que había roto, aunque no tenía claro si eso era posible.

—Lo sé, Lucía. Sé que te hice daño y eso ya no es posible cambiarlo. —Acercó su mano a las mejillas de ella para secarle las lágrimas y luego entrelazó los dedos entre los suyos con delicadeza—. Pero si tú me quieres, estamos a tiempo de darnos una oportunidad. Ya no soy el chico del que te enamoraste hace años, pero estoy aquí y te quiero. He vivido estos años con el arrepentimiento de saber que podría haber sido diferente. Sé que no está en mi mano borrar el pasado, pero tal vez logremos redescubrirnos y construir algo nuevo. Algo que sea solo nuestro.

Lucía lo miró a los ojos, buscando alguna señal de duda en su expresión, pero todo lo que vio fue sinceridad.

El peso de sus palabras se hundió en su pecho y, aunque el miedo aún estaba allí, también había algo más que no había sentido en los últimos años: esperanza. Porque, a pesar de todo lo que había pasado, a pesar del dolor y las heridas, Simón estaba allí, ofreciéndole la oportunidad de empezar de nuevo.

El viento susurró entre las ramas del árbol sobre ellos y Lucía cerró los ojos, dejando que el sonido la calmara. Luego, sin decir nada, se acercó a Simón y apoyó de nuevo la cabeza en su hombro. No necesitaba hablar. Lo único que deseaba era sentir la calidez de su presencia, la seguridad que le ofrecía el simple hecho de estar a su lado.

Él, sorprendido y agradecido, volvió a rodear sus hombros con un brazo, acercándola más a su cuerpo. Se quedaron un rato más, observando el mar bajo la luz de la luna con el sentimiento compartido de que, por fin, estaban donde deseaban. Sabían que aún quedaban cosas por resolver, conversaciones por tener, verdades que decir, pero, por ahora, en ese instante bajo el cielo estrellado, todo estaba bien.

Las olas seguían rompiendo en la orilla, con una cadencia que les transmitía calma, y la luna los observaba desde lo alto, como testigo mudo de un viaje hacia el interior de ellos mismos.

Pablo los observaba desde lejos. Tomó una foto de sus amigos abrazados para regalarles la imagen más adelante. Bajó la cabeza con sensación de culpabilidad por haber fastidiado la cena otra vez y, al mismo tiempo, contento porque sus amigos reconocieran por fin sus sentimientos tantos años guardados. Entró en la casa y se fue a dormir pensando en el desayuno que les volvería a cocinar para quitarse de encima esa culpabilidad que no dejaba de golpearlo en el pecho, por lo que había pasado con sus amigos y por su situación con Raquel.

Capítulo 8
De nuevo a la carretera

El sol comenzaba a elevarse en el horizonte, derramando su luz ámbar sobre los campos de olivos que rodeaban la casa. El aire era fresco y muy agradable, y dejaba un ligero olor al romero y la lavanda que crecían alrededor del jardín. Las ventanas de la casa reflejaban la luz, dándole un aspecto cálido, acogedor, como si quisiera retenerlos por un poco más de tiempo antes de dejarlos marchar hacia lo que les aguardaba en su viaje.

Pablo, siempre madrugador, se movía en la cocina con una sensación de paz que no recordaba haber sentido en mucho tiempo. El ruido de los cuchillos cortando sobre la tabla de madera y el gorgoteo del café en la cafetera llenaban la cocina de una música tranquila, casi hipnótica. Era un sonido familiar, hogareño, como si cada sonido y cada aroma tejieran una despedida agridulce de ese lugar.

El desayuno que había preparado era una muestra de afecto en forma de comida, una manera de expresar lo que no sabía hacer con palabras. La mesa, de madera robusta y oscura, estaba llena de colores y texturas que los invitaban a olvidar todas las tensiones y tristezas del viaje. Ensaimadas espolvoreadas de azúcar que brillaban bajo la luz de la mañana; cocas de *trampó*, con sus vivos tonos rojos, verdes y amarillos; un pequeño plato de sobrasada con miel, listo para untar sobre el pan crujiente, y una jarra de zumo de naranjas recién exprimidas, que parecía capturar el sol en su interior. Todo estaba dispuesto con mimo, con una atención al detalle que reflejaba las ganas de Pablo de cerrar ese ciclo con un gesto de paz.

El ruido de las pisadas bajando las escaleras fue el primer signo de que los demás comenzaban a despertar. Marta, la primera en aparecer, todavía adormilada pero con una sonrisa que reflejaba la calidez del ambiente, se detuvo en la puerta de la cocina para aspirar hondo los olores que la rodeaban.

—Huele increíble aquí —dijo, estirándose con un suspiro de satisfacción mientras avanzaba hacia la mesa—. Hijo, te has superado. Esto es más que un desayuno, es un regalo.

Pablo sonrió mientras servía las tazas de café humeante. Aunque sus movimientos seguían siendo meticulosos, había algo en su expresión que denotaba una ligereza nueva en su ánimo. Él mismo tenía la impresión de que las preocupaciones que lo habían nublado los últimos días comenzaban a despejarse.

—Pensé que nos merecíamos un buen comienzo para este último día en esta casa —respondió tras sentarse junto a Marta—. Y, la verdad, me ayuda a cerrar este capítulo.

Lucía fue la siguiente en aparecer. Llevaba el pelo suelto, algo despeinado, y llevaba un vestido azul ligero de lino que flotaba mientras caminaba hacia la mesa. Se detuvo junto a la puerta, observando la escena con una sonrisa tranquila antes de acercarse a Pablo y darle un beso en la mejilla.

—Gracias por esto —dijo con cariño y gratitud. El aroma a café y a pan recién horneado llenaba el ambiente, y Lucía sintió como su estómago agradecía el festín que se presentaba ante ella.

Simón bajó las escaleras poco después con pasos algo más lentos que las chicas, pero firmes.

Sus ojos se cruzaron de manera fugaz con los de Lucía al entrar en la cocina y ambos se sonrojaron, recordando las emociones vividas la noche anterior. A pesar del leve nerviosismo, había entre ellos una calma inesperada, como si ambos supieran que las palabras ya no eran necesarias en ese instante. Simón se sentó junto a Lucía, observándola de reojo mientras parecía abstraído por los colores vivos de la comida sobre la mesa y la tenue luz del sol que bañaba la habitación.

—Esto es un banquete —comentó con una sonrisa sincera.

—Hoy es nuestro último día aquí y pensé que era una muy buena ocasión de hacer algo especial. Así que madrugué y caminé hasta el pueblo para agasajaros —repitió Pablo, conmovido por la buena aceptación de sus amigos—. Además, necesitaba un gesto para cerrar lo que pasó ayer. Siento haber provocado lo de anoche, aunque, la verdad, me siento más ligero después de haber hablado. —Miró a Simón y a Lucía antes de seguir—. Sé que las cosas no se arreglan de la noche a la mañana, pero creo que os merecíais saber la verdad.

—¿No tenéis curiosidad por saber qué hay en la caja de Carla? —sugirió Marta—. Supongo que no has perdido la llave, Simón.

—La tengo en la cartera. Tranquila.

—¡Uf! Podría ser cualquier cosa, conociéndola. —Pablo suspiró y siguió con su tarea de cocinero.

—Prefiero no pensarlo —añadió Lucía—. Que sea sorpresa.

Marta levantó su vaso de zumo, observando cómo los demás hacían lo mismo. Había un aire de reconciliación, de cierre, pero también la promesa de nuevos comienzos.

—Brindemos —les pidió con la alegría de su constante optimismo—. Por los buenos recuerdos, pero, sobre todo, por los nuevos que estamos creando juntos.

—Por Carla —añadió Lucía en un susurro, pero esta vez sin la carga de dolor que había sentido los días anteriores.

Chocaron los vasos y brindaron. El desayuno transcurrió con una serenidad reconfortante, una sensación de paz que ninguno de ellos esperaba después de los días tensos que habían vivido. Mientras daban cuenta de las ensaimadas y saboreaban el queso curado que Pablo había traído del mercado del pueblo, la conversación fluía ligera, como si todos se hubieran dado permiso para disfrutar del desayuno sin preocupaciones ni reproches.

La comida era tan sencilla como sabrosa. Los sabores tradicionales de Mallorca los conectaban con el lugar y les ofrecían una sensación de pertenencia. Mientras untaban sobrasada sobre pan crujiente o mojaban trozos de ensaimada en el café, hablaban de cosas cotidianas, de sus vidas y de sus trabajos. Marta, por supuesto, no dejaba de hablar de Sergio y, cada vez que lo mencionaba, su cara se iluminaba como si pensar en su hijo le diera una chispa extra de felicidad.

—Este sitio tiene algo especial —dijo Marta mientras mordía un trozo de coca de *trampó*—. Es como si el tiempo aquí fuera más lento, como si la vida fuera más sencilla. No me extraña que Carla lo adorara tanto.

Lucía sonrió mientras contemplaba el jardín a través de la ventana. Los rayos de sol jugaban entre las ramas de los árboles y, al fondo, el mar seguía siempre igual y a la vez diferente. Estaba claro que se acercaba la hora de partir, pero ese lugar, con su belleza sencilla y sus recuerdos, siempre tendría un lugar especial en sus corazones.

Cuando terminaron el desayuno, todos se levantaron para recoger la mesa. El ruido de los platos al chocar entre sí y el sonido del agua corriendo en la pila marcaban el ritmo de la

despedida. Mientras Simón y Pablo secaban los platos, Lucía y Marta se encargaron de hacer las maletas y de recoger los pequeños recuerdos que habían dejado repartidos por las habitaciones durante los últimos días.

La casa, con su piedra rugosa y su encanto rústico, parecía mirarlos mientras cerraban la puerta por última vez. Se despidieron sin palabras cuando se quedaron parados frente a la entrada, cogidos de la mano, observando cómo el viento movía las cortinas a través de las ventanas abiertas. Sentían que no solo dejaban atrás un lugar físico, sino también una parte de sí mismos, una etapa de sus vidas que, de alguna manera, se cerraba en ese instante.

—¿No tenéis la sensación que todo aquí está impregnado de recuerdos? —les preguntó Lucía en voz baja, acariciando con la mano el marco de la puerta antes de dar un paso atrás—. Pero ahora es cuando tenemos que empezar a crear nuevos.

—Sí, nuevos recuerdos —añadió Simón, lanzándole una mirada llena de promesas no dichas.

Subieron al coche tras cargarlo con las maletas y mochilas. Pablo tomó el volante esa vez mientras Marta se colocaba en el asiento del copiloto, canturreando en voz baja mientras elegía la música para el viaje.

Lucía y Simón se sentaron en la parte trasera, compartiendo sonrisas cómplices, mientras Pablo arrancaba e iniciaba su camino con lentitud, alejándose de la casa.

El coche avanzaba con suavidad por la carretera serpenteante, dejando atrás las colinas doradas de Mallorca y adentrándose en un paisaje cada vez más frondoso y montañoso. Las ventanas bajadas dejaban entrar un aire salino que llegaba del mar mezclado con los olores propios de los pinos y la vegetación mediterránea.

En el asiento del copiloto, Marta tarareaba una canción mientras observaba los árboles pasar a toda velocidad, disfrutando del aire fresco que alborotaba su cabello rubio. Pablo conducía con una mano en el volante y la otra apoyada en la ventanilla, relajado, pero con una sonrisa pícara en el rostro.

—¿Jugamos a algo por el camino? —preguntó Marta, girándose hacia los de atrás con una sonrisa—. ¿Os acordáis de aquellos juegos de carretera que hacíamos cuando éramos adolescentes?

—¡Claro! —respondió Simón con una chispa de entusiasmo—. Veamos si todavía recordamos alguno.

—Vale, ¿entonces empezamos? —dijo Marta—. Como siempre, un clásico: vamos a hacer el abecedario. Tienes que nombrar algo que veas fuera con cada letra, empezando por la A, y así vamos rotando. No vale repetir, ¡eh!

—¡Vale, juguemos! —respondió Lucía, apoyando la cabeza contra el asiento y dejando que la brisa le despeinara el pelo. Estaba deseando dejarse llevar por la distracción de ese sencillo juego y alejarse por un rato de las emociones que la abrumaban.

Simón, a su lado, se acomodó en el asiento con una sonrisa, rozando la mano de Lucía, que no la apartó. Había algo reconfortante en recordar esos pequeños rituales de su juventud, como si así se permitieran dejar atrás los pensamientos para disfrutar del presente.

—Empiezo yo —anunció Marta, siempre la más rápida en lanzarse—. Vale, letra A… ¡Árbol! —dijo, señalando los pinos que rodeaban la carretera.

—Fácil —murmuró Pablo desde el volante, sin dejar de sonreír—. Letra B… Bahía. Esa de allá al fondo —dijo, señalando un punto donde el mar asomaba entre las colinas, brillando bajo el sol.

—C… Coche. Aunque no es muy original —dijo Simón, riendo por lo bajo.

—D... Déjame pensar… ¡Duna! —añadió Lucía, señalando un pequeño montículo de arena que se veía en la distancia, algo más retirado de la costa.

El juego continuó con bromas y risas y, aunque las primeras letras eran sencillas, pronto comenzaron a surgir las complicaciones.

—Vale, Simón, te toca la M —lo retó Marta con una sonrisa traviesa—. A ver si usas esa inteligencia.

Simón frunció el ceño, mirando a su alrededor en busca de algo que empezara por M. El coche avanzaba por un tramo de carretera algo más desolado, rodeado de rocas y matorrales.

—Mmmm… —Simón se mordió el labio, pensando—. ¡Matorral! —dijo, señalando un arbusto seco que asomaba entre las rocas.

—¡Eso no cuenta! —protestó Marta, aunque su tono era más juguetón que serio—. Matorral es demasiado fácil. Tienes que esforzarte más, que para eso eres el listo del grupo.

—Eh, las reglas no decían nada sobre la dificultad —se defendió con una sonrisa—. Si lo veo, lo digo.

Lucía se rio divertida, sintiendo como la tensión que había quedado entre ellos tras los últimos días se disipaba poco a poco. A su lado, Simón la observaba de reojo mientras ella se distraía mirando por la ventana y, cada vez que se cruzaban las miradas, ambos sentían una especie de nerviosismo dulce, conscientes de que estaban descubriendo algo nuevo entre ellos con la ilusión de las primeras veces.

—Vale, sigamos —dijo Pablo, tomando el turno de nuevo—. Letra N… ¡Nube! —anunció, señalando una nube solitaria que flotaba en el cielo.

—Esa es buena —dijo Lucía sonriendo—. Ahora me toca… O de olivo. Ahí tenéis, fácil.

Las risas continuaban y el ambiente dentro del coche fluía con naturalidad y sencillez. Hacía tiempo que no se sentían tan libres, aunque estaban disfrutando tanto que ni lo notaron, como si el pequeño juego de carretera los conectara con la simplicidad de quienes habían sido antes, aquellos chicos que solían hacer viajes improvisados, bromeando y cantando a pleno pulmón.

—P de… ¡Piedra! —dijo Marta, señalando una gran roca al borde del camino.

—¡Facilísima! —protestó Simón—. Luego dices de mí, tramposa.

—¡Eh, no todas las letras tienen que ser difíciles! —se quejó ella, y todos se echaron a reír.

De repente, Lucía se separó del respaldo del asiento y se inclinó hacia Marta.

—¡Oh! Me acuerdo de otro juego que hacíamos. Este es un poco más complicado. Es el de contar historias. El primero empieza con una frase y los demás tienen que continuarla.

—¡Ese siempre terminaba en desastre! —dijo Simón entre risas—. Pero va, adelante. Empieza tú.

Lucía respiró hondo, dejándose llevar por la sensación de libertad que el juego le daba.

—Había una vez un pirata que estaba atrapado en una isla desierta —comenzó, mirándolos de reojo.

Pablo siguió casi de inmediato con su tono burlón habitual.

—Solo tenía una pata de palo y una brújula rota, pero en esa isla desierta… descubrió un mapa que prometía llevarlo a un gran tesoro escondido.

Marta se lanzó sin dudarlo.

—El pirata, que era bastante terco, decidió seguir el mapa, aunque era incapaz de caminar más de tres pasos sin tropezar con su pata de palo, pero lo que no sabía era que en la isla había… ¡monstruos marinos gigantes!

Simón se inclinó hacia adelante, sonriendo.

—Y estos monstruos marinos eran muy… pero muy amistosos. Tan amistosos que… le ofrecieron un paseo en sus lomos para llegar más rápido al tesoro.

Las risas llenaron el coche cuando las historias se volvían más y más ridículas, con Marta y Pablo agregando detalles extravagantes, y Lucía y Simón riendo a carcajadas. Parecía increíble que un simple juego les hubiera devuelto la chispa que durante tanto tiempo había permanecido oculta bajo capas de dolor y nostalgia.

Lucía se permitió relajarse por completo. Cada vez que miraba a Simón o sentía el leve roce de su mano en la suya cuando los cuerpos se movían con los giros de la carretera, algo cálido se encendía en su interior. Sabía que aún tenían cosas por hablar, pero, por ahora, eso tendría que esperar. Estaban juntos, riendo y disfrutando de su mutua compañía. Esa sensación de conexión, de compartir algo más profundo, ya no era suficiente.

Un rato después, el coche comenzó a descender hacia una zona más abierta.

A lo lejos, divisaron la casa de la abuela de Carla con su fachada de piedra, rodeada de árboles y con las montañas de fondo. La vista era impresionante y un silencio respetuoso se apoderó del coche mientras todos observaban el lugar hacia el que se dirigían.

Lucía se recostó un poco más en su asiento y dio un profundo suspiro al sentir la calidez del sol a través de la ventanilla. Sabía que ese viaje significaba mucho para todos ellos y, aunque el futuro aún estaba lleno de preguntas, en ese instante se sintió en paz.

Llegar a esa casa no era solo el final de un viaje, sino el comienzo de algo nuevo. Y mientras el coche se acercaba cada vez más, los cuatro sintieron que estaban listos para descubrir lo que les esperaba a partir de ahora.

Capítulo 9
La casa de la abuela

El coche avanzaba despacio por el camino de grava que llevaba a la casa de la abuela de Carla. La finca se encontraba en una pequeña colina rodeada de campos de olivos, vides, almendros y cipreses que parecían extenderse hasta el horizonte. El sol lucía en lo alto y una brisa suave agitaba las hojas de los árboles, llenando el aire de un aroma fresco y ligeramente dulzón. A medida que se acercaban a la casa, Lucía sentía nostalgia e ilusión renovada. Había algo en ese lugar que la hacía sentirse conectada con el pasado, pero también con el presente, como si todas las emociones vividas en los últimos días se concentraran allí, esperando a ser liberadas.

La casa de piedra, con su fachada de tonos tierra y mallorquinas verdes en las ventanas, les dio la bienvenida con una calidez que los arropó por completo. La abuela de Carla, una mujer de rostro arrugado y amable, los esperaba en la puerta con una sonrisa que, a pesar de los años, conservaba la misma energía y ternura que todos recordaban.

—¡Bienvenidos, hijos míos! —exclamó, abriendo los brazos para recibirlos—. ¡Qué alegría teneros aquí otra vez! La casa ha estado muy tranquila sin vosotros, así que me alegra escuchar vuestras risas de nuevo. Es como si tuviera a mi Carla de nuevo conmigo.

Marta fue la primera en acercarse a ella, abrazándola con un gran cariño. Los demás la siguieron, rodeándola de forma afectuosa, y la abuela los recibió a todos con el mismo entusiasmo, como si no hubieran pasado tantos años desde la última vez que habían estado allí.

—He preparado un par de habitaciones para vosotros —dijo la abuela, guiándolos hacia el interior de la casa—. Las chicas, en una, los chicos, en otra, como hacíais antes. Pero no os preocupéis por nada, está todo listo para que descanséis un rato. Luego os espero en la cocina para comer, os he hecho algo especial.

La casa por dentro era como una cápsula del tiempo. Los muebles de madera oscura, los suelos de baldosas de barro desgastadas por el paso de los años y las paredes adornadas con fotografías enmarcadas de la familia creaban una atmósfera entrañable y acogedora. Todo allí tenía una sensación de permanencia, como si el tiempo se hubiera detenido, esperando tranquilo a que regresaran.

Después de instalarse en sus habitaciones, Lucía decidió dar un paseo por la finca mientras dejaba intimidad a Marta para que hablara con su marido. El mediodía era cálido y el sol, todavía alto, arrojaba una luz intensa sobre los campos. Caminó despacio por la huerta, observando cómo los árboles frutales estaban cargados de higos y granadas, y cómo las flores silvestres habían crecido libres entre las hileras de olivos. Cada rincón de la finca tenía una historia que contar y Lucía se dio cuenta de que sonreía sin esfuerzo gracias a la paz que sentía allí, como si el campo la abrazara con ternura.

Mientras paseaba, sintió una presencia detrás de ella. Se dio la vuelta y vio a Simón acercándose con las manos en los bolsillos y una sonrisa tímida en el rostro. El sol, que le daba de lleno en la cara, hacía que sus rizos castaños brillaran con tonos cobrizos.

—Te he visto salir —dijo Simón, deteniéndose a su lado—. Pensé que tal vez querrías compañía. Pero si quieres estar sola, me voy.

Lucía sonrió, agradecida por el gesto.

—Siempre eres bienvenido —respondió, mirando hacia el horizonte.

Simón sonrió con la vista alzada hacia el cielo, como si estuviera eligiendo sus palabras con cuidado. Luego la miró y vio un brillo en sus ojos que le transmitió ternura y admiración.

—No sé si te lo he dicho antes…, pero estás preciosa —dijo con un tono que no buscaba halagarla, sino más bien expresar algo que llevaba tiempo guardado—. Como se suele decir, los años te han tratado bien.

Lucía sintió como el calor subía por su cuello, sonrojándose. El comentario, aunque tímido, la desarmó por completo. Era como si, en ese instante, todo el peso de los años se hubiera desvanecido, dejando solo lo esencial: ellos dos, de pie, en ese rincón del mundo.

—Gracias —respondió en un susurro, sin evitar la sonrisa que se extendía por su rostro—. Opino lo mismo de ti. Ya no eres el alto flacucho, ¿recuerdas cuando te llamaban espagueti? —añadió, observando el cuerpo musculado de Simón y la madurez de su mirada que tanto le gustaba.

—Odiaba ese mote, por eso me apunté a natación.

Simón dio un paso más hacia ella mientras hablaba, reduciendo la distancia entre ambos. Su mano rozó la de Lucía en un gesto casi imperceptible, pero cargado de significado.

—Me alegro de que estemos aquí, juntos —añadió—. Después de todo lo que ha pasado, estar aquí contigo… es lo que necesitaba. Si no hubiera sido por este viaje, creo que jamás me habría atrevido a decirte lo que siempre he sentido por ti.

—A ver si Carla quería pedirnos perdón a su manera y resarcir todo el dolor que creó.

—No lo había pensado. Quizá en la caja que abre la llave que nos dio su hermana encontremos la respuesta. Sea como sea, me hace feliz haberte reencontrado.

Lucía levantó la vista hacia él con el corazón latiendo un poco más rápido. No sabía qué decir, pero, en realidad, no hacía falta decir nada. Los ojos de Simón transmitían su dicha y cuando él le sonrió, ella sintió que no había mejor lugar en el mundo que su mirada. Él la cogió del mentón y se acercó para dejar un suave beso en sus labios. Ella lo miró a los ojos y luego, a la boca, lo que le provocó un cosquilleo por todo el cuerpo hasta el vientre. Entreabrió los labios y buscó su lengua dentro de la calidez de su boca. Acercaron sus cuerpos, que se atraían como un imán, y profundizaron el beso. Ella gimió provocando una sonrisa en él. Se separaron un segundo con intención de seguir, pero se tuvieron que distanciar. Sus dos amigos aparecieron a lo lejos, caminando hacia ellos desde la casa.

—¡Vamos, chicos! —gritó Marta, animada—. La abuela nos está esperando para que la ayudemos a poner la mesa. Y creedme, he visto lo que ha preparado… ¡Nos vamos a poner las botas!

Lucía y Simón se miraron una última vez antes de reunirse con los demás. El contacto de sus bocas había sido breve, pero suficiente para dejar suspendida una promesa en el aire.

Entraron en la casa y encontraron a la abuela organizando platos y fuentes llenas de comida típica mallorquina. El aire dentro de la cocina estaba impregnado de los olores intensos de la comida recién hecha. Había una sensación de abundancia y generosidad en la mesa que la mujer había preparado con tanto esmero. Los colores vibrantes de los platos, el brillo del aceite de oliva y el toque de especias que flotaba en el aire los acogía a todos en una atmósfera de calma y gratitud.

—Veo que os lo habéis tomado con calma —bromeó la abuela cuando entraron—. Venga, ayudadme a llevar esto a la mesa antes de que se enfríe.

Se pusieron manos a la obra y colocaron los platos sobre la gran mesa de madera que dominaba el comedor. La luz del mediodía entraba por las ventanas abiertas, creando un entorno cálido y acogedor. Para ellos fue como un regreso a casa, como si el pasado y el presente se hubieran reconciliado por fin.

Cuando se sentaron a la mesa, notaron que había un sitio de más. Lucía miró a la abuela con curiosidad.

—¿Esperamos a alguien más? —preguntó Marta, intrigada.

Ella asintió con una sonrisa.

—Sí, es para mi nieta Estrella. Seguro que os acordáis de ella. Era pequeña la última vez que la visteis, pero ahora es toda una mujer. Está aquí cuidando de mí este verano y vendrá a comer con nosotros. La he mandado al pueblo a traer provisiones para estos días.

La mención de Estrella trajo de vuelta recuerdos agridulces. Era cuatro años menor que ellos y siempre había querido unirse a sus aventuras, pero Carla solía apartarla con el pretexto de que era demasiado niña para participar. Ahora, pensar en ella como una adulta les resultaba extraño.

No pasó mucho tiempo antes de que apareciera en la puerta de la cocina cargada de bolsas con una sonrisa tímida que iluminaba su mirada. Era alta, delgada, con el cabello largo y oscuro, que llevaba recogido en una coleta baja, y a todos les recordó a Carla. Sus ojos, de un verde intenso, brillaban con una mezcla de nerviosismo y alegría.

—¡Estrella! —exclamó Marta, levantándose para abrazarla cuando entró en el comedor—. ¡Estás preciosa! ¿Cuánto hace que no nos vemos? ¡Si eras una cría!

Pablo, que bebía vino, casi se atragantó al verla. La niña que una vez conocieron ahora se había convertido en una mujer muy guapa y la sorpresa lo golpeó de lleno. Se sonrojó al saludarla y darle dos besos que lo hicieron tambalear.

—Hola… Estás… muy cambiada —dijo Pablo, todavía algo aturdido.

Estrella sonrió tímida, pero su rostro reflejaba la calidez de alguien que estaba feliz de volver a ver a amigos de su infancia.

—Gracias, Pablo —respondió algo cortada, tomando asiento junto a la abuela—. Me alegra mucho veros a todos. Me dijeron mis padres que os vieron en el entierro.

Sobre la mesa, el *tumbét*, un guiso de verduras asadas con tomate, berenjenas, pimientos y patatas, formaba una mezcla de colores cálidos. El aceite de oliva brillaba sobre las verduras tiernas y jugosas, desprendiendo su esencia, que les recordaba los almuerzos veraniegos de la infancia, llenos de risas y despreocupación. Marta fue la primera en servirse un generoso trozo y cuando tomó el primer bocado, su rostro se iluminó con una sonrisa de puro placer.

—Esto es increíble —dijo, cerrando los ojos por un instante mientras saboreaba la mezcla de texturas—. La abuela siempre ha sabido cocinar como nadie.

Lucía asintió mientras recogía un poco de frito mallorquín con su tenedor, un plato tradicional a base de carne, patatas y verduras fritas con una mezcla de especias. El sabor le llenó la boca de calidez, una combinación reconfortante de sabores terrosos, profundos y algo picantes. El plato, aunque simple en apariencia, era una explosión de sabor y cada bocado parecía llevar consigo un eco de experiencias pasadas. Al saborearlo, Lucía pensó en la importancia de lo sencillo, de estar presente saboreando lo que la vida nos da.

—Es como si el tiempo no hubiera pasado —murmuró, más para sí misma que para los demás, mientras tomaba un sorbo de vino blanco frío que cortaba el calor de los platos de forma perfecta.

Pablo, que había estado callado durante los primeros minutos, empezó a untar un trozo de pan

con sobrasada y un poco de miel. El contraste entre lo salado y lo dulce le encantaba y, por primera vez en mucho tiempo, soltó una pequeña risa.

—No recordaba que estuviera tan bueno —dijo, alzando la vista para encontrarse con las sonrisas de los demás—. Esto es como volver a casa después de un largo viaje.

El pan con aceite de oliva y tomate estaba también sobre la mesa, acompañando a todos los platos. Simón tomó un trozo crujiente, lo frotó con ajo y luego lo embadurnó de aceite y tomate antes de darle un mordisco. El sabor era sencillo, casi humilde, pero perfecto en su autenticidad. Lo disfrutaba con calma, observando con discreción a los demás.

Un escalofrío de emoción contenida le recorrió el cuerpo y lo único que llegaba a su cabeza era la palabra gracias.

El ambiente alrededor de la mesa se había relajado. Aunque todos habían pensado en Carla, ninguno quiso traer la tristeza a ese momento de conexión. Había algo terapéutico en esa comida, en regresar a los sabores de su juventud, aquellos que les recordaban lo que eran antes de que la vida los hubiera moldeado de tan diferentes maneras.

Lucía, al ver a Simón concentrado en su plato, notó que un ligero cosquilleo se instalaba en el estómago. Mientras lo observaba disfrutar del *tumbét*, la suave caricia de nostalgia que la había acompañado todos los días anteriores desde que iniciaron el viaje dio paso a la ilusión y a la esperanza.

La comida continuó con una fluidez natural, cada uno tomando lo que más le apetecía. Cocas de *trampó* se repartieron entre risas con su base crujiente cubierta de pimientos rojos, cebollas y tomates que sabían a verano y, después, cuando la comida principal quedó atrás, llegó el *gató* de almendra con helado, un postre típico mallorquín que se derretía en la boca, dejando tras de sí una dulzura ligera y refrescante.

La abuela, sentada al final de la mesa, los observaba con una sonrisa serena y lágrimas en los ojos, satisfecha de ver cómo disfrutaban de la comida y de la compañía. Había algo casi solemne en esa reunión, como si el tiempo se hubiera detenido para permitirles reconectar con la autenticidad de cada uno, con aquello que realmente importaba.

Lucía miró a Estrella, que, a pesar de ser la más joven del grupo, encajaba en esa escena a la perfección. Era evidente que había crecido, no solo en edad, sino en madurez. La prima de Carla hablaba con timidez, pero al mismo tiempo se la veía segura cuando contaba sus planes para el futuro con una sonrisa que iluminaba su rostro.

—No fui al entierro de Carla porque me quedé aquí cuidando a la abuela —les contó con la voz cargada de emoción—. Fue duro no despedirme como quería, pero sé que hice lo correcto. Este verano está siendo… diferente. Pero ahora que estoy aquí con vosotros, me siento más conectada con ella, con todo lo que representaba.

—¿Y qué haces ahora? ¿Sigues viviendo en Mallorca? —preguntó Marta.

—Sí, he estudiado en Palma y trabajé hasta el mes pasado haciendo prácticas. En septiembre me iré a Madrid a trabajar. Me apetece muchísimo, pero a la vez me da mucha pena dejar la isla.

Pablo, que había estado algo callado, se ruborizó cuando los ojos de Estrella se encontraron con los suyos. No podía evitar mirarla con una mezcla de sorpresa y atracción. La niña que había conocido ahora era una mujer con una claridad en sus palabras que lo desconcertaba y, al mismo tiempo, lo atraía de una manera que no esperaba. Después de lo ocurrido con Raquel, lo que Estrella despertaba en él lo cogió por sorpresa y no quería dejarse llevar por si todo fuera fruto de su despecho. Estaba confundido. Cuando ella le sonrió con cierta timidez, bajando la mirada después de hablar, sintió una punzada en el pecho que no había esperado sentir en ese viaje.

Estrella desprendía algo que lo hacía sentir vulnerable y curioso al mismo tiempo.

La conversación continuó de forma amena, con ella contando anécdotas de la vida en la finca, de los veranos pasados con la abuela y de cómo, a pesar de todo, siempre había encontrado consuelo en ese lugar, entre los árboles y los campos. Todos la escuchaban con atención y, poco a poco, el mediodía dejó paso a la tarde y al tedio de los estómagos satisfechos.

Después de la comida, la abuela les sugirió que se relajaran un rato en el porche mientras ella preparaba el café. Se quedaron allí, en la tranquilidad de la tarde, bajo la sombra de los olivos, donde hacía menos calor. Lucía, Simón, Marta, Pablo y Estrella se sentaron en los sillones de mimbre, entregándose a la apatía propia de las tardes de verano. Algunos de ellos adormecidos en una improvisada siesta.

Lucía observaba las ramas de los olivos danzando al compás del viento. Sentía una profunda paz en ese lugar, como si el tiempo se hubiera desacelerado lo suficiente como para permitirle apreciar cada pequeño detalle: el sonido del viento entre las hojas, el suave crujir de las sillas de mimbre al moverse y el murmullo lejano del mar que llegaba a sus oídos como una canción conocida.

Simón, sentado a su lado, giró la cabeza para observarla. Su mirada era cálida, llena de una ternura que no necesitaba palabras. El simple hecho de estar allí con ella era suficiente para hacerlo sentir que las cosas por fin estaban volviendo a su lugar.

Pablo y Estrella, sentados algo más apartados, compartían una conversación en voz baja. Él se mostraba relajado, aunque de vez en cuando sus ojos se desviaban hacia ella, como si intentara entender la complejidad de sus propios sentimientos, tan confusos desde que la niña que recordaba apareció convertida en una preciosa mujer. Marta, por su parte, se inclinaba hacia adelante en su silla, para observar la escena con una sonrisa tranquila, disfrutando de la sencillez de lo que la rodeaba, orgullosa de sus amigos y agradecida a Carla por haberlos unido de nuevo.

La abuela salió al porche con una bandeja de café y pequeños pasteles de almendra, que colocó sobre una mesa baja de madera. Lo sirvieron en pequeñas tazas de cerámica, que todos tomaron y levantaron hacia la abuela en un gesto de agradecimiento.

—A vuestra salud, y a la de mi niña Carla —dijo la anciana con una sonrisa triste, antes de dar un pequeño sorbo de su bebida.

El sol empezaba a bajar acercándose al horizonte por el que desaparecería horas después. Era un momento casi perfecto, lleno de una paz renovada que surgía de la tristeza y de la esperanza. Las tensiones, los secretos y los dolores del pasado se desprendían de ellos como las hojas caídas de los árboles, dejando hueco para que la calidez de la amistad y la confianza de nuevos comienzos tomaran su lugar.

Capítulo 10
La magia de la noche

La noche cayó pausada sobre el pueblo, pintando el cielo de un azul profundo salpicado de estrellas que brillaban como pequeñas joyas. Estrella había insistido en llevarlos a un lugar que conocía bien, una pequeña taberna escondida en una de las callejuelas empedradas del centro. El local, con su fachada de piedra y farolillos colgantes, parecía una extensión de la atmósfera acogedora que había reinado durante todo el día.

Al entrar, el aire estaba lleno del bullicio animado de los lugareños, el sonido de los platos y vasos tintineando y una música suave que flotaba en el ambiente. Las mesas de madera desgastada y las paredes cubiertas de fotografías antiguas le daban al bar un toque nostálgico, casi como si fuese un refugio de tiempos pasados. Estrella los guio hasta una mesa cerca del rincón, donde las luces eran más tenues y el ruido, aunque presente, no resultaba molesto. Era el lugar perfecto para relajarse tras la comida, disfrutar de una buena conversación y unos cuantos brindis.

—Este sitio siempre me ha encantado —comentó Estrella, tomando asiento al fondo—. Tiene algo especial, como si te acogiera con su calidez y te hiciera olvidar todo lo demás. Es auténtico.

Pablo la observaba con atención, casi embelesado por la manera en que hablaba y la forma en que su largo cabello oscuro rozaba sus brazos cuando gesticulaba. Sentía que algo en su interior se removía cada vez que sus miradas se cruzaban, una sensación que no había experimentado en años y que lo desconcertaba y emocionaba a partes iguales. Su mente viajó hasta Raquel, con quien hablaría al volver a Madrid, y se sintió mal al darse cuenta de que Estrella era la que ocupaba sus pensamientos. Dejaría que el tiempo hablara, tampoco estaba seguro de si él había despertado el mismo interés en la prima de Carla y debía ir con cuidado.

—Este sitio tiene encanto, desde luego —respondió Simón a Estrella, ajeno a las dudas de Pablo—. Es el tipo de sitio en el que te quedarías toda la noche, bebiendo vino y perdiéndote en las historias que cuenta la gente del pueblo. Como tú dices, es auténtico.

Lucía, sentada junto a él, lo confirmaba mientras recorría el lugar con la mirada. El ambiente, la música, el aire un poco cargado de conversaciones animadas entre los lugareños los hacía sentir a todos más relajados y conectados con el espíritu de la isla. Después de la intensidad de los últimos días, ese rincón del mundo les ofrecía un respiro necesario, un lugar en el que ser ellos mismos sin tener que aparentar nada.

Estrella llamó al camarero y pidió algunas tapas para compartir: pequeñas raciones de jamón ibérico, croquetas caseras y pan tostado con tomate y aceite, una comida perfecta para acompañar las copas de vino que les sirvieron. Todo en ese lugar era una invitación al disfrute, sin prisas y sin la carga del pasado pesando sobre sus hombros. Si algo estaban aprendiendo en ese viaje, era a dejarse llevar, a soltar el ancla y perdonar viejas heridas.

—Así que mañana abrimos la caja de Carla, ¿verdad? —preguntó Marta, devolviéndolos a la realidad—. Siento curiosidad, pero también tengo miedo. ¿Qué se le habrá ocurrido? Es como si ella hubiera dejado esa llave para ponernos a prueba o algo así. ¿No os pasa?

—Yo también lo siento así —admitió Lucía—. Es como si fuera su forma de asegurarse de

que no olvidáramos todo lo que vivimos juntos. Lo mismo nos encontramos con fotos que cualquier otra cosa que guardara, viniendo de ella, no sé qué esperar.

Estrella, que no sabía nada sobre la caja, frunció el ceño, confusa.

—¿Qué caja? —preguntó, mirando a Lucía con curiosidad.

Simón le contó la historia de la caja, la llave que les había dejado la hermana de Carla y cómo les pidió en la carta que acabaran el viaje en la casa de la abuela, donde la había dejado. Estrella escuchaba con atención, asintiendo de vez en cuando.

—Tengo la impresión de que mi prima quería asegurarse de que este viaje fuera más que una simple despedida —comentó, sacando sus propias conclusiones—. Tal vez tenía algo importante que contaros. Mañana se lo recordamos a la abuela. Carla estuvo con ella unas semanas en un descanso del tratamiento para recuperar algo de energía. Imagino que tuvo tiempo para poner orden en su vida antes de volver a Madrid.

A Lucía y a Marta se les llenaron los ojos de lágrimas al escuchar a Estrella. Desconocían todo lo relacionado con la enfermedad de Carla y, hasta ese viaje, no habían tenido a nadie cerca para preguntar. Ninguno supo nada hasta que un mes antes de morir contactó con ellos para contárselo.

—Lo mantuvo en secreto durante meses —se quejó Marta—. Ni en las escasas reuniones que hicimos nos lo dijo.

—Bueno, no os pongáis tristes. Ya sabéis cómo era. Seguro que está feliz donde esté al veros aquí juntos. Vamos a brindar por ella.

Después de probar unas cuantas tapas entre lágrimas y risas, la conversación fluyó hacia temas más superficiales. Estrella los llevó después a un bar de copas donde los jóvenes del pueblo se reunían a bailar.

Una vez allí, Marta no tardó en arrastrar a las chicas a la pista de baile improvisada que había en un rincón del bar. La música sonaba a gran volumen y, aunque no tenía nada que ver con una discoteca, el ambiente era lo bastante animado como para que los pocos que se atrevían a bailar lo hicieran con despreocupación y alegría.

Las tres chicas se movían al ritmo de la música, balanceando sus cuerpos con sensualidad. Lucía se dejaba llevar, disfrutando de cada minuto, de la sensación de libertad que le daba el simple hecho de estar allí, moviéndose sin preocupaciones. Se alegró de haber dejado sus rigideces en Madrid y haber tomado la decisión de disfrutar de lo que la vida le pusiera por delante.

Simón y Pablo, apoyados en la barra, observaban la escena con una mezcla de diversión y admiración. Simón no apartaba los ojos de Lucía, fascinado por la manera en que se movía, como si la música la atravesara y la transformara en una extensión de sí misma que llevaba tiempo ocultando. Empezaba a reconocer a la chica de la que se enamoró en la adolescencia.

—Está preciosa —murmuró Simón para sí mismo, pero Pablo lo escuchó y sonrió, dándole un ligero codazo en las costillas.

—Venga, acércate a ella —le sugirió con una sonrisa—. No vas a dejar que se te escape esta vez, ¿verdad?

Simón sonrió algo nervioso, pero animado por las palabras de su amigo. Se apartó de la barra y se dirigió hacia Lucía, que en ese instante estaba en la barra para pedir algo más de beber. Él aprovechó para rodearla con un brazo, sorprendiéndola, pues ella reaccionó con un pequeño respingo al sentir su mano en la cintura.

—¿Qué haces? —preguntó Lucía, medio riendo y girándose hacia él.

Simón se inclinó hacia su oído para que su voz le llegara nítida por encima de la música, acercándose lo suficiente como para que su aliento le hiciera cosquillas en el cuello. Su cercanía le aceleró el corazón, pero, al mismo tiempo, le resultaba reconfortante.

—Te estaba observando —susurró con voz suave y llena de una ternura que hizo que el estómago de Lucía se revolviera—. Y no he podido resistirme. Necesitaba tocarte.

Ella sintió un leve estremecimiento cuando Simón le rozó el lóbulo de la oreja con un suave beso y su piel se encendió bajo su toque. El ruido de la música se desvaneció para ella y todo lo que lograba escuchar era el latido acelerado de su propio corazón y la cercanía del cuerpo que llevaba años deseando. Sin pensarlo mucho más, se giró y lo besó con suavidad en los labios, un beso breve y cálido que los dejó con ganas de más.

Cuando se separaron, Simón le sonrió y la miró con esa intensidad que hacía que Lucía se sintiera vista de una manera única, como si no hubiera nadie más en el mundo que ella.

—Vale, chicos, que estamos en público —los amonestó Marta, muerta de risa, haciéndoles un guiño de comprensión.

La pareja se separó un poco, algo avergonzados, pero sus manos permanecieron entrelazadas, convencidos de que esa conexión que habían encontrado ya no podía romperse. El momento era íntimo a pesar del bullicio a su alrededor y ambos supieron que esa noche había marcado un antes y un después en lo que sentían el uno por el otro. Un paso tan sencillo que tardaron demasiado en dar por miedo a quebrar una amistad que de todas formas se rompió. Y ahora estaban ahí, recomponiendo cada parte de sí mismos gracias a quien los separó.

Pablo, por su parte, no le quitaba ojo a Estrella. La joven se movía despreocupada y con una seguridad que lo desarmaba por completo. La confusión de emociones que sentía no se asimilaba en tan poco tiempo. Para empezar, no tenía nada que ver con Raquel. Además, Estrella, aunque en esencia seguía siendo la misma chica risueña y dulce que había conocido de pequeña, era diferente de lo que recordaba. Había madurado, y esa madurez lo atraía de una manera especial. Ni cuando de joven creyó estar enamorado de Carla ni con Amanda ni con Raquel, había sentido lo que en ese momento lo hacía vibrar. Deseaba encontrar la forma de parar el bucle de pensamientos que lo confundían más aún. Ojalá tener algo como el recipiente que usan los buscadores de oro en el bateo, donde está mezclada la arena y gravilla que contiene el preciado metal, lo sumergen en agua y lo agitan. El oro, al ser más denso que la arena y la roca, se asienta en el fondo del recipiente y es con lo que se quedan. Aunque, en el fondo de su corazón ya sentía que Estrella era ese oro, quería darse tiempo para estar seguro.

Esa noche solo eran unos treintañeros alegres que bailaban y reían, ajenos a todo lo demás. Cuando el bar cerró pasada la medianoche, decidieron que era hora de regresar a la casa.

Estrella los guio de vuelta por las calles empedradas del pueblo, iluminadas solo por los faroles que colgaban de las paredes y los destellos de la luna en el cielo despejado. La noche era cálida y el aire olía a mar y a tierra, y los reconciliaba con sus recuerdos, hasta hacerlos sentir en paz.

—Pablo, te he estado observando y hoy no has encendido ni un solo cigarro —le hizo notar Marta.

—Lo sé. Esa mierda se ha acabado. He dejado el paquete que me quedaba en la taberna del pueblo —sonrió, complacido porque su amiga se hubiera dado cuenta—. Creo que ya no lo necesito.

—Me alegro muchísimo. —Marta, sonriente y ante su sorpresa, lo abrazó. Su reacción fue tensa, pero luego se dejó llevar y pensó que esa era la verdadera amistad, estar pendientes unos

de otros, cuidarse desde el respeto y compartir los momentos con un interés recíproco. Y él quería volver a eso. Reconoció para sí mismo que los había descuidado demasiado.

Al llegar a la casa, la quietud los recibió. Todos se despidieron con un beso en la mejilla antes de dirigirse a sus habitaciones, pero Simón se inclinó hacia Lucía antes de que ella se alejara.

—Nos vemos en el porche —le susurró al oído, tan cerca que ella sintió un ligero escalofrío recorriendo su columna.

Lucía asintió con un gesto y, después de asegurarse de que los demás estaban en sus habitaciones, se dirigió al porche. El lugar estaba bañado por la luz plateada de la luna y el suave sonido del viento entre los árboles creaba una melodía tranquila que llenaba la noche. Se apoyó en la barandilla de madera, observando el cielo estrellado con la mente llena de pensamientos y emociones que apenas conseguía ordenar. Simón no tardó en aparecer, caminando deprisa hasta llegar a su lado, y la invitó a dar un paseo cogiéndola de la mano.

La luna brillaba con fuerza sobre los campos de la finca, iluminando el sendero de grava que la pareja observaba. El viento suave arrastraba la fragancia de los olivos y de la tierra cálida, creando una atmósfera envolvente que los hacía sentir como si fueran los únicos en el mundo. Las estrellas, como pequeños faros en la oscuridad, titilaban sobre sus cabezas, y el crujir de la grava bajo sus pies era el único sonido que acompañaba sus pasos. Llegaron a un rincón apartado de la finca, donde un viejo árbol de olivo extendía sus ramas retorcidas hacia el cielo. Allí, en la tranquilidad de la noche, Simón se detuvo y se giró hacia Lucía, observándola con una intensidad que le aceleró el pulso. La luz de la luna hacía que los ojos de Simón brillaran de una manera que ella nunca había visto antes, como si todas las palabras no dichas entre ellos estuvieran concentradas en su mirada.

—Llevo tanto tiempo esperando este momento —susurró, levantando la mano para acariciar la mejilla de Lucía con delicadeza. Los dedos rozaron su piel con delicadeza, como si tuviera miedo de romper la magia del instante.

Ella cerró los ojos, dejando que el calor de su tacto la recorriera. Su piel vibraba bajo sus dedos y el simple roce la llenaba de una sensación de paz y deseo, una mezcla tan intensa que le resultaba abrumadora.

—Yo también —respondió Lucía en voz baja, abriendo los ojos para encontrarse de nuevo con la mirada de Simón—. Durante todo este tiempo, pensé que esto era un sueño que nunca llegaría. Pensé que… te había perdido para siempre.

Él negó con la cabeza, acercándose un poco más, de modo que apenas quedaba espacio entre ellos. El aire entre sus cuerpos se cargaba de electricidad y Lucía podía sentir el calor que irradiaba de él, la atracción magnética que los había unido de una manera que ninguno de los dos había sido capaz de entender por completo hasta que se embarcaron en ese viaje.

—Nunca me perdiste, Lucía —susurró—. Solo necesitaba encontrar el camino de vuelta a ti.

Y antes de que ella llegara a responder, la besó de nuevo. Pero esa vez no fue un beso como los anteriores, en los que apenas se rozaron los labios. Era profundo, lleno de toda la pasión contenida durante años, de sentimientos que ambos habían guardado en secreto, reprimidos por el miedo y por las barreras que ellos mismos habían construido. El beso supuso un desahogo para ambos, la liberación de todo lo que habían callado durante tanto tiempo.

Lucia gimió en la boca de Simón, embargada por un cúmulo de emociones que necesitaba soltar, una a una, y respondió al beso con la misma intensidad, dejando que el deseo, que había guardado durante años, brotara con libertad. Deslizó las manos por su cuello, enredando los dedos en su cabello mientras sus cuerpos se acercaban aún más, buscando el calor del otro.

Sentía cada latido de su corazón bajo sus manos, rápido y fuerte, como si estuviera sincronizado con el suyo.

Simón la sostuvo por la cintura, atrayéndola hacia él con manos firmes y gestos suaves llenos de ternura y deseo. Los labios de ambos se movían con urgencia, pero también con una delicadeza que los hacía conscientes de cada sensación: el sabor de sus besos, el roce de la piel y el calor que emanaba de sus cuerpos.

El aire a su alrededor desprendía esa energía que solo existe en los momentos más íntimos cuando dos personas se permiten ser vulnerables, cuando dejan de lado sus miedos y dudas y se entregan por completo al otro.

—Eres todo lo que he deseado durante toda mi vida —murmuró Simón contra sus labios mientras su mano acariciaba el cuello de ella, descendiendo por su clavícula con una suavidad que le erizaba la piel.

Lucía no lograba sacar las palabras que tenía atrapadas en la garganta. Estaba inmersa por completo en la sensación de tenerlo tan cerca, en la manera en que sus cuerpos se buscaban como si hubieran sido hechos el uno para el otro. Era una conexión que iba más allá del deseo físico; era un encuentro de almas, un reconocimiento profundo de que siempre habían estado destinados a estar juntos.

—Simón… —susurró con la voz quebrada por la emoción—. No quiero que esto termine, que sea algo provocado por la intensidad del viaje y que volvamos a separarnos. Si solo es una especie de ajuste de cuentas, de algo que nos debemos y olvidarnos al regresar a nuestras vidas, prefiero dejarlo aquí.

—No terminará —le prometió él, susurrando contra su piel antes de repartir besos por su cuello—. No dejaré que termine.

Todo a su alrededor parecía haberse detenido. La brisa nocturna, el murmullo lejano del mar, el crujido de las ramas…, todo desapareció, dejando solo la presencia de ellos dos. Simón se inclinó hacia Lucía, acunándola con sus brazos mientras sus labios recorrían su piel, besándola con una ternura que solo alguien que había guardado tanto amor era capaz de mostrar. El deseo entre ellos aumentaba, pero no había prisa, estaban acostumbrados a esperar y ninguno quería estropearlo cediendo a la urgencia que sus cuerpos reclamaban y que arruinaría ese instante mágico. Cada caricia y cada beso les recordaba todo lo que habían deseado sin pedirlo, todo lo que estaban recuperando en ese instante. Lucía se dejó llevar, entregándose por completo al hombre que amaba, con la preciosa sensación de que, por fin, no temía mostrarse como en realidad era. No le debía nada a nadie más que a sí misma.

Simón la sostuvo con firmeza, como si no quisiera soltarla nunca más. El calor de sus cuerpos se fusionaba y Lucía sentía que todo lo que habían vivido hasta ese día había sido necesario para llegar a ese punto, para encontrar esa paz que solo podían hallar el uno en el otro. Quizá necesitaban la madurez que ahora tenían para saber lo que era el amor más profundo y real.

—Te quiero y te he echado de menos —susurró Simón en un tono apenas audible entre los suaves murmullos de la noche.

Lucía sintió que su corazón latía con más fuerza al escuchar esas dos palabras y lo único que deseó hacer fue besarlo de nuevo, esa vez con una mezcla de pasión y ternura que la hizo sentir más viva que nunca.

—Yo también te quiero.

Se quedaron allí, bajo el viejo olivo, abrazados mientras la luna brillaba sobre ellos, rodeados por la quietud de la noche y el susurro del viento. No necesitaban prometer nada más. En ese

instante, todo estaba dicho.

El amor que habían guardado durante tanto tiempo, el amor que había sobrevivido a los años y a las heridas del pasado se había revelado en su forma más pura. Y mientras se abrazaban bajo la luz de las estrellas, Lucía y Simón supieron que habían encontrado el lugar al que siempre habían pertenecido, una especie de hogar al que deseaban regresar y que por fin alcanzaban.

Capítulo 11
El día llegó

Despierta en la cama con la vista en el techo blanco que empezaba a iluminarse con los primeros rayos de sol, y con Marta durmiendo en la cama de al lado, Lucía repasaba las palabras y los besos de la noche anterior. Quería poner en orden sus ideas antes de enfrentarse a lo que Carla les hubiera preparado en su misteriosa caja. ¿Sería emotivo o solo algo para hacerlos reír? Se incorporó lo justo para mover un poco la cortina, procurando no despertar a su amiga, y ver el paisaje desde la cama. La luz, que todavía era fresca, hacía brillar las hojas de los olivos y almendros. El aire que se filtraba por la ventana abierta olía a campo, a romero fresco y a la sal marina que llegaba a la finca desde la costa, llevada por el suave aire de la mañana.

En la cocina, la abuela de Carla ya estaba en plena faena. Se movía con la gracia de alguien que ha pasado toda una vida cocinando, cortando con manos firmes y seguras los ingredientes frescos que había recolectado del jardín. El olor a pan tostado, a café recién hecho y a las ensaimadas, que reposaban en el horno, embriagaba la estancia en una atmósfera que solo podía describirse como un abrazo cálido y reconfortante.

Pablo fue el primero en bajar las escaleras. Aún sin estar espabilado del todo, se detuvo en la puerta de la cocina y sonrió al ver a la anciana tan concentrada en su tarea. Se acercó a ella con una sonrisa tímida, observando cómo cortaba la fruta a trozos como si aún fueran niños.

—Abuela, déjame ayudarte —dijo Pablo, ofreciéndose de buena gana mientras se acercaba a la encimera. Había sido el encargado de preparar el desayuno los días anteriores y la sensación de hacer algo por sus amigos le había traído un inesperado consuelo que lo distraía de las turbulencias internas que estaba viviendo.

Ella lo miró divertida con un brillo en los ojos que reflejaba ternura y cariño.

—¡Ah, muchacho! —dijo con una risa dulce—. ¿Desde cuándo cocinas? No necesito ayuda, pero si te apetece, sigue tú con esto. Siempre es agradable trabajar con un chico guapo al lado.

El joven sonrió y se dispuso a cortar fruta fresca para preparar un gran bol lleno de intensos colores: rodajas de melón, fresas, trozos de sandía y melocotones, todo recién traído del huerto. Marta y Lucía bajaron poco después, todavía con las mejillas rosadas del sueño. Cuando entraron en la cocina, intercambiaron una mirada cómplice al ver a Pablo ayudando a la abuela con tanto entusiasmo.

—Vaya, pero si nuestro recién estrenado chef no descansa ni un solo día —bromeó Marta, apoyándose en el marco de la puerta y cruzando los brazos a la vez que le lanzaba una sonrisa burlona—. No sé si deberías acostumbrarnos a esto, ¿eh? Que luego, en Madrid, te vamos a estar llamando cada mañana para que nos prepares el desayuno.

Lucía, a su lado, asintió con una sonrisa traviesa.

—Eso sí, lo haces tan bien que no sé si queremos dejarte libre, ¿eh? —añadió con un tono juguetón que contrastaba con la calidez de sus palabras.

Pablo se encogió de hombros mientras servía en un plato unas cocas de *trampó* que la abuela había dejado listas para el desayuno. La sonrisa que se dibujaba en su rostro era tímida pero sincera.

—Por vosotras, como si os doy pan duro con tal de no cocinar, ¿eh? Que nos vamos conociendo —bromeó—. ¿Sabéis lo mejor? Que lo hacía por vosotros y ahora me doy cuenta de que me relaja. Después de estos días, he descubierto que a veces uno encuentra paz en las cosas más sencillas y cotidianas. Y, además, creo que ya merezco poner en mi currículum «maestro en desayunos».

Las chicas rieron complacidas por esta nueva versión de su amigo, más alegre que el chico taciturno y quejica con el que empezaron el viaje. Sin duda, pensó Marta, era mejor relajarse cocinando que fumando, y sonrió para sí misma. Pablo necesitaba cortar con Raquel para dejarse ser él y solo él. Y estaba claro que lo estaba consiguiendo.

Simón apareció en la cocina poco después, ajustándose la camiseta mientras se acercaba a la mesa. Sus ojos brillaron con una chispa de diversión al escuchar las bromas.

—¿Me he perdido algo? —preguntó, dirigiéndose a Pablo con una sonrisa y cogiendo una fresa de paso—. Porque me da la impresión de que estoy en un concurso de la tele por ver quién hace el mejor desayuno de la historia. Lo bueno es que el premio es para nosotros.

—No lo dudes, Simón —respondió Marta entre risas—. Aquí, nuestro amigo, que está a un paso de abrir su propio restaurante.

La cocina se llenó de risas tiernas, de bromas y comentarios que fluían con la facilidad de quienes han vivido tanto juntos que las palabras se volvían casi innecesarias. Estrella apareció poco después con cara de sueño y una sonrisa tímida al ver la escena tan familiar. Observó a Pablo desde la distancia mientras ayudaba a la abuela y sus ojos brillaron con un destello que no pasó desapercibido para las chicas.

—¿Te has fijado? —susurró Marta a Lucía, inclinándose hacia ella mientras ambas se servían zumo de naranja—. Estrella no le quita ojo a Pablo. Creo que estos dos se atraen más de lo que van a reconocer si les preguntamos. Se ve a la legua.

Lucía sonrió, saboreando el frescor del zumo en su boca, y asintió.

—Si se gustan, me alegraré. Se lo merece, Marta —respondió con tono cariñoso—. Pablo ha pasado por mucho. Después de todo lo de Raquel, se merece algo bueno. Pero tiene que aclarar las cosas con ella primero. Supongo que lo sabe y aún le pesa. En el fondo es un buen chico.

El desayuno transcurría como una tranquila coreografía de gestos sencillos y entrañables. El mantel de lino, algo arrugado, tenía el tacto suave y gastado que solo los años de uso pueden darle y, sobre él, las migas de pan crujiente se acumulaban aquí y allá, testigos mudos de una comida compartida con afecto. La luz de la mañana entraba a raudales por la ventana abierta, dejando pequeños caminos de sol sobre las manos que, sin darse cuenta, se rozaban con la cercanía de los cuerpos. Fuera, el sonido lejano de los pájaros y el crujir de las ramas acompañaban la reunión, creando un ambiente de paz, como si el aire mismo estuviera impregnado de esa calma que solo se da en los escenarios más acogedores como el que estaban viviendo. Las cocas de *trampó*, crujientes y llenas de sabor a verano, desaparecían con rapidez de los platos mientras las ensaimadas, esponjosas y dulces, eran saboreadas con placer. El café caliente llenaba el aire con su olor reconfortante y las conversaciones fluían de manera natural. Cada bocado les transmitía nuevos recuerdos y emociones. El crujir del pan recién tostado bajo los dientes, embadurnado con miel dorada que goteaba lenta, evocaba las mañanas despreocupadas de la infancia, cuando el tiempo se estiraba y el sol entraba a raudales por las ventanas. El suave tacto de las tazas de cerámica en las manos aportaba una reconfortante sensación de hogar. El murmullo de las conversaciones se entrelazaba con las risas suaves que escapaban de vez en cuando mientras los sabores dulces y salados se mezclaban en la boca,

como un susurro de bienestar que los extasiaba a todos. Cada mirada que se cruzaba, cada sonrisa cómplice, construía un puente entre el pasado y el presente, creando una atmósfera tan íntima y acogedora que parecía que el mundo exterior había dejado de existir.

El paisaje que se extendía más allá de las ventanas era tranquilo y apacible. Los árboles se balanceaban ajenos a todo y el canto de los pájaros era un acompañamiento perfecto para el murmullo de las voces en la cocina. Todo transmitía calma, pero había una ligera tensión en el aire, como si algo importante estuviera por suceder. Sabían que el día traería consigo más que simple desayuno y risas; había una conversación pendiente, una caja que esperaba ser abierta.

Después de recoger la mesa y limpiar la cocina, Simón fue el primero en mencionar lo que todos estaban esperando.

—Abuela, ¿te importaría que viéramos la caja ahora? Creo que todos lo necesitamos —dijo con cariño, pues sabía que a ella también le removería las emociones. Sacó la llave del bolsillo mientras daba tiempo a que decidiera.

La anciana se detuvo, contrariada a pesar de que sabía que ese momento tenía que llegar, mirándolos con ojos brillantes de emoción contenida. Sabía lo importante que era el contenido de esa caja tanto para ellos como para ella.

—Claro, hijos míos —dijo en voz baja, tomándose un instante para secarse los ojos con un pañuelo—. Os llevaré al patio. Creo que es el lugar adecuado para eso. Cariño —le pidió a su nieta—, acompáñalos mientras voy a por la caja de Carla.

El silencio se instaló entre ellos mientras seguían a Estrella al patio trasero. El espacio, rodeado por viejos olivos y cipreses, estaba bañado por la luz suave del sol que apenas alcanzaba su cenit. El canto de los pájaros y el crujir de las hojas bajo sus pies creaban una sinfonía tranquila y reparadora. Allí, en medio de ese rincón de paz, se sentaron junto a una pequeña mesa de piedra. Enseguida llegó la abuela de Carla con la caja entre las manos y los ojos acuosos.

La dejó sobre la mesa y la miró con una mezcla de dolor y ternura.

—Mi niña… Los últimos días que pasó aquí me sorprendió cómo cambió. Llegó tan inquieta, tan asustada…, pero poco a poco se fue serenando. Encontró la paz que necesitaba para aceptar lo que tenía que venir. Cuando se fue, supe que lo hacía en paz, como si hubiera hecho las paces con su vida y con todo lo que la rodeaba. Pensaba mucho en vosotros y en el tiempo que pasasteis aquí, y me imagino que tenía muchas cosas que deciros. Ojalá la enfermedad le hubiera permitido hacerlo en persona —sollozó—. Bueno, ahí está todo.

Las lágrimas comenzaron a caer por las mejillas de la abuela y Lucía, que sentía como el nudo en su pecho crecía, la rodeó con sus brazos. Los demás se unieron en un abrazo colectivo lleno de amor, comprensión y consuelo.

—Carla siempre estará con nosotros —le susurró Marta con los ojos húmedos—. Y gracias a ti, a este lugar..., sentimos que ella sigue aquí.

La anciana agradeció sus palabras con un beso, luego se secó las lágrimas que fluían libremente por sus mejillas y dio un paso atrás para separarse del grupo, indicándoles que debían seguir adelante.

—Este es vuestro momento —les dijo—. Estrella y yo os dejamos aquí. Sabéis dónde estoy si me necesitáis.

Simón se acercó a la caja y, con manos temblorosas y decididas, introdujo la llave en la cerradura. El clic resonó en el aire y el patio se llenó de una expectación conmovedora. Lo que fuera que encontrasen dentro sabían que era parte del legado de Carla, algo que ella había querido dejarles antes de partir.

Se miraron unos a otros con nerviosismo y curiosidad, sin decidir por dónde ni quién empezar. ¿Qué tendría que decirles Carla para animarlos a hacer un viaje retrospectivo que, a la vez, suponía un nuevo comienzo en ellos?

Capítulo 12
El legado de Carla

Un silencio expectante rodeó a los cuatro amigos, sentados alrededor de la mesa en cuyo centro reposaba la caja de Carla, una pequeña hucha con forma de baúl. El patio, bañado por la luz del sol de media mañana, se convirtió en un lugar sagrado, casi detenido en el tiempo, mientras todos ellos se inclinaban hacia adelante, curiosos. Simón fue quien giró la llave y levantó la tapa, y dentro encontraron una serie de sobres con cuidado dispuestos con el nombre de cada uno de ellos escrito a mano con el elegante trazo de Carla. La caja también contenía algunos objetos más pequeños: una pulsera de hilo, una fotografía descolorida de los cinco cuando eran adolescentes riendo bajo el sol en aquella misma finca y la pequeña llave del coche con el que viajaron. Pero lo que más llamó su atención fueron las cartas.

Lucía fue la primera en sacar la suya, sintiendo el temblor en sus manos mientras la sostenía. Los demás la siguieron, cada uno tomando su carta embriagados de emoción, miedo y curiosidad. Durante unos segundos, ninguno se atrevió a abrir su sobre, como si de alguna manera ese simple acto fuera demasiado definitivo, demasiado real.

—¿Listos? —preguntó Marta en voz baja, y el silencio que había caído entre el grupo se disolvió con una sola palabra.

Simón asintió y todos, como si hubieran ensayado durante años, comenzaron a abrir sus sobres al mismo tiempo. El crujir del papel llenó el aire mientras cada uno desplegaba su carta y la caligrafía de su amiga ausente se mostraba ante ellos como un susurro del pasado.

Lucía leyó primero, con el corazón acelerado, mientras los ojos se paseaban sobre las palabras que Carla le había dejado. La letra era firme, aunque más desordenada de lo que recordaba, quizá porque temblaba al escribir, pero la voz que surgía de esas líneas era clara, llena de una mezcla de nostalgia y arrepentimiento. Miró a todos antes de leer en voz alta.

Querida Lucía:

No sé cómo empezar esta carta, porque sé que las palabras no sirven para arreglar lo que rompí. Pero lo intentaré. Fuiste mi mejor amiga, la persona que siempre estaba ahí para mí, y sé que te fallé. Me di cuenta demasiado tarde de lo que hice. Vi cómo te apartabas cuando empecé a salir con Simón, cómo te alejabas sin decir nada, y no supe ver el dolor que te causaba. No me di cuenta de lo mucho que te gustaba hasta que empecé a salir con él. ¿Por qué nunca me lo dijiste? Y después creí que era tarde. Pensé que era lo mejor, pensé que te protegía. Pero la verdad es que tuve miedo. Miedo de que, si te dabas cuenta de que Simón y tú estabais destinados, me quedaría sola. Me equivoqué. Mi egoísmo me llevó a perderos a todos.

Lucía sintió un nudo en la garganta mientras las lágrimas comenzaban a brotar de sus ojos. Recordaba cómo, en aquel entonces, había reprimido sus sentimientos, cómo había guardado silencio por el bien de su amistad con Carla. Pero, ahora, al leer esas palabras, todo su sacrificio adquiría un nuevo sentido.

Espero que puedas perdonarme algún día, Lucía. Quiero que sepas que, aunque no lo mostré, siempre admiré tu fuerza y tu capacidad para amar sin esperar nada a cambio. Tú y Simón sois lo que nunca tuve el valor de ser. Te deseo lo mejor, siempre. Os veía desde lejos sabiendo que os pertenecíais, aunque no quise reconocerlo.

Te quiero muchísimo y siempre me odié por alejarte de mí, o de alejarme de ti. Me odié por no tener la valentía de decirte todo esto en vida. Y ahora, que sé que me queda poco, solo me queda decirte que pienses en ti,

que saques todo ese amor que llevas dentro y se lo des a la mejor persona del mundo. Después de ti, porque no hay nadie tan increíble como tú y estoy orgullosa de haber sido tu amiga.

Hazme un último favor y sé feliz.

Te quiero,

Carla

Lucía apretó la carta contra su pecho, cerrando los ojos mientras las lágrimas caían por sus mejillas. La paz que sentía era agridulce, pero era paz, al fin y al cabo. El perdón que tanto había deseado, aunque nunca lo hubiera dicho en voz alta, estaba allí, en esas líneas. Y aunque el dolor seguía presente, también lo estaba la promesa de un nuevo comienzo.

Simón, a su lado, mantenía su carta con firmeza entre las manos, pero, al ver las lágrimas de Lucía, le acarició el brazo antes de leer la suya en voz alta y compartir lo que le tuviera que decir con todos.

Simón, mi amor:

Si lees esto, significa que he dejado de ser la cobarde que siempre fui contigo. Siento tanto haberte arrastrado a mi propio caos. Fuiste lo mejor que me pasó, pero no supe cómo apreciarlo. Me di cuenta de que, desde el principio, estabas destinado a estar con Lucía, porque os adorabais. Me di cuenta tarde y mi miedo a quedarme sola me hizo aferrarme a ti. Era fácil estar contigo, porque eres un amor, pero nunca fue justo para ti. Sé que fue la peor idea del mundo tratar de dar celos a Pablo saliendo contigo. Solo puedo decir que era demasiado niña, si es que eso es una razón de peso para mi mal comportamiento. Porque no fui consciente de que os hacía daño a todos: a Lucía, a Pablo y a ti. Lo lamento de todo corazón. No me diste motivos para alejarme, pero lo hice. Quiero que sepas que siempre te admiré por tu bondad, por tu capacidad de dar sin esperar nada a cambio. Ahora entiendo que eso era lo que Lucía veía en ti y lo que yo nunca fui capaz de entender del todo. Espero que seas feliz, Simón. Espero que encuentres el amor que siempre debiste tener y que ojalá sea al lado de Lucía.

Te quise (a mi manera) y te quiero.

Carla

Las palabras escritas se suspendieron en el aire mientras Simón las leía con la voz quebrada por la emoción. Cuando terminó, dejó caer la carta sobre su regazo y miró a Lucía con los ojos llenos de lágrimas y sintiendo una gran culpa.

—Ella sabía… —susurró, más para sí mismo que para los demás—. Lo supo todo el tiempo…

Lucía lo miró abatida y colocó una mano sobre la de Simón. La frustración y el arrepentimiento se diluían con cada caricia y solo deseaban perderse el uno en el otro ahora que se habían encontrado a sí mismos. Las palabras de su amiga los reconcilió con sus propias culpas.

Marta leyó la suya con voz trémula mientras las palabras de Carla le recordaban los buenos tiempos, las alegrías, las penas y la complicidad que habían tenido. Pero también sentía el dolor de haber visto cómo se distanciaban, cómo la enfermedad y las malas decisiones habían roto lazos que creían inquebrantables.

Y luego estaba Pablo. Al principio, sus manos temblaron mientras abría su carta, pero, al leerla, sintió como el nudo en su estómago comenzaba a aflojarse. La letra de Carla era diferente en su carta, más firme, más directa, como si hubiera querido que él supiera cuánto lamentaba no haber visto lo que realmente había pasado entre ellos.

Mi muy amado Pablo:

Nunca te lo dije, pero siempre supe lo que sentías por mí. Siempre te vi, aunque me diera miedo mirarte a los ojos. No sabes cuántas veces pensé en dar el paso, en confesarte lo que yo también sentía. Pero me asustaba la intensidad de tu amor, me asustaba la posibilidad de que me rompieras en mil pedazos. Y, al final, fui yo quien

me rompí. Siento haber jugado con tus sentimientos. Fue cruel, lo sé. Me di cuenta demasiado tarde de que tú eras el amor sincero que nunca supe aceptar. Pero te pido, desde donde estoy, que no dejes de amar con esa misma fuerza, porque es lo que te hace especial. Aunque creo que no soy —o no fui— la persona que te hubiera hecho feliz, y eso también me hacía distanciarme de ti. Sé que suena tonto, y me di cuenta tarde, pero me alejé porque te amaba. No quería hacerte daño. Y, aun así, te lo hice. Perdóname por haberte apartado y, por favor, sé feliz. Te mereces todo lo bueno que te pase y más.

Te quiero. Nunca dejé de hacerlo.

Carla

Las palabras cayeron como un peso sobre el corazón de Pablo. Sintió un torrente de emociones atravesarlo: rabia, tristeza, pero también una extraña sensación de liberación. Como si, de algún modo, la confesión de Carla hubiera cerrado una herida que llevaba demasiado tiempo abierta.

—Siempre supo lo que sentíamos… —murmuró Pablo, mirando a sus amigos con una sensación de incredulidad y de alivio al mismo tiempo—. Siempre supo lo que nos hacía falta decir y nunca nos dijimos.

Marta, Lucía y Simón se acercaron a él, rodeándolo en un cálido abrazo. Fueron conscientes de que esas cartas, aunque dolorosas, eran un regalo para todos ellos. Un regalo de despedida, pero también de reconciliación. Porque, a pesar de todo, Carla había intentado enmendar sus errores. Y en ese pequeño rincón del mundo, en ese patio bañado por la luz ámbar del sol, todos sintieron que entre ellos había surgido una paz que no sabían que necesitaban tanto.

Mientras el viento susurraba entre los árboles y el calor de la mañana hacía más pesado el ambiente, se quedaron allí, con un sosiego que los ayudaba a calmar sus corazones y encajar cada pieza de su propio puzle. No necesitaban palabras, solo el confort de estar juntos, de saber que, a pesar de todo, habían encontrado el perdón y la esperanza de que siempre se puede volver a empezar. De que la vida te ofrece oportunidades que solo la muerte, como en el caso de Carla, tiene el poder de truncar. O la indecisión y los miedos que impidieron a Simón y Lucía ser honestos con ellos mismos una vez cuando formaban parte de la pandilla de los invencibles, pero que por separado se dejaron derrotar. No era tarde para que la llama de la ilusión que volvía a encenderse en ellos se convirtiera en una hoguera de realidad.

El viento seguía susurrando entre los olivos mientras los cuatro amigos permanecían unidos en el centro del patio. El abrazo no solo era un gesto físico, sino una manera íntima de unir sus corazones después de tantas heridas y secretos. Poco a poco, se fueron separando y el aire alrededor de ellos se volvió más liviano, gracias a que, al leer esas cartas, se liberaron años de emociones reprimidas.

Marta fue la primera en hablar con voz calmada y llena de gratitud.

—Carla quería que estuviéramos aquí, juntos. Es como si nos hubiera traído de vuelta para cerrar este círculo… y para darnos la oportunidad de empezar algo nuevo.

Lucía la miró con las lágrimas tibias recorriendo su rostro. Sintió una calidez dentro de ella y como si un nudo que llevaba demasiado tiempo en su pecho por fin hubiera desaparecido.

—Sí —murmuró con una pequeña sonrisa que se fue ensanchando—. Nos ha devuelto algo que pensábamos que habíamos perdido. Y ahora, por fin, podemos seguir adelante.

Simón tomó la mano de Lucía, sus dedos, entrelazados como un ancla en medio de ese mar de emociones. La miró con una expresión serena, más tranquilo de lo que se había sentido en años.

—Carla siempre tuvo un espíritu fuerte, incluso en sus épocas más oscuras. Y ahora entiendo que con este último deseo nos estaba ayudando a reencontrarnos. Nos dio el regalo de la verdad y

el perdón. Es un nuevo comienzo, sin duda.

Lucía apretó la mano de Simón y al instante notó un calor reconfortante. Su corazón, que había soportado el peso de la culpa durante tanto tiempo, ahora lo sentía más ligero, como si al fin hubiera encontrado un lugar seguro donde descansar. Sentía una conexión más profunda con él, una que había sido demasiado tiempo postergada, pero que ahora se asentaba con fuerza en el presente.

Pablo, por su parte, dejó escapar un suspiro profundo que lo liberó de todas las emociones que había contenido durante tanto tiempo. Miró a sus amigos con una sonrisa cálida y amable, mucho más relajada, que llevaba demasiado tiempo sin mostrar.

—No sé cómo describirlo —dijo—, pero siento que por fin todo empieza a encajar en su lugar. Como si, después de tanto tiempo luchando contra todo, ya tuviera permiso para dejar de hacerlo. Carla…, ella sabía lo que hacía. Y aunque nunca dejaré de sentir tristeza por su ausencia, ahora sé que es posible seguir adelante. Siento que me he comprometido con mujeres que me hacían daño, como si mereciera un castigo. ¿No os da la sensación de que con Amanda, Raquel…, no he sido yo mismo nunca? He tenido relaciones con mujeres que me han hecho la vida imposible y ya se acabó. Gracias, Carla —añadió, mirando al cielo—, por ayudarme a abrir los ojos.

Marta, siempre la más alegre del grupo, sonrió, aunque sus ojos seguían húmedos por las lágrimas.

—Lo que Carla nos ha dado es un nuevo camino, una forma de seguir amándonos a pesar de todo. Creo que eso es lo que nos quiso dejar. Su legado. El recordatorio de que, al final del día, lo más importante es esto —dijo, señalando a los tres—. Estar juntos, apoyarnos y no dejar que los errores nos definan.

El sol, que ya estaba en su punto más alto y anunciaba el mediodía, convirtió el cielo en una paleta de colores radiantes y claros, como si la naturaleza misma estuviera respondiendo al sentimiento de paz que llenaba el patio. El cielo despejado, de un azul intenso, era el reflejo de la claridad que nacía en sus corazones. La luz llegaba tenue gracias a los árboles y creaba sombras que resbalaban sobre las paredes de piedra de la casa. El suave susurro del viento entre las hojas entonaba una canción tranquila con la música de la brisa pasajera.

Pablo miró a Estrella, que se acercó con cautela para preguntar si necesitaban algo, y Marta, con una sonrisa cómplice, se inclinó hacia Lucía y murmuró en su oído:

—¿Te acuerdas lo que hablamos antes? Cada vez tengo más claro que Pablo tiene un nuevo horizonte, y se llama Estrella.

Lucía sonrió con ternura. Aunque sus ojos aún brillaban por las lágrimas recientes, una chispa de optimismo volvió a encenderse en su interior.

—Sí, pienso lo mismo. Estrella parece tan encantada como él. Creo que harían buena pareja, pero hay que dejarlos. Que el tiempo allane el camino. Después de todo lo que ha pasado, Pablo se merece algo bueno.

Simón, que las escuchaba con una sonrisa, añadió:

—Debería dejar claro lo de Raquel primero y estar seguro de que es posible ser feliz sin una mujer dominante a su lado, pero creo que Estrella es como una luz para él…, como su nombre.

Mientras observaban cómo los aludidos se acercaban el uno al otro, charlando amigablemente, todos sintieron que algo se cerraba para dar paso a una nueva etapa. La tristeza seguía allí, claro, porque la ausencia de Carla era real y dolorosa, pero junto a esa tristeza había una sensación de aceptación, de liberación. De que lo peor había quedado atrás.

La abuela, que había estado observando la escena desde la distancia, se acercó con un carrito lleno de comida que había estado preparando durante la mañana. Su rostro, marcado por los años, aún conservaba una serenidad llena de sabiduría.

—Este lugar —les dijo con cariño, una vez que habían comido— siempre fue un refugio para todos. Carla lo sabía. Y aunque ya no está con nosotros físicamente, ella sigue aquí, en cada rincón, en cada rayo de sol, en cada brizna de aire que pasa entre los olivos. Os veo a vosotros, sus amigos de toda la vida, y me siento en paz sabiendo que habéis encontrado la manera de seguir adelante juntos. Ese es el verdadero legado de Carla. El amor que os tenéis y el que ella os tenía. No dejéis que una amistad tan bonita se quiebre.

Simón, Lucía, Marta y Pablo se quedaron en silencio, asimilando las palabras de la abuela. Había una verdad poderosa en lo que decía. Carla había partido, pero les había dejado el regalo más importante: la posibilidad de cerrar heridas, de reconciliarse con su pasado y abrazar el futuro. Juntos.

La tarde se les había echado encima y Pablo se ofreció a sacar algo de merienda; se sentía bien en su nuevo papel. El grupo se sentó en las sillas de mimbre bajo la sombra de los olivos, disfrutando de té y galletas, sintiendo como la calidez del lugar les devolvía el sentido de hogar. El buen humor comenzó a llenar el aire de nuevo, al principio de forma tímida, pero pronto fluyó con naturalidad. Había bromas sobre el desayuno que Pablo había preparado en los días anteriores y sobre la manera en que se había convertido en el «chef residente» de la casa. Incluso Estrella, que hasta entonces había sido más tímida, se unió a las risas con una mirada brillante que no escapó a la atención de Marta y Lucía, corroborando lo que ya habían comentado.

El viento soplaba con suavidad, trayendo consigo toques de la lavanda y el romero del jardín, mezclado con el dulzor del té recién hecho. Todos sentían la presencia de Carla entre ellos, pero no como una sombra, sino como una luz que los guiaba hacia un nuevo comienzo. Las heridas no desaparecerían del todo, pero ya estaban sanando. Y ahora, bajo ese cielo mallorquín teñido de tonos cálidos, todos sabían que el futuro era suyo para escribirlo, juntos.

Mientras el día se deslizaba con lentitud hacia el crepúsculo, cada uno de ellos se sintió más ligero, más completo y renovado. El sol se escondía detrás de las montañas, pero la luz que dejaba en el cielo era solo el preludio de nuevas posibilidades que la vida les brindaba.

Carla les había dejado más que recuerdos. Les había devuelto la esperanza.

Capítulo 13
El último adiós y un nuevo comienzo

Lo decidieron esa misma tarde y esperaron al día siguiente, cuando el sol empezara a bajar y arrojara una luz cálida y tenue sobre el jardín, donde el viejo olivo se erguía como un guardián silencioso del tiempo y los recuerdos. El suave susurro de las hojas agitadas por el viento parecía un murmullo de consuelo mientras los cuatro amigos, junto a la abuela y a Estrella, se reunieron para darle un último adiós a Carla. Cada rincón del jardín estaba impregnado de su espíritu, de sus risas, de los días que habían exprimido juntos cuando la juventud les hizo creer que la vida era más sencilla.

La decisión que tomaron de forma unánime fue realizar una ceremonia íntima y simbólica en su honor como despedida. Se colocaron en círculo, en cuyo centro pusieron la caja de madera que contenía sus cartas, una vieja fotografía de los cinco amigos y algunos objetos que les recordaban a ella. Simón, con una seriedad solemne, fue quien se encargó de colocar la caja en el hoyo que habían cavado entre todos junto al olivo.

El aire estaba cargado de emociones contenidas, pero también de una extraña paz, como si el mismo jardín supiera que ese acto era necesario para cerrar el ciclo. El suelo bajo sus pies, cubierto de hierba fresca, crujía de forma suave mientras los cuatro amigos daban el último adiós a su amiga simbolizado en esa caja. El silencio que los rodeaba no era incómodo; al contrario, tenía una cualidad mística, casi sagrada, y hasta el jardín parecía que contuviera la respiración en respeto al acto que llevaban a cabo.

Lucía fue la primera en tomar la palabra. Se adelantó con pasos lentos y, después de unos segundos mirando hacia el cielo, comenzó a hablar.

—Carla, siempre quisiste ser libre… —empezó con voz quebrada—. Este lugar era tu refugio, tu rincón de paz. Saber que te quedas aquí, en tu sitio favorito, me da consuelo. Y verte reflejada en todos nosotros, en nuestras risas, en nuestra amistad…, eso me llena de esperanza. Me enseñaste a creer en la fuerza de la amistad y te aseguro que, aunque no estés aquí físicamente, sigues con nosotros, más cerca de lo que creemos. Tienes mi perdón, puedes estar tranquila, y te aseguro que dejaré de esconderme y aprovecharé la nueva oportunidad que me da la vida. Gracias a ti he decidido que quiero vivir con más pasión, con más verdad.

Lucía miró a Simón con lágrimas brillando como pequeños diamantes en sus mejillas mientras hablaba. A pesar del dolor de la despedida, había algo reconfortante en saber que una parte de Carla siempre estaría con ellos, en cada rayo de sol que cruzaba el jardín y que iluminaba las hojas del olivo.

Simón le pasó el brazo alrededor de los hombros, dándole un cobijo y un consuelo que a ella le supo a hogar.

Marta se adelantó después con los ojos vidriosos acompañados de una sonrisa serena. Sostenía una concha pequeña que depositó en el hoyo.

—Siempre serás parte de nosotros, Carla —dijo con un leve temblor en la voz—. Nos diste tanto… Risas, aventuras, hasta alguna que otra pelea, pero, sobre todo, nos enseñaste lo que es la amistad de verdad, sí, a pesar de habernos puesto a prueba. Te añoramos y te llevamos con

nosotros, siempre.

Los chicos intercambiaron una mirada. Sabían que sus palabras también serían importantes. Simón, soltando a Lucía, fue el primero en hablar.

—Carla, nos enseñaste que el amor sincero no tiene por qué ser perfecto. Cometemos errores, nos lastimamos, pero lo importante es lo que queda al final. Y lo que ha quedado tras tu partida es esta sensación de que la amistad verdadera es lo único que ahora nos sostiene. Y aunque no estés aquí para verlo, siempre serás una parte de nosotros, de esta familia que no es de sangre, pero que ha creado unos lazos que no volveremos a romper.

Pablo, conmovido por las palabras de su amigo, se adelantó para colocar una carta dentro del hoyo, una carta que nunca tuvo ocasión de darle a Carla en vida.

—Nunca fui bueno con las palabras —comenzó con la voz ronca por la emoción contenida—, pero sé que…, al hacernos venir aquí, aunque yo me negaba a hacer este viaje, querías que encontráramos la paz y que conociéramos tu verdad. Querías que viviéramos nuestras vidas con plenitud, sin mirar atrás con arrepentimiento ni culpa. Y eso es lo que pienso hacer. Vivir, porque eso es lo que me estás pidiendo desde donde estés, y sé que llevas razón. Gracias, porque este viaje me ha dado más de lo que pensé y gracias por abrirme los ojos. Te llevo en mi corazón.

El aire estaba impregnado de aromas familiares: el romero y la lavanda, la tierra húmeda y el suave perfume de las flores silvestres que la abuela había recogido esa mañana. Todo volvía a estar en calma, como si el tiempo se hubiera ralentizado para permitirles despedirse como deseaban.

El tintineo de la pequeña campanilla que habían colgado en el olivo era el único sonido que contrastaba con la serenidad del momento. Lo interpretaron como si fuera la respuesta de Carla, que les hablaba a través de ese repiqueteo provocado por el aire y que resonaba en sus corazones como un último adiós, o tal vez como un recordatorio de que siempre estaría con ellos.

—Que este sonido nos recuerde que nunca estamos solos —dijo la abuela con una sonrisa triste y llena de esperanza—. Porque mientras tengáis esta amistad, siempre habrá luz en vuestro camino.

El viento sopló con suavidad moviendo las hojas del olivo y, por un instante, todos sintieron la presencia de su amiga con una intensidad casi real. No era un adiós definitivo, sino una especie de paz que quedaba entre ellos, conscientes de que cada uno llevaba un pedacito de Carla en su corazón.

Cuando la ceremonia terminó, se dirigieron al emparrado de la finca, donde la abuela había dispuesto una mesa rectangular de madera rústica, adornada con un mantel de cuadros rojos y blancos y flores silvestres. La cena estaba lista: arroz *brut*, una ensalada fresca de hinojo y naranja, y otra de tomate de la finca, pan crujiente con aceite de oliva y sal y restos de los platos tradicionales del día anterior, que llenaban el aire con olores cálidos y acogedores.

Lucía suspiró al sentarse mientras observaba a sus amigos. Todo en ese momento era perfecto: la luz suave del sol, el sonido lejano del mar, las risas que empezaban a llenar el aire y la calidez del entorno. Cada detalle, desde el mantel hasta las flores, contribuía a esa atmósfera de calma y gratitud. Era un atardecer mágico, cálido, pero aún soportable. El sol de la tarde se filtraba a través de las hojas del emparrado, proyectando sombras irregulares sobre la mesa. La brisa suave que provenía del campo jugaba con los extremos del mantel, levantándolo apenas, como si quisiera ser parte de la conversación que fluía entre los amigos. Había una paz renovada en el aire, interrumpida solo por el canto de los pájaros y el sonido de las copas tintineando.

Sentada junto a Simón, sentía el cálido roce del viento sobre la piel desnuda de sus brazos y la

fragancia que emanaba de él. Cerró los ojos, relajada, para permitir que las sensaciones le dieran sensación de plenitud. Había algo mágico en lo que estaba viviendo, una conexión íntima con la naturaleza que se enredaba con las emociones de todos ellos, creando una atmósfera de calma.

Mientras comían, Simón no dejaba de mirar a Lucía. Había algo reconfortante en la forma en que ella sonreía, en la manera en que sus dedos rozaban los suyos bajo la mesa de vez en cuando, en ese vínculo secreto que se iba forjando con cada gesto que se dedicaban. Se daba cuenta de que, después de tanto tiempo de espera, por fin estaba donde siempre deseó.

A lo lejos, se escuchaba el crujir de la grava bajo las patas del perro de la finca, que recorría la mesa en busca de algún bocado caído. Marta lo observaba con una sonrisa, pensando en cómo esos pequeños detalles podían ser tan reconfortantes. Guardaría la imagen de esa comida en su mente como un recordatorio de lo sencillo y lo puro, de lo esencial. Sus pies descalzos tocaban la tierra fresca y una sensación de arraigo le llenaba el pecho mientras tomaba un sorbo de vino.

Pablo, por su parte, sentía el leve hormigueo en la piel al ver a Estrella sentada frente a él. Las risas de ella eran como un bálsamo que apaciguaba el dolor con el que había vivido durante los últimos meses y sentía que esa sensación de vacío que lo acompañaba desde la adolescencia empezaba a disiparse. Cada vez que sus miradas se cruzaban, una chispa de curiosidad y posibilidades encendía algo en su interior. El roce involuntario de sus manos sobre la mesa le provocaba un cosquilleo maravilloso y una sensación que no quería dejar escapar. Se preguntaba si ella lo sentía también, si el viento les susurraba a ambos el mismo mensaje de esperanza.

El calor del *tumbét* llenaba el aire con su olor a pimientos asados, mezclado con el olor a pan recién horneado y aceitunas negras. El aceite de oliva resplandecía en la luz dorada de la tarde y cada bocado era como una caricia en el alma. Simón observó cómo Lucía cortaba un trozo de pan y lo mojaba en el aceite con movimientos delicados y sugerentes. Le gustaba ese gesto sencillo, cómo ella disfrutaba de las pequeñas cosas. Sintió un nudo en el estómago, pero no era de nerviosismo; era una sensación de gratitud, de estar complacido con lo que la vida le daba.

Por el suelo, las hormigas continuaban su desfile ordenado alrededor de los pies de la mesa mientras la luz cambiaba de tono, volviéndose más suave y anaranjada. Estrella observaba el movimiento en el aire, consciente de cómo las hojas del emparrado bailaban al ritmo del viento. Sintió un escalofrío agradable recorrerle la espalda y, cuando levantó la vista, sus ojos se encontraron con los de Pablo y sus miradas se enlazaron. Le devolvió una sonrisa tímida, que escondía también una promesa sin palabras de un futuro que comenzaba ese día. De pequeña le había llamado la atención el desparpajo de Pablo, aunque a ella, como niña, no le hiciera ni caso. Y ahora estaba ahí, frente a él, resistiéndose a una atracción que sabía que no deseaba evitar.

El aire se llenaba de pequeños murmullos, conversaciones cálidas y entrañables que se entrelazaban con el susurro del viento y el sonido distante del mar, apenas perceptible en el horizonte. Sentían la presencia de Carla como una luz que los guiaba. Su espíritu estaba allí, en cada sonrisa, en cada roce de manos, en el aroma de las plantas y el sonido de las risas. El mantel ondeaba con ligereza, como si quisiera despedirse también mientras la tarde daba paso a la noche. Simón, que había permanecido callado durante un rato, miró a Lucía con ternura. El calor de su mano entrelazada con la de ella lo hacía sentir completo. Sus ojos se iluminaron al sentir que empezaba todo empezaba a encajar. Había paz, había amor y, sobre todo, había esperanza.

Estrella, sentada al lado de Pablo, dejaba que el viento alborotara su cabello mientras sus pies jugaban discretamente con los de él bajo la mesa. Las miradas que se cruzaban eran suficientes para hacerla sentir segura, como si estuviera justo donde debía estar. Sonrió para sí misma, sabiendo que ese verano le traería más sorpresas de las que había imaginado.

Cuando la abuela se levantó para servirles un último brindis, todos alzaron sus copas una vez más. El cristal brillaba a la luz de las velas que habían encendido para mantener la calidez en la mesa. Y mientras saboreaban el vino mallorquín, todos sabían que la vida les había dado una nueva oportunidad.

—Brindemos por el amor sincero —dijo Lucía, levantando su copa—. Por la amistad que nos une a pesar de todo. Y por los recuerdos que siempre llevaré en mi corazón.

El tintineo de las copas resonó en el aire, seguido por risas suaves y palabras llenas de cariño. Marta, aprovechando el momento, sacó su teléfono y decidió hacer una videollamada a Berto y a su hijo Sergio, que ya había vuelto del campamento. La imagen del niño apareció en la pantalla, iluminando el rostro de Marta con una alegría desbordante. Deseaba volver a abrazarlos más que nada en el mundo.

—¡Mira, Sergio! —dijo Marta mientras giraba el móvil para mostrar la mesa—. ¡Aquí estamos, comiendo al aire libre! Pronto estaré contigo, pero quería que vieras este lugar tan precioso. ¿Ves esas flores? Las ha recogido la abuela esta mañana.

El niño, al otro lado de la pantalla, sonreía con inocencia y curiosidad. Las carcajadas de Marta llenaron el aire cuando su hijo, con la espontaneidad de los niños, le contó alguna travesura reciente y situaciones divertidas del campamento. Aquella conexión entre madre e hijo, aunque a distancia, hizo que el ambiente se sintiera todavía más hogareño y cálido.

Pablo, desde el otro extremo de la mesa, observaba a Estrella mientras hablaba con la abuela sobre el verano que recién comenzaba. Aunque no había mucho que decir en ese instante, la tranquilidad que sentía al estar junto a ella le daba una sensación de esperanza y paz, una que hacía mucho tiempo que no experimentaba.

Desde lejos llegaba una música que Pablo empezó a tararear. Se levantó y cogió a la abuela de la mano para bailar con ella. Elevó un brazo y el otro lo apoyó en su cintura dando vueltas y pasos algo erráticos que hacían que la mujer riera a carcajadas.

—¡Así se baila! —gritaba Marta, animando a los demás a unirse mientras daba palmas.

—Así es como se celebra la vida —dijo la abuela, sonriente—. Bailando, comiendo bien y rodeado de quienes te quieren. Eso es todo lo que necesitamos.

Simón tomó a Lucía de la mano y se acercó a la pareja que bailaba, donde comenzaron a moverse al ritmo de la música suave que flotaba en el aire. Sus cuerpos se acercaban y se alejaban en una danza tranquila con las risas de sus amigos como telón de fondo. Había algo casi mágico en ese baile juntos, algo que los hacía sentir invencibles de nuevo, como si el mundo fuera un lugar lleno de amor y posibilidades.

Pablo, tras terminar de bailar con la abuela, se acercó a Estrella con una sonrisa traviesa.

—¿Te apetece un baile? —le preguntó.

Ella se ruborizó, pero asintió con una sonrisa. Mientras bailaban, las estrellas comenzaban a aparecer en el cielo y el aire fresco de la noche traía consigo la promesa de un futuro lleno de nuevas aventuras. Cuando la canción terminó, todos se sentaron de nuevo alrededor de la mesa, exhaustos pero felices, con el cielo estrellado sobre sus cabezas y el suave canto de los grillos llenando el aire.

—Estoy feliz de teneros a todos aquí. Volved cuando queráis, mis niños, solos o con vuestras familias —dijo la abuela, mirando, sobre todo, a Marta—. Sabéis que esta casa es vuestra. Sobre todo, ahora que empieza el verano, aquí tendréis siempre una habitación para vosotros.

—Me encantaría volver —dijo Marta con una sonrisa agradecida—, pero ya tengo las vacaciones planificadas con Sergio y Berto. Tal vez consiga escaparme unos días más adelante

con ellos. Me encantaría que conocieran la isla.

Lucía asintió, explicando que su trabajo en Madrid la mantendría ocupada, aunque prometió que regresaría en cuanto tuviera un respiro. Simón, por su parte, dijo que intentaría coordinar sus vacaciones con las de Lucía, y ella le sonrió agradecida.

Pablo, en cambio, se quedó pensativo.

—Vaya, ahora que lo comentáis me doy cuenta de que yo me he quedado sin planes. Iba a viajar con… —miró de reojo a Estrella y carraspeó—, con Raquel, pero dadas las circunstancias, ya no iré a ningún sitio. Y menos con ella —añadió en voz más baja.

—Entonces, genial, Pablo —intervino la abuela con una sonrisa astuta—, ya que no tienes nada planeado, deberías volver. Mi nieta y yo estaremos encantadas de que vengas a pasar unos días con nosotras. El resto de la familia no tiene intención de venir este año, demasiados contratiempos, ¿verdad, Estrella? Además, nunca viene mal un buen pinche en la cocina —bromeó.

Todos rieron excepto Pablo. Él volvió la mirada hacia la chica, que se había sonrojado de nuevo, pero que le devolvía la mirada con una tímida sonrisa mientras asentía a lo que había dicho su abuela.

—No diré que no —dijo Pablo con algo de socarronería, sin dejar de mirarla—. Creo que es imposible resistirse a una invitación como esta. Tengo que aprender más recetas para mis desayunos especiales.

Todos rieron y bromearon sobre las palabras de su amigo.

El sol lucía radiante mientras terminaban la cena y se quedaban de sobremesa, disfrutando del buen ambiente que habían creado entre ellos, de las risas ocasionales y del café recién hecho que traía Estrella. Cada uno, inmerso en sus propios pensamientos, sabía que ese era uno de esos momentos que recordarían para siempre.

Siguieron charlando y haciendo planes de futuro, contando anécdotas de la adolescencia para que ningún recuerdo de Carla se quedara en el fondo de la memoria.

La noche refrescaba sus rostros y la música suave del viento acariciaba sus cuerpos. En ese instante, sentían que todo era posible, que el amor y la amistad eran los únicos ingredientes necesarios para construir un futuro lleno de luz.

Simón apretó la mano de Lucía bajo la mesa y ella, con los ojos cerrados, disfrutó del calor reconfortante de ese simple gesto. Pablo, por su parte, miró a Estrella con una sonrisa que prometía momentos por vivir mientras Marta y la abuela se abrazaban con la calidez de quienes saben que el amor verdadero nunca desaparece.

Cuando se hizo tarde, se retiraron a descansar, pero no sin antes disfrutar de un último paseo bajo el cielo estrellado. Al día siguiente, muy temprano, se levantaron con la emoción en sus corazones. Aún tenían que llegar hasta el aeropuerto y dejar el coche de alquiler. La abuela había preparado bolsas con desayuno y café para llevar en el coche y, mientras ellos se preparaban para marcharse, Estrella salió para despedirse.

Pablo y ella intercambiaron sus números de teléfono, prometiéndose seguir en contacto mientras las luces del amanecer comenzaban a bañar el horizonte. Fue una despedida tranquila entre corazones plenos y cómplices.

La abuela los abrazó una última vez con lágrimas en los ojos por la ausencia de Carla y la alegría de haber sido partícipe de tanto amor.

—No olvidéis volver. Esta siempre será vuestra casa.

El coche se deslizó lento por el camino de grava, alejándose de la casa que ahora quedaba

envuelta en la luz suave del amanecer. El paisaje se desdibujaba tras las ventanillas, pero la sensación de paz se aferró a sus corazones como una suave caricia. Era un viaje hacia adelante, pero también hacia dentro, hacia los recuerdos que habían enterrado bajo aquel viejo olivo y las promesas que habían hecho entre ellos. El rugido del motor era el eco de algo nuevo, como si el destino los llamara con suavidad, recordándoles que, aunque la vida cambiara, siempre habría un lugar donde regresar. Porque, al final, el destino del viaje no era solo hacia nuevos horizontes, sino hacia sí mismos, hacia la certeza de que, con cada kilómetro, se llevaban algo más que recuerdos: se llevaban el amor, la amistad y la esperanza de un mañana lleno de oportunidades que ninguno quería dejar escapar.

Epílogo
El retorno

Un año después.

El sol de la tarde caía sobre la finca de la abuela de Carla, lo que llenaba el paisaje de tonos cálidos, como si el verano hubiera decidido bendecir la boda de Pablo y Estrella con su luz más hermosa. La finca estaba decorada con sencillez y la elegancia que hacía que cada rincón pareciera haber sido tocado por la magia de los pequeños detalles. Flores silvestres recogidas esa mañana adornaban las mesas bajo el emparrado, mientras que la suave brisa del Mediterráneo mecía los manteles blancos y los lazos de las sillas, creando un movimiento casi hipnótico que acogía a los invitados en una atmósfera acogedora y llena de calma.

El sonido de las risas y las conversaciones llenaba el aire, mezclándose con la música suave que venía de un cuarteto de cuerda que tocaba junto a un rincón de la finca.

Todo estaba dispuesto de manera perfecta con la seguridad de que cada detalle había sido elegido con especial cuidado para que la felicidad reinara ese día. Sergio, el hijo de Marta y Berto, corría entre las mesas, huyendo de una sobrina de Pablo, una niña pequeña que lo seguía por todas partes, imitándolo.

En el centro de todo, Estrella brillaba como nunca antes. Vestía un vestido de lino blanco, elegante y sencillo, que caía con suavidad hasta sus pies y marcaba sus preciosas curvas. Las flores en su cabello desprendían el aroma fresco de los campos que la rodeaban y sus ojos, tan llenos de luz, buscaban los de Pablo con cariño. El amor que se habían profesado durante el último año había crecido lento y fuerte, de forma tranquila e intensa, con una complicidad que los llevó a querer sellar su unión en la isla que los reencontró. No dejaron de hablar ni un solo día mientras estuvieron separados y cuando Pablo volvió a la finca en agosto para pasar las vacaciones, supieron que ya no se iban a separar más.

El novio, sentado junto a ella, estaba radiante. Vestido con un pantalón blanco y una camisa de lino azul clara, que contrastaba con el entorno, no dejaba de sonreír ni un segundo. Su mano se mantenía unida a la de Estrella con la emoción de iniciar un camino juntos. En sus ojos se reflejaba el brillo de una nueva vida, llena de promesas y de la paz que tanto había añorado y para la que nunca se había dado una oportunidad.

Lucía y Simón estaban sentados a una mesa cercana, mirándolos con sonrisas cómplices. Ella llevaba un vestido vaporoso de color lavanda que dejaba ver la curva suave de su vientre, que acariciaba distraídamente. Simón, siempre atento, le ofreció su brazo para que se apoyara cuando se levantaron para unirse al brindis. Ella le susurró con una sonrisa en los labios: «¿Quieres que la llamemos Carla?». Simón la miró con ternura, apretando su mano con una mezcla de emoción y amor profundo.

—Nuestra pequeña Carla ya está recibiendo todo este amor —dijo, besando la mejilla de Lucía mientras ambos observaban el brillo en los ojos de sus amigos. Sentían que cada paso en su camino los había llevado hasta allí y, aunque el pasado había sido duro, ahora todo cobraba sentido.

La ceremonia se llevó a cabo bajo el gran olivo que había sido testigo de tantas anécdotas de sus vidas. Allí, en las ramas más bajas del árbol, como una conexión entre la tierra y el cielo, habían colgado la campanilla de Carla, que tintineaba con delicadeza al ritmo del viento. El sol brillaba sobre las hojas, creando sombras danzantes en el suelo, mientras los amigos se acercaban al árbol en silencio. Lucía, Simón, Marta y Pablo se miraron un segundo antes de inclinarse para dejar una pequeña flor blanca junto al olivo, un gesto sencillo cargado de significado.

—Siempre estará con nosotros —susurró Marta con los ojos brillantes de emoción.

Simón asintió, mirando a su alrededor. Aquel lugar, aquel árbol, era más que un símbolo. Era el corazón de todo lo que habían vivido y compartido. Y aunque Carla ya no estaba con ellos, sentían su presencia en cada rincón de la finca.

Después de la ceremonia, todos se trasladaron al emparrado, donde una larga mesa de madera esperaba a los invitados. El mantel de lino blanco ondeaba gracias al viento, que soplaba suave, y sobre la mesa se disponían platos de cerámica hechos a mano llenos de colores y sabores que celebraban la tradición mallorquina. Ensaladas frescas, pescado al horno con hierbas aromáticas y la famosa lechona asada, un plato típico que la abuela había supervisado personalmente. Cada bocado era una explosión de sabor, una mezcla de lo rústico y lo sofisticado, como si la comida también contara una historia de amor y amistad.

Los amigos disfrutaban del festín, unos conversando y otros, como Sergio, corriendo de un lado a otro, admirando las flores, el olivo y, por supuesto, el pastel de bodas que tenía tantas ganas de probar. Las risas resonaban por todo el jardín y la música, que se había transformado en algo más animado al caer la tarde, invitaba a todos a levantarse de sus asientos.

Bajo las estrellas que comenzaban a aparecer poco a poco en el cielo, Pablo tomó la mano de su mujer y la guio al centro del emparrado para su primer baile. La miró con una intensidad que hablaba de todo lo que había sentido durante el último año. Estrella sonrió, sintiendo como su corazón latía al ritmo de la música suave que llenaba el aire. Bailaron despacio, ajenos a todo lo que ocurría a su alrededor, como si solo existieran ellos dos y el amor que habían construido juntos.

Simón observó la escena con una sonrisa en los labios y luego, tomando a Lucía de la mano, la llevó hacia el centro también. Bailaron junto a sus amigos con la música llenando de alegría el ambiente mientras sus corazones latían al unísono. Acarició con cariño la espalda de Lucía y ella, apoyada en su pecho, disfrutó en plenitud de una paz profunda que nunca había experimentado antes de reencontrarse con él. Era su refugio, su hogar al que volver cada día.

—¿Sabes? —le susurró Lucía a Simón señalando al cielo estrellado—, creo que Carla está sonriendo ahora mismo.

Él la miró con ternura y asintió.

—Sí, lo está. Y está feliz por nosotros, por todo lo que hemos logrado. Este es el comienzo de algo hermoso, mi vida. Y lo mejor está por venir. Siempre es así.

Lucía cerró los ojos, sintiendo el calor del cuerpo de Simón contra el suyo y el suave movimiento de la música. Era un momento perfecto, en el que todas las piezas encajaban gracias a un amor que había superado todos los obstáculos y que ahora los envolvía como un manto de estrellas.

La abuela de Carla, sentada en una silla cerca de la mesa, observaba la escena con una sonrisa llena de satisfacción y orgullo. A su lado, Marta le dio un pequeño codazo, señalando a Pablo y a Estrella, que seguían bailando ajenos a todo.

—Te felicito, abuela, al final tu predicción se ha cumplido—le dijo Marta con una sonrisa

traviesa.

—Claro que sí —respondió la abuela con una risa cálida—. Lo sabía desde el principio. A veces, solo necesitamos tiempo para que el amor florezca como debe.

La noche continuó para los amigos, que, con el corazón lleno, sabían que ese no era solo un final feliz, sino el comienzo de una nueva etapa en sus vidas. Había mucho por vivir, por descubrir y, sobre todo, por amar.

Cuando al día siguiente cada uno regresó a su casa y los novios empezaban su viaje, todos tuvieron la certeza de que siempre tendrían un lugar al que regresar. Un lugar lleno de amor, amistad y la ilusión de crear de un futuro lleno de luz.

Porque, al final, la vida no es más que un viaje y ellos estaban listos para seguir recorriéndolo juntos con la seguridad de que lo mejor siempre estaría por llegar.

GRACIAS por leerme.

Si te ha gustado, es el momento de dejar tu opinión, esa que tanto nos ayuda a las autopublicadas, en Amazon. Puedes usar este QR:

Sobre la autora

Diana de Brea es una autora española de novela y relatos románticos y *feelgood* cuyo mayor disfrute es la lectura, afición que ha cultivado desde pequeña junto a la escritura. De imaginación desbordante, le encanta inventar vidas y buscar lugares en los que sus personajes puedan desarrollarlas. Madre de familia, amante del mar y el buen comer, su filosofía de vida se refleja en cada página.

En redes la encontraras en Instagram:

Otros títulos de Diana de Brea

Serie El lago de Breatown:
Donde brillan las estrellas
Serie Amor a la italiana:

- *Il mio cuore*
- *La mia passione*

Colección de relatos Amor Infinito junto a Carlota Martinelli.
Serie Romance en Escocia:

- *Otoño en Escocia*
- *Invierno en Escocia*
- *Primavera en Escocia*
- *Verano en Escocia*
- *Tú, mi lugar favorito* (Otoño en Escocia II)

Las novelas independientes:

- *Mereces un amor*
- *La mentira que te trajo a mí*
- *Un viaje a lo que fuimos*

Serie Destino by Lady Rose:

- *Destino Nueva York*
- *Destino Highlander*
- *Destino Champions*
- *Destino París*

Visita mi página de autora en Amazon para acceder a todas ellas:

Índice de contenido

1. Nota de la autora
2. Agradecimientos
3. Prólogo
4. Capítulo 1
5. Capítulo 2
6. Capítulo 3
7. Capítulo 4
8. Capítulo 5
9. Capítulo 6
10. Capítulo 7
11. Capítulo 8
12. Capítulo 9
13. Capítulo 10
14. Capítulo 11
15. Capítulo 12
16. Capítulo 13
17. Epílogo
18. Sobre la autora
19. Otros títulos de Diana de Brea